



Virginia Woolf

La Señora
Dalloway

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA SEÑORA DALLOWAY

VIRGINIA WOOLF

PUBLICADO: 1925

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

CAPÍTULO I

La señora Dalloway dijo que compraría las flores ella misma.

Porque Lucy tenía trabajo que hacer. Quitarían las puertas de sus bisagras; venían los hombres de Rumpelmayer. Y entonces, pensó Clarissa Dalloway, qué mañana tan fresca, como si se la hubieran dado a los niños en la playa.

¡Qué alegría! ¡Qué zambullida! Porque así siempre le había parecido, cuando, con un leve chirrido de las bisagras, que aún podía oír, había abierto de golpe las ventanas francesas y se había lanzado a Bourton al aire libre. Qué fresco, qué tranquilo, más tranquilo que esto, por supuesto, el aire en la madrugada; como el aleteo de una ola; el beso de una ola; frío y afilado y, sin embargo (para una chica de dieciocho años, como ella entonces era), solemne, sintiendo, mientras estaba de pie en la ventana abierta, que algo horrible estaba a punto de suceder; mirando las flores, los árboles con el humo enroscándose de ellos y los grajos subiendo y bajando; de pie y mirando hasta que Peter Walsh dijo: "¿Meditando entre las hortalizas?" — ¿fue eso? — "Prefiero a los hombres antes que a las coliflores" — ¿fue eso? Debió decirlo en el desayuno una mañana cuando ella había salido a la terraza — Peter Walsh. Volvería de la India un día de estos, en junio o julio, había olvidado cuándo, porque sus cartas eran terriblemente aburridas; eran sus dichos los que se recordaban; sus ojos, su navaja de bolsillo, su sonrisa, su mal humor y, cuando millones de cosas habían desaparecido por completo — ¡qué extraño era! — algunas frases como esta sobre las coles.

Se enderezó un poco en la acera, esperando que pasara la furgoneta de Durtnall. Una mujer encantadora, pensó Scrope Purvis (conociéndola como se conoce a las personas que viven al lado en Westminster); un toque de pájaro en ella, del arrendajo, azul-verde, ligera, vivaz, aunque tenía más de cincuenta años y se había vuelto muy blanca desde su enfermedad. Allí estaba, sin verlo, esperando para cruzar, muy erguida.

Porque habiendo vivido en Westminster—¿cuántos años ya? más de veinte,—se siente uno, incluso en medio del tráfico, o al despertar por la noche, Clarissa estaba segura, un silencio particular, o solemnidad; una pausa indescriptible; una expectativa (pero eso podría ser su corazón, afectado, decían, por la influenza) antes de que Big Ben sonara. ¡Allí! Resonó. Primero una advertencia, musical; luego la hora, irrevocable. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. Qué tontos somos, pensó, cruzando Victoria Street. Porque solo Dios sabe por qué se ama tanto, cómo se ve así, construyéndolo alrededor de uno, derrumbándolo, creándolo cada momento de nuevo; pero los mayores harapos, las miserias más abatidas sentadas en los escalones (bebiendo su caída) hacen lo mismo; no pueden ser tratados, estaba segura, por leyes del Parlamento por esa misma razón: aman la vida. En los ojos de la gente, en el balanceo, el andar pesado, y el paso; en el bramido y el bullicio; los carruajes, automóviles, autobuses, furgonetas, hombres sándwiches arrastrándose y balanceándose; bandas de música; organillos; en el triunfo y el tintineo y el extraño canto alto de algún aeroplano sobre su cabeza estaba lo que amaba; la vida; Londres; este momento de junio.

Porque era mediados de junio. La guerra había terminado, excepto para alguien como la señora Foxcroft en la embajada anoche, con el corazón roto porque ese buen muchacho había muerto y ahora la vieja casa solariega debía ir a un primo; o Lady Bexborough que abrió una feria, dijeron, con el telegrama en la mano, John, su favorito, muerto; pero había terminado; gracias a Dios—terminado. Era junio. El Rey y la Reina estaban en el Palacio. Y en todas partes, aunque aún era tan temprano, había un latir, un revoloteo de ponis galopando, el golpeteo de bates de cricket; Lords, Ascot, Ranelagh y todo lo demás; envueltos en la suave malla del aire gris-azul de la mañana, que, a medida que avanzaba el día, los desenvolvería, y pondría en sus céspedes y campos los ponis saltarines, cuyos cascos delanteros apenas tocaban el suelo y volvían a saltar, los jóvenes giratorios, y las chicas risueñas en sus muselinas transparentes que, incluso ahora, después de bailar toda la

noche, sacaban a correr a sus absurdos perros lanudos; y aún ahora, a esta hora, las discretas viejas damas salían disparadas en sus automóviles en misteriosas diligencias; y los comerciantes se agitaban en sus escaparates con sus pastas y diamantes, sus encantadores broches verde mar de estilo dieciochesco para tentar a los americanos (pero había que economizar, no comprar cosas imprudentemente para Elizabeth), y ella también, amándolo como lo hacía con una pasión absurda y fiel, siendo parte de él, ya que su familia había sido cortesana en tiempos de los Georges, ella también iba esa misma noche a encender y iluminar; a dar su fiesta. Pero qué extraño, al entrar en el Parque, el silencio; la niebla; el zumbido; los patos felices nadando lentamente; los pájaros con bolsas caminando; y quién debía venir con su espalda contra los edificios del gobierno, muy apropiadamente, llevando una caja de despacho estampada con las Armas Reales, sino Hugh Whitbread; su viejo amigo Hugh— ¡el admirable Hugh!

"¡Buenos días, Clarissa!" dijo Hugh, bastante exageradamente, porque se conocían desde niños. "¿Adónde vas?"

"Me encanta caminar por Londres", dijo la señora Dalloway. "Realmente es mejor que caminar por el campo."

Acababan de llegar—desafortunadamente—para ver a los médicos. Otras personas venían a ver cuadros; ir a la ópera; sacar a sus hijas; los Whitbread venían "a ver a los médicos". Innumerables veces Clarissa había visitado a Evelyn Whitbread en una clínica. ¿Estaba Evelyn enferma de nuevo? Evelyn estaba bastante indispuesta, dijo Hugh, insinuando con una especie de puchero o hinchazón de su cuerpo muy bien cubierto, viril, extremadamente apuesto, perfectamente acolchado (siempre estaba casi demasiado bien vestido, pero presumiblemente tenía que estarlo, con su pequeño trabajo en la Corte) que su esposa tenía algún padecimiento interno, nada serio, que, como una vieja amiga, Clarissa Dalloway comprendería sin necesidad de que él especificara. Ah, sí, por supuesto; qué fastidio; y se sintió muy hermanada y al mismo tiempo extrañamente consciente de su sombrero. ¿No era el sombrero adecuado para la mañana temprano, era eso? Porque Hugh siempre la hacía sentir, mientras se apresuraba, levantando su sombrero bastante exageradamente y asegurándole que podría ser una chica de dieciocho años, y por supuesto iba a su fiesta esa noche, Evelyn absolutamente insistió, solo que llegaría un poco tarde después de la fiesta en el Palacio a la que tenía que llevar a uno de los chicos de Jim,—siempre se sen-

tía un poco escasa al lado de Hugh; como una colegiala; pero apegada a él, en parte por haberlo conocido siempre, pero ella lo consideraba una buena persona a su manera, aunque Richard casi se volvía loco por él, y en cuanto a Peter Walsh, nunca hasta el día de hoy le había perdonado por gustarle.

Podía recordar escena tras escena en Bourton — Peter furioso; Hugh no, por supuesto, su rival en ningún sentido, pero aún así no un imbécil positivo como Peter lo hacía parecer; no un simple muñeco de barbería. Cuando su anciana madre quería que dejara de cazar o que la llevara a Bath, él lo hacía, sin decir una palabra; realmente era desinteresado, y en cuanto a decir, como lo hacía Peter, que no tenía corazón, ni cerebro, nada más que los modales y la crianza de un caballero inglés, eso era solo su querido Peter en su peor momento; y podía ser intolerable; podía ser imposible; pero adorable para caminar con él en una mañana como esta.

(Junio había sacado cada hoja en los árboles. Las madres de Pimlico amamantaban a sus crías. Los mensajes pasaban de la Flota al Almirantazgo. Arlington Street y Piccadilly parecían rozar el aire mismo en el Parque y levantar sus hojas con calor, brillantemente, en olas de esa vitalidad divina que Clarissa amaba. Bailar, montar, ella adoraba todo eso.)

Porque podrían haber estado separados durante cientos de años, ella y Peter; nunca escribió una carta y las de él eran palos secos; pero de repente le venía a la mente, Si estuviera conmigo ahora, ¿qué diría? — algunos días, algunas vistas lo traían de vuelta a ella tranquilamente, sin la antigua amargura; que tal vez era la recompensa de haber cuidado de las personas; volvían en medio de St. James's Park en una hermosa mañana — realmente lo hacían. Pero Peter — por hermoso que fuera el día, los árboles y la hierba, y la niña de rosa — Peter nunca veía nada de todo eso. Se pondría las gafas, si ella se lo decía; miraría. Le interesaba el estado del mundo; Wagner, la poesía de Pope, el carácter de la gente eternamente, y los defectos de su propia alma. ¡Cómo la regañaba! ¡Cómo discutían! Ella se casaría con un Primer Ministro y se pararía en lo alto de una escalera; la anfitriona perfecta la llamaba (había llorado por eso en su dormitorio), ella tenía los atributos de la anfitriona perfecta, decía.

Así que aún se encontraba discutiendo en St. James's Park, todavía demostrando que tenía razón — y la tenía también — por no haberse casado con él. Porque en el matrimonio debe haber un poco de libertad, un poco de in-

dependencia entre las personas que viven juntas día tras día en la misma casa; lo que Richard le daba a ella, y ella a él. (¿Dónde estaba él esta mañana, por ejemplo? Algún comité, nunca preguntaba cuál.) Pero con Peter todo tenía que ser compartido; todo examinado. Y era intolerable, y cuando llegó esa escena en el pequeño jardín junto a la fuente, tuvo que romper con él o ambos habrían sido destruidos, arruinados, estaba convencida; aunque había llevado consigo durante años como una flecha clavada en su corazón el dolor, la angustia; y luego el horror del momento cuando alguien le dijo en un concierto que él se había casado con una mujer conocida en el barco que iba a la India! ¡Nunca debería olvidar todo eso! Fría, insensible, moji-gata, la llamaba. Nunca podría entender cómo él se preocupaba. Pero esas mujeres indias presumiblemente sí—tontas, bonitas, frívolas. Y ella desperdiciaba su compasión. Porque él era bastante feliz, le aseguraba—perfectamente feliz, aunque nunca había hecho nada de lo que hablaban; toda su vida había sido un fracaso. Aún la hacía enojar.

Había llegado a las puertas del Parque. Se detuvo un momento, mirando los autobuses en Piccadilly.

No diría de nadie en el mundo ahora que eran esto o aquello. Se sentía muy joven; al mismo tiempo indescriptiblemente envejecida. Cortaba como un cuchillo todo; al mismo tiempo estaba fuera, observando. Tenía una sensación perpetua, mientras miraba los taxis, de estar fuera, fuera, muy lejos en el mar y sola; siempre había tenido la sensación de que era muy, muy peligroso vivir siquiera un día. No es que se considerara inteligente, o fuera de lo común. ¿Cómo había atravesado la vida con las pocas ramitas de conocimiento que Fräulein Daniels les había dado no podía entenderlo. No sabía nada; ningún idioma, ninguna historia; apenas leía un libro ahora, excepto memorias en la cama; y sin embargo para ella era absolutamente absorbente; todo esto; los taxis pasando; y no diría de Peter, no diría de sí misma, soy esto, soy aquello.

Su único don era conocer a la gente casi por instinto, pensó, caminando. Si la pusieras en una habitación con alguien, se erizaba como un gato; o ronroneaba. Devonshire House, Bath House, la casa con el loro de porcelana, las había visto todas iluminadas alguna vez; y recordaba a Sylvia, Fred, Sally Seton—tantas personas; y bailar toda la noche; y los carros avanzando hacia el mercado; y conducir de vuelta a casa a través del Parque. Recordaba una vez haber arrojado un chelín al Serpentine. Pero todos recordaban; lo

que amaba era esto, aquí, ahora, frente a ella; la señora gorda en el taxi. ¿Importaba entonces, se preguntaba, caminando hacia Bond Street, importaba que inevitablemente debía cesar por completo; todo esto debía continuar sin ella; lo resentía; o no se volvía consolador creer que la muerte terminaba absolutamente? pero que de alguna manera en las calles de Londres, en el flujo y reflujo de las cosas, aquí, allá, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en el otro, siendo parte, estaba segura, de los árboles en casa; de la casa allí, fea, desmoronada, pero formaba parte de la gente que nunca había conocido; siendo dispuesta como una niebla entre las personas que mejor conocía, que la levantaban en sus ramas como había visto a los árboles levantar la niebla, pero se extendía muy lejos, su vida, ella misma. Pero ¿qué estaba soñando mientras miraba la vitrina de Hatchards? ¿Qué estaba tratando de recuperar? ¿Qué imagen de un amanecer blanco en el campo, mientras leía en el libro abierto:

No temas más el calor del sol

Ni las furiosas inclemencias del invierno.

Esta tardía era de la experiencia del mundo había criado en todos ellos, todos los hombres y mujeres, un pozo de lágrimas. Lágrimas y penas; coraje y resistencia; una conducta perfectamente recta y estoica. Piensa, por ejemplo, en la mujer que más admiraba, Lady Bexborough, inaugurando la feria.

Estaban los Paseos y Alegrías de Jorrocks; estaban Soapy Sponge y las Memorias de la señora Asquith y Caza mayor en Nigeria, todos abiertos. Había muchísimos libros; pero ninguno que pareciera exactamente adecuado para llevarle a Evelyn Whitbread en su clínica. Nada que sirviera para divertirla y hacer que esa indescriptible mujer seca se viera, cuando Clarissa entrara, solo por un momento cordial; antes de que se sentaran para la habitual interminable charla sobre las dolencias de las mujeres. Cuánto lo deseaba—que la gente se viera complacida cuando ella entraba, pensó Clarissa y se volvió y caminó de regreso hacia Bond Street, molesta, porque era una tontería tener otros motivos para hacer las cosas. Mucho más le habría gustado ser una de esas personas como Richard que hacían las cosas por sí mismos, mientras que ella pensaba, esperando para cruzar, la mitad del tiempo hacía las cosas no simplemente, no por sí mismas; sino para que la gente pensara esto o aquello; perfecta idiotez, lo sabía (y ahora el policía levanta-

ba la mano) porque nadie era engañado ni por un segundo. ¡Oh si pudiera haber tenido su vida de nuevo! pensó, subiendo a la acera, ¡podría haber lucido incluso diferente!

En primer lugar, habría sido morena como Lady Bexborough, con una piel de cuero arrugado y hermosos ojos. Habría sido, como Lady Bexborough, lenta y majestuosa; bastante grande; interesada en la política como un hombre; con una casa de campo; muy digna, muy sincera. En lugar de lo cual tenía una figura estrecha como una vara de guisante; una carita ridícula, con pico de pájaro. Que se mantenía bien era cierto; y tenía bonitas manos y pies; y vestía bien, considerando que gastaba poco. Pero a menudo ahora este cuerpo que llevaba (se detuvo a mirar un cuadro holandés), este cuerpo, con todas sus capacidades, parecía nada—nada en absoluto. Tenía la sensación más extraña de ser invisible; no vista; desconocida; ya no había más matrimonios, no más tener hijos, solo este asombroso y más bien solemne avance con el resto de ellos, por Bond Street, siendo la señora Dalloway; ni siquiera Clarissa ya; siendo la señora Richard Dalloway.

Bond Street la fascinaba; Bond Street temprano en la mañana en la temporada; sus banderas ondeando; sus tiendas; sin brillo; sin destello; un solo rollo de tweed en la tienda donde su padre había comprado sus trajes durante cincuenta años; algunas perlas; salmón en un bloque de hielo.

"Eso es todo," dijo, mirando al pescadero. "Eso es todo," repitió, deteniéndose un momento en la vitrina de una tienda de guantes donde, antes de la guerra, se podían comprar guantes casi perfectos. Y su viejo tío William solía decir que a una dama se la conoce por sus zapatos y sus guantes. Una mañana, en medio de la guerra, se había vuelto en su cama. Había dicho: "He tenido suficiente." Guantes y zapatos; tenía una pasión por los guantes; pero a su propia hija, a su Elizabeth, no le importaban en absoluto.

Ni un ápice, pensó, subiendo Bond Street hacia una tienda donde guardaban flores para ella cuando daba una fiesta. Elizabeth realmente se preocupaba más por su perro que por cualquier otra cosa. Toda la casa esta mañana olía a alquitrán. Aún así, mejor la pobre Grizzle que la señorita Kilman; mejor el sarampión y el alquitrán y todo lo demás que estar encerrada en un dormitorio sofocante con un libro de oraciones! ¡Mejor cualquier cosa, estaba inclinada a decir. Pero podría ser solo una fase, como decía Richard, por

la que pasan todas las chicas. Podría ser que se estuviera enamorando. Pero ¿por qué de la señorita Kilman? que había sido maltratada

, por supuesto; había que tenerlo en cuenta, y Richard decía que era muy capaz, tenía una mente realmente histórica. De todos modos eran inseparables, y Elizabeth, su propia hija, iba a la comunión; y cómo se vestía, cómo trataba a las personas que venían a almorzar, no le importaba en absoluto, siendo su experiencia que el éxtasis religioso volvía a las personas insensibles (también lo hacían las causas); embotaba sus sentimientos, porque la señorita Kilman haría cualquier cosa por los rusos, se moría de hambre por los austriacos, pero en privado infligía tortura positiva, tan insensible era, vestida con un abrigo de gabardina verde. Año tras año llevaba ese abrigo; sudaba; nunca estaba en la habitación cinco minutos sin hacerte sentir su superioridad, tu inferioridad; lo pobre que era; lo rica que eras; cómo vivía en un barrio pobre sin cojín ni cama ni alfombra ni lo que fuera, toda su alma oxidada con ese agravio clavado en ella, su despido de la escuela durante la guerra— ¡pobre criatura amargada y desafortunada! Porque no era a ella a quien odiaba, sino a la idea de ella, que sin duda había reunido en sí misma una gran cantidad que no era la señorita Kilman; se había convertido en uno de esos espectros con los que se lucha en la noche; uno de esos espectros que se ciernen sobre nosotros y nos chupan la mitad de nuestra sangre vital, dominadores y tiranos; porque sin duda con otro lanzamiento de los dados, si el negro hubiera sido el predominante y no el blanco, ¡habría amado a la señorita Kilman! Pero no en este mundo. No.

Sin embargo, la irritaba tener revoloteando en ella este monstruo brutal! escuchar ramas quebrándose y sentir pezuñas plantadas en lo más profundo de ese bosque cubierto de hojas, el alma; nunca estar completamente contenta, o completamente segura, porque en cualquier momento el bruto estaría revoloteando, este odio, que, especialmente desde su enfermedad, tenía el poder de hacerla sentir raspada, dolida en su columna vertebral; le causaba dolor físico, y hacía que todo placer en la belleza, en la amistad, en estar bien, en ser amada y hacer que su hogar fuera encantador se tambaleara, temblara y se doblara como si de hecho hubiera un monstruo escarbando en las raíces, como si toda la apariencia de satisfacción no fuera más que amor propio! este odio!

¡Tonterías, tonterías! se dijo a sí misma, empujando las puertas giratorias de la floristería de Mulberry.

Avanzó, ligera, alta, muy erguida, para ser recibida de inmediato por la señorita Pym de cara redonda, cuyas manos siempre estaban muy rojas, como si hubieran estado en agua fría con las flores.

Había flores: delfinios, guisantes de olor, ramos de lilas; y claveles, montones de claveles. Había rosas; había lirios. Ah, sí—respiró el dulce olor terroso del jardín mientras hablaba con la señorita Pym, quien le debía ayuda y la consideraba amable, porque había sido amable años atrás; muy amable, pero se veía más vieja, este año, moviendo la cabeza de un lado a otro entre los lirios y las rosas y los racimos de lilas asintiendo con los ojos entrecerrados, aspirando, después del bullicio de la calle, el delicioso aroma, la exquisita frescura. Y luego, abriendo los ojos, ¡qué frescas como la ropa con volantes limpia de una lavandería colocada en bandejas de mimbre se veían las rosas! y los claveles rojos oscuros y formales, con la cabeza alta; y todos los guisantes de olor extendiéndose en sus tazones, teñidos de violeta, blancos como la nieve, pálidos—como si fuera la tarde y las chicas con vestidos de muselina salieran a recoger guisantes de olor y rosas después del magnífico día de verano, con su cielo casi azul-negro, sus delfinios, sus claveles, sus lirios había terminado; y era el momento entre las seis y las siete cuando cada flor—rosas, claveles, lirios, lilas—brillan; blanco, violeta, rojo, naranja profundo; cada flor parece arder por sí misma, suavemente, puramente en los lechos brumosos; y cómo amaba las polillas blanco-gris girando dentro y fuera, sobre la cereza, sobre las prímulas de la tarde!

Y mientras comenzaba a caminar con la señorita Pym de un jarrón a otro, eligiendo, tonterías, tonterías, se decía a sí misma, cada vez más suavemente, como si esta belleza, este aroma, este color, y la señorita Pym gustándole, confiando en ella, fuera una ola que dejaba fluir sobre ella y superara ese odio, ese monstruo, lo superara todo; y la levantaba más y más cuando— ¡oh! ¡un disparo en la calle afuera!

"Querida, esos automóviles," dijo la señorita Pym, yendo a la ventana para mirar, y volviendo y sonriendo disculpándose con las manos llenas de guisantes de olor, como si esos automóviles, esos neumáticos de automóviles, fueran toda su culpa.

CAPÍTULO II

La violenta explosión que hizo saltar a la señora Dalloway y que hizo que la señorita Pym fuera a la ventana y se disculpara provino de un automóvil que se había detenido en la acera justo enfrente de la tienda de Mulberry. Los transeúntes que, por supuesto, se detuvieron y miraron, apenas tuvieron tiempo de ver un rostro de la mayor importancia contra el tapizado gris paloma, antes de que una mano masculina bajara la persiana y no hubiera nada que ver excepto un cuadrado de gris paloma.

Sin embargo, los rumores comenzaron a circular de inmediato desde el centro de Bond Street hasta Oxford Street por un lado, hasta la tienda de perfumes de Atkinson por el otro, pasando invisible e inaudiblemente, como una nube, veloz, como un velo sobre las colinas, cayendo de hecho con algo de la sobriedad y quietud repentina de una nube sobre rostros que un segundo antes habían estado completamente desordenados. Pero ahora el misterio los había rozado con su ala; habían escuchado la voz de la autoridad; el espíritu de la religión estaba en el aire con sus ojos vendados y sus labios abiertos. Pero nadie sabía de quién era el rostro que se había visto. ¿Era el del Príncipe de Gales, el de la Reina, el del Primer Ministro? ¿De quién era el rostro? Nadie lo sabía.

Edgar J. Watkiss, con su rollo de tubería de plomo alrededor de su brazo, dijo audiblemente, con humor, por supuesto: "El kyar del Primer Ministro".

Septimus Warren Smith, que se encontró incapaz de pasar, lo escuchó.

Septimus Warren Smith, de unos treinta años, de rostro pálido, nariz aguileña, zapatos marrones y un abrigo raído, con ojos avellana que tenían

esa mirada de aprensión que hace que completos extraños se sientan también aprensivos. El mundo había levantado su látigo; ¿dónde descendería?

Todo se había detenido. El latido de los motores de los automóviles sonaba como un pulso que tamborileaba irregularmente a través de todo un cuerpo. El sol se volvió extraordinariamente caliente porque el automóvil se había detenido frente a la tienda de Mulberry; las ancianas en la parte superior de los autobuses abrieron sus sombrillas negras; aquí una verde, aquí una roja se abrieron con un pequeño chasquido. La señora Dalloway, acercándose a la ventana con los brazos llenos de guisantes de olor, miró hacia afuera con su carita rosada fruncida en una interrogación. Todos miraban el automóvil. Septimus miraba. Los chicos en bicicletas se desmontaron. El tráfico se acumuló. Y allí estaba el automóvil, con las persianas bajadas, y sobre ellas un patrón curioso como un árbol, pensó Septimus, y esta gradual convergencia de todo hacia un centro ante sus ojos, como si algún horror hubiera llegado casi a la superficie y estuviera a punto de estallar en llamas, lo aterrorizó. El mundo se tambaleaba y vibraba y amenazaba con estallar en llamas. Soy yo quien está bloqueando el camino, pensó. ¿No lo estaban mirando y señalando; no estaba anclado allí, arraigado en la acera, por un propósito? ¿Pero para qué propósito?

"Sigamos, Septimus," dijo su esposa, una mujercita, con grandes ojos en un rostro pálido y puntiagudo; una chica italiana.

Pero la misma Lucrezia no pudo evitar mirar el automóvil y el patrón de árbol en las persianas. ¿Era la Reina allí—la Reina yendo de compras?

El chófer, que había estado abriendo algo, girando algo, cerrando algo, se subió al asiento.

"Vamos," dijo Lucrezia.

Pero su marido, ya que llevaban casados cuatro, cinco años ahora, saltó, se sobresaltó y dijo, "¡Está bien!" con enojo, como si ella lo hubiera interrumpido.

La gente debía notar; la gente debía ver. La gente, pensó, mirando a la multitud mirando el automóvil; los ingleses, con sus hijos y sus caballos y sus ropas, que ella admiraba de alguna manera; pero ahora eran "gente", porque Septimus había dicho, "Me mataré"; una cosa terrible de decir. ¿Supones que lo habían oído? Ella miró a la multitud. ¡Ayuda, ayuda! quería

gritar a los chicos carniceros y mujeres. ¡Ayuda! Solo el otoño pasado ella y Septimus habían estado en el malecón envueltos en el mismo abrigo y, Septimus leyendo un periódico en lugar de hablar, ella se lo había arrebatado y se había reído en la cara del viejo que los vio. ¡Pero el fracaso se oculta! Debía llevarlo a algún parque.

"Ahora cruzaremos," dijo.

Tenía derecho a su brazo, aunque estuviera sin sensibilidad. Él le daría, a ella que era tan simple, tan impulsiva, de solo veinticuatro años, sin amigos en Inglaterra, que había dejado Italia por él, un pedazo de hueso.

El automóvil con sus persianas bajadas y un aire de reserva inescrutable procedió hacia Piccadilly, todavía mirado, todavía alborotando las caras a ambos lados de la calle con el mismo aliento oscuro de veneración ya fuera por la Reina, el Príncipe o el Primer Ministro nadie sabía. El rostro mismo solo había sido visto una vez por tres personas durante unos segundos. Incluso el sexo estaba ahora en disputa. Pero no cabía duda de que la grandeza estaba sentada dentro; la grandeza pasaba, oculta, por Bond Street, removida solo por un palmo de las personas comunes que ahora podrían, por primera y última vez, estar a una distancia de hablar con la majestad de Inglaterra, del símbolo perdurable del estado que será conocido por los curiosos anticuarios, tamizando las ruinas del tiempo, cuando Londres sea un sendero cubierto de hierba y todos los que se apresuran por la acera esta mañana de miércoles no sean más que huesos con unos pocos anillos de boda mezclados en su polvo y las obturaciones doradas de innumerables dientes cariados. Entonces se conocerá el rostro en el automóvil.

Probablemente sea la Reina, pensó la señora Dalloway, saliendo de Mulberry's con sus flores; la Reina. Y por un segundo tuvo un aire de extrema dignidad de pie junto a la floristería bajo la luz del sol mientras el automóvil pasaba a paso de pie, con sus persianas bajadas. La Reina yendo a algún hospital; la Reina inaugurando alguna feria, pensó Clarissa.

La multitud era terrible para la hora del día. Lords, Ascot, Hurlingham, ¿qué era? se preguntaba, porque la calle estaba bloqueada. Las clases medias británicas sentadas de lado en los autobuses con paquetes y paraguas, sí, incluso pieles en un día como este, pensó, eran más ridículas, más diferentes a cualquier cosa que hubiera existido de lo que se podía concebir; y la misma Reina detenida; la misma Reina incapaz de pasar. Clarissa estaba

suspendida en un lado de Brook Street; Sir John Buckhurst, el viejo juez en el otro, con el automóvil entre ellos (Sir John había dictado la ley durante años y le gustaba una mujer bien vestida) cuando el chófer, inclinándose apenas, dijo o mostró algo al policía, quien saludó y levantó el brazo e inclinó la cabeza y movió el autobús a un lado y el automóvil pasó. Lentamente y muy silenciosamente siguió su camino.

Clarissa adivinó; Clarissa sabía, por supuesto; había visto algo blanco, mágico, circular, en la mano del lacayo, un disco inscrito con un nombre,— ¿el de la Reina, el del Príncipe de Gales, el del Primer Ministro?— que, por fuerza de su propio resplandor, se abrió camino (Clarissa vio el automóvil disminuyendo, desapareciendo), para brillar entre candelabros, estrellas brillantes, pechos rígidos con hojas de roble, Hugh Whitbread y todos sus colegas, los caballeros de Inglaterra, esa noche en el Palacio de Buckingham. Y Clarissa también daba una fiesta. Se endureció un poco; así se pararía en lo alto de su escalera.

El automóvil se había ido, pero había dejado una leve ondulación que fluyó a través de las tiendas de guantes y sombreros y sastrerías a ambos lados de Bond Street. Durante treinta segundos todas las cabezas se inclinaron en la misma dirección— hacia la ventana. Eligiendo un par de guantes— ¿deberían ser hasta el codo o por encima de él, limón o gris pálido?— las señoras se detuvieron; cuando se terminó la frase algo había sucedido. Algo tan insignificante en casos individuales que ningún instrumento matemático, aunque capaz de transmitir choques en China, podría registrar la vibración; sin embargo, en su plenitud, bastante formidable y en su atractivo común emocional; porque en todas las tiendas de sombreros y sastrerías los desconocidos se miraban y pensaban en los muertos; en la bandera; en el Imperio. En una taberna en una calle trasera un colono insultó a la Casa de Windsor, lo que llevó a palabras, vasos de cerveza rotos y una pelea general, que resonó extrañamente al otro lado de la calle en los oídos de las chicas que compraban ropa interior blanca adornada con cintas blancas puras para sus bodas. Porque la agitación superficial del automóvil que pasaba, al hundirse, rozaba algo muy profundo.

Deslizándose por Piccadilly, el automóvil giró hacia St. James's Street. Hombres altos, hombres de físico robusto, hombres bien vestidos con sus frac y sus chalecos blancos y su cabello peinado hacia atrás que, por razones difíciles de discriminar, estaban parados en la ventana de proa de

Brooks con las manos detrás de las colas de sus abrigo, mirando hacia afuera, percibieron instintivamente que la grandeza estaba pasando, y la luz pálida de la presencia inmortal cayó sobre ellos como había caído sobre Clarissa Dalloway. Inmediatamente se pararon aún más rectos, y removieron sus manos, y parecían listos para asistir a su Soberano, si fuera necesario, hasta la boca del cañón, como sus antepasados lo habían hecho antes que ellos. Los bustos blancos y las pequeñas mesas al fondo cubiertas con ejemplares del Tatler y sifones de soda parecían aprobar; parecían indicar el trigo maduro y las casas solariegas de Inglaterra; y devolver el frágil zumbido de las ruedas del motor como los muros de una galería de susurros devuelven una sola voz expandida y hecha sonora por la fuerza de toda una catedral. Shawled Moll Pratt con sus flores en la acera deseaba lo mejor al querido chico (era el Príncipe de Gales sin duda) y habría arrojado el precio de una jarra de cerveza—un ramo de rosas— a St. James's Street por pura alegría y desprecio de la pobreza si no hubiera visto el ojo del policía sobre ella, desalentando la lealtad de una anciana irlandesa. Los centinelas en St. James's saludaron; el policía de la Reina Alexandra aprobó.

Mientras tanto, una pequeña multitud se había reunido en las puertas del Palacio de Buckingham. Apáticamente, pero con confianza, todas personas pobres, esperaban; miraban el Palacio mismo con la bandera ondeando; a Victoria, ondeando en su montículo, admiraban sus estantes de agua corriente, sus geranios; distinguían entre los automóviles en el Mall primero este, luego aquel; otorgaban emoción, en vano, a plebeyos que salían a pasear; recordaban su tributo para mantenerlo sin gastar mientras este automóvil pasaba y aquel; y todo el tiempo dejaban que el rumor se acumulara en sus venas y emocionara los nervios en sus muslos al pensar en la realeza mirándolos; la Reina saludando; el Príncipe saludando; al pensar en la vida celestial divinamente otorgada a los reyes; en los caballerizos y las profundas reverencias; en la vieja casa de muñecas de la Reina; en la princesa María casada con un inglés, y el Príncipe— ¡ah! ¡el Príncipe! quien se parecía mucho, decían, al viejo Rey Eduardo, pero era mucho más delgado. El Príncipe vivía en St. James's; pero podría venir por la mañana a visitar a su madre.

Eso dijo Sarah Bletchley con su bebé en brazos, moviendo el pie hacia arriba y hacia abajo como si estuviera junto a su propia chimenea en Pimlico, pero manteniendo sus ojos en el Mall, mientras Emily Coates recorría

las ventanas del Palacio y pensaba en las criadas, las innumerables criadas, los dormitorios, los innumerables dormitorios. Unidos por un caballero mayor con un terrier de Aberdeen, por hombres sin ocupación, la multitud aumentó. El pequeño señor Bowley, que tenía habitaciones en el Albany y estaba sellado con cera sobre las fuentes más profundas de la vida pero podía ser desellado de repente, inapropiadamente, sentimentalmente, por este tipo de cosas—pobres mujeres esperando ver pasar a la Reina—pobres mujeres, lindos niños, huérfanos, viudas, la guerra—tut-tut—tenía de hecho lágrimas en los ojos. Una brisa que ondeaba cálidamente por el Mall a través de los árboles delgados, pasando por los héroes de bronce, levantó una bandera que volaba en el pecho británico del señor Bowley y levantó su sombrero cuando el automóvil giró hacia el Mall y lo sostuvo alto mientras el automóvil se acercaba; y dejó que las pobres madres de Pimlico se acercaran a él, y se paró muy erguido. El automóvil se acercaba.

De repente, la señora Coates miró al cielo. El sonido de un avión taladraba ominosamente los oídos de la multitud. Allí estaba viniendo sobre los árboles, soltando humo blanco por detrás, que se enroscaba y retorecía, ¡realmente escribiendo algo! ¡haciendo letras en el cielo! Todos miraron hacia arriba.

Descendiendo en picada el avión se elevó directamente, se curvó en un lazo, corrió, descendió, subió, y lo que sea que hiciera, donde sea que fuera, una gruesa barra de humo blanco salía ondulante detrás de él que se enroscaba y giraba en el cielo en letras. Pero, ¿qué letras? ¿Una C era? ¿Una E, luego una L? Solo por un momento permanecieron quietas; luego se movieron y se desvanecieron y se borraron en el cielo, y el avión se disparó más lejos y nuevamente, en un espacio nuevo del cielo, comenzó a escribir una K, una E, ¿quizás una Y?

"Glaxo," dijo la señora Coates con una voz tensa y asombrada, mirando directamente hacia arriba, y su bebé, rígido y blanco en sus brazos, miraba directamente hacia arriba.

"Kreemo," murmuró la señora Bletchley, como una sonámbula. Con el sombrero sostenido perfectamente inmóvil en su mano, el señor Bowley miraba directamente hacia arriba. A lo largo del Mall la gente estaba de pie y mirando hacia el cielo. Mientras miraban, todo el mundo se volvió perfectamente silencioso, y una bandada de gaviotas cruzó el cielo, primero una ga-

viota liderando, luego otra, y en este extraordinario silencio y paz, en esta palidez, en esta pureza, las campanas dieron las once, el sonido desvaneciéndose allá arriba entre las gaviotas.

El avión giró y corrió y se lanzó exactamente donde le gustaba, rápidamente, libremente, como un patinador—

"Eso es una E," dijo la señora Bletchley—o un bailarín—

"Es caramelo," murmuró el señor Bowley—(y el automóvil entró por las puertas y nadie lo miró), y apagando el humo, se precipitó lejos y lejos, y el humo se desvaneció y se reunió alrededor de las amplias formas blancas de las nubes.

Se había ido; estaba detrás de las nubes. No había sonido. Las nubes a las que las letras E, G o L se habían adherido se movían libremente, como si estuvieran destinadas a cruzar de oeste a este en una misión de la mayor importancia que nunca se revelaría, y sin embargo ciertamente así era—una misión de la mayor importancia. Entonces de repente, como un tren que sale de un túnel, el avión salió de las nubes de nuevo, el sonido taladrando los oídos de todas las personas en el Mall, en el Green Park, en Piccadilly, en Regent Street, en Regent's Park, y la barra de humo se curvó detrás y descendió, y se elevó y escribió una letra tras otra—pero ¿qué palabra estaba escribiendo?

Lucrezia Warren Smith, sentada al lado de su marido en un banco en Regent's Park en el Broad Walk, miró hacia arriba.

"Mira, mira, Septimus!" gritó. Porque el Dr. Holmes le había dicho que hiciera que su marido (que no tenía nada grave en absoluto, solo estaba un poco indispuerto) se interesara en cosas fuera de sí mismo.

Así que, pensó Septimus, mirando hacia arriba, me están señalando. No precisamente en palabras reales; es decir, aún no podía leer el idioma; pero era bastante claro, esta belleza, esta belleza exquisita, y las lágrimas llenaron sus ojos mientras miraba las palabras de humo languideciendo y desvaneciéndose en el cielo y otorgándole en su caridad inagotable y bondad risueña una forma tras otra de belleza inimaginable y señalando su intención de proporcionarle, sin costo alguno, para siempre, solo por mirar, belleza, ¡más belleza! Las lágrimas corrían por sus mejillas.

Era caramelo; estaban anunciando caramelo, una niñera le dijo a Rezia. Juntas comenzaron a deletrear t ... o ... f ...

"K ... R ..." dijo la niñera, y Septimus la escuchó decir "Kay Arr" cerca de su oído, profunda, suavemente, como un órgano melódico, pero con una aspereza en su voz como la de un saltamontes, que le raspó la columna deliciosamente y envió olas de sonido corriendo hacia su cerebro que, al concusionarse, se rompieron. Un descubrimiento maravilloso de hecho—que la voz humana en ciertas condiciones atmosféricas (porque uno debe ser científico, sobre todo científico) ¡puede hacer que los árboles cobren vida! Felizmente Rezia puso su mano con un tremendo peso sobre su rodilla para que estuviera sujeto, inmóvil, o la emoción de los olmos subiendo y bajando, subiendo y bajando con todas sus hojas encendidas y el color aclarando y espesando de azul a verde de una ola hueca, como plumas en las cabezas de los caballos, plumas en las de las damas, tan orgullosamente subían y bajaban, tan magníficamente, lo habría vuelto loco. Pero no se volvería loco. Cerraría los ojos; no vería más.

Pero lo llamaban; las hojas estaban vivas; los árboles estaban vivos. Y las hojas, conectadas por millones de fibras con su propio cuerpo, allí en el asiento, lo avivaban de arriba a abajo; cuando la rama se estiraba, él también hacía esa declaración. Los gorriones revoloteando, subiendo y bajando en fuentes irregulares eran parte del patrón; las ramas blancas y azules, rayadas de negro. Los sonidos hacían armonías con premeditación; los espacios entre ellos eran tan significativos como los sonidos. Un niño lloró. Justamente lejos sonó una bocina. Todo junto significaba el nacimiento de una nueva religión—

"¡Septimus!" dijo Rezia. Él se sobresaltó violentamente. La gente debía notar.

"Voy a caminar hasta la fuente y volver," dijo ella.

Porque ya no podía soportarlo más. El Dr. Holmes podría decir que no había nada de qué preocuparse. ¡Preferiría mucho más que él estuviera muerto! No podía sentarse a su lado cuando él miraba así y no la veía y hacía que todo fuera terrible; el cielo y los árboles, los niños jugando, arrastrando carritos, soplando silbatos, cayendo; todo era terrible. Y él no se mataría; y ella no podía decírselo a nadie. "Septimus ha estado trabajando demasiado"—eso era todo lo que podía decirle a su propia madre. Amar hace

que uno se sienta solitario, pensó. No podía decírselo a nadie, ni siquiera a Septimus ahora, y al mirar atrás, lo vio sentado con su abrigo raído solo, en el banco, encorvado, mirando fijamente. Y era cobarde que un hombre dijera que se mataría, pero Septimus había luchado; era valiente; ya no era Septimus. Se puso el cuello de encaje. Se puso su sombrero nuevo y él nunca lo notó; y él era feliz sin ella. ¡Nada podría hacerla feliz sin él! ¡Nada! Era egoísta. Así son los hombres. Porque no estaba enfermo. El Dr. Holmes dijo que no había nada de qué preocuparse. Ella extendió la mano frente a ella. ¡Mira! Su anillo de bodas se deslizaba—había adelgazado tanto. Era ella quien sufría—pero no tenía a nadie a quien decírselo.

Lejos quedaba Italia y las casas blancas y la habitación donde sus hermanas hacían sombreros, y las calles llenas de gente cada noche, caminando, riendo en voz alta, no medio vivos como la gente aquí, acurrucados en sillas de baño, mirando algunas feas flores metidas en macetas.

"Porque deberías ver los jardines de Milán," dijo en voz alta. Pero ¿a quién?

No había nadie. Sus palabras se desvanecieron. Así es como se desvanece un cohete. Sus chispas, habiendo rozado su camino en la noche, se rinden a ella, desciende la oscuridad, vierte sobre los contornos de casas y torres; las laderas áridas se suavizan y caen. Pero aunque se han ido, la noche está llena de ellas; despojadas de color, sin ventanas, existen más pesadamente, emiten lo que la luz del día franca no puede transmitir—la inquietud y el suspense de las cosas conglomeradas allí en la oscuridad; amontonadas juntas en la oscuridad; despojadas del alivio que trae el amanecer cuando, lavando las paredes de blanco y gris, salpicando cada panel de ventana, levantando la niebla de los campos, mostrando las vacas rojo-marrón pastando pacíficamente, todo vuelve a estar decorado a la vista; existe de nuevo. ¡Estoy sola; estoy sola! gritó, junto a la fuente en Regent's Park (mirando al indio y su cruz), como tal vez a medianoche, cuando se pierden todos los límites, el país vuelve a su forma antigua, como lo vieron los romanos, acostado nublado, cuando desembarcaron, y las colinas no tenían nombres y los ríos serpenteaban sin saber adónde—tal era su oscuridad; cuando de repente, como si un estante se disparara y ella se parara en él, dijo cómo ella era su esposa, casada hace años en Milán, su esposa, ¡y nunca, nunca diría que él estaba loco! Girando, el estante cayó; abajo, abajo ella cayó. Porque él se había ido, pensó—ido, como había amenazado, para matarse—a arro-

jarse bajo un carro! Pero no; allí estaba; aún sentado solo en el banco, con su abrigo raído, las piernas cruzadas, mirando fijamente, hablando en voz alta.

Los hombres no deben talar árboles. Hay un Dios. (Notaba tales revelaciones en la parte trasera de sobres.) Cambia el mundo. Nadie mata por odio. Hazlo saber (lo escribió). Esperó. Escuchó. Un gorrión posado en la barandilla de enfrente piaba Septimus, Septimus, cuatro o cinco veces y continuó, alargando sus notas, para cantar fresca y penetrantemente en palabras griegas cómo no hay crimen y, unido por otro gorrión, cantaban con voces prolongadas y penetrantes en palabras griegas, desde los árboles en el prado de la vida más allá de un río donde los muertos caminan, cómo no hay muerte.

Allí estaba su mano; allí los muertos. Las cosas blancas se reunían detrás de las barandillas de enfrente. Pero no se atrevió a mirar. ¡Evans estaba detrás de las barandillas!

"¿Qué estás diciendo?" dijo Rezia de repente, sentándose a su lado.

¡Interrumpido de nuevo! Siempre estaba interrumpiendo.

Lejos de la gente—debían alejarse de la gente, dijo él (saltando), directamente allá, donde había sillas bajo un árbol y la larga pendiente del parque descendía como una longitud de tela verde con un techo de humo azul y rosa muy alto arriba, y había una muralla de casas irregulares lejanas envueltas en humo, el tráfico zumbaba en un círculo, y a la derecha, animales de color pardo estiraban largos cuellos sobre las empalizadas del Zoológico, ladrando, aullando. Allí se sentaron bajo un árbol.

"Mira," le imploró, señalando a un pequeño grupo de chicos llevando estacas de cricket, y uno se arrastraba, giraba sobre su talón y se arrastraba, como si estuviera actuando de payaso en el music hall.

"Mira," le imploró, porque el Dr. Holmes le había dicho que lo hiciera notar cosas reales, ir a un music hall, jugar al cricket—ese era el mismo juego, dijo el Dr. Holmes, un buen juego al aire libre, el mismo juego para su marido.

"Mira," repitió.

Mira le ordenó el invisible, la voz que ahora se comunicaba con él que era el más grande de la humanidad, Septimus, recientemente llevado de la vida a la muerte, el Señor que había venido a renovar la sociedad, que yacía como un cobertor, una manta de nieve golpeada solo por el sol, para siempre intacta, sufriendo para siempre, el chivo expiatorio, el eterno sufridor, pero no lo quería, gimió, alejando de él con un gesto de su mano ese sufrimiento eterno, esa soledad eterna.

"Mira," repitió ella, porque él no debía hablar en voz alta consigo mismo al aire libre.

"Oh mira," le imploró. Pero ¿qué había que mirar? Unos pocos ovejas. Eso era todo.

El camino a la estación del metro de Regent's Park—¿podrían decirle el camino a la estación del metro de Regent's Park—quería saber Maisie Johnson. Solo había llegado de Edimburgo hace dos días.

"No por aquí—¡por allí!" exclamó Rezia, apartándola, para que no viera a Septimus.

Ambos parecían raros, pensó Maisie Johnson. Todo parecía muy raro. En Londres por primera vez, venía a tomar un puesto en casa de su tío en Leadenhall Street, y ahora caminando por Regent's Park por la mañana, esta pareja en las sillas le dio un gran susto; la joven parecía extranjera, el hombre parecía raro; de modo que si ella fuera muy vieja aún recordaría y lo haría resonar de nuevo entre sus recuerdos cómo había caminado por Regent's Park en una hermosa mañana de verano hace cincuenta años. Porque solo tenía diecinueve años y finalmente había logrado venir a Londres; y ahora qué raro era, esta pareja a la que había preguntado el camino, y la chica se sobresaltó y sacudió la mano, y el hombre—parecía terriblemente extraño; discutiendo, tal vez; separándose para siempre, tal vez; algo estaba pasando, lo sabía; y ahora toda esta gente (porque regresó al Broad Walk), las fuentes de piedra, las flores primorosas, los viejos y las viejas, la mayoría inválidos en sillas de baño—todos parecían, después de Edimburgo, tan extraños. Y Maisie Johnson, mientras se unía a esa compañía que caminaba suavemente, mirando vagamente, besada por la brisa—ardillas posándose y acicalándose, fuentes de gorriones revoloteando por migas, perros ocupados con las barandillas, ocupados entre ellos, mientras el aire suave y cálido los lavaba y prestaba a la mirada fija y sorprendida con la que recibían la vida algo ca-

prichoso y suavizado—Maisie Johnson sentía positivamente que debía gritar ¡Oh! (porque ese joven en el banco le había dado un gran susto. Algo estaba pasando, lo sabía.)

¡Horror! ¡Horror! quería gritar. (Había dejado a su gente; le habían advertido lo que sucedería.)

¿Por qué no se quedó en casa? gritó, girando la perilla de la barandilla de hierro.

Esa chica, pensó la señora Dempster (que guardaba costras para las ardi-llas y a menudo almorzaba en Regent's Park), no sabe nada todavía; y realmente le parecía mejor ser un poco robusta, un poco floja, un poco modera-da en las expectativas de uno. Percy bebía. Bueno, mejor tener un hijo, pen-só la señora Dempster. Había tenido una vida difícil, y no pudo evitar son-reír ante una chica así. Te casarás, porque eres lo suficientemente bonita, pensó la señora Dempster. Cásate, pensó, y entonces sabrás. Oh, las cocine-ras, y demás. Cada hombre tiene sus maneras. Pero si hubiera elegido así si hubiera podido saber, pensó la señora Dempster, y no pudo evitar desear su-surrar una palabra a Maisie Johnson; sentir en la arrugada bolsa de su des-gastado rostro el beso de compasión. Porque ha sido una vida difícil, pensó la señora Dempster. ¿Qué no le había dado? Rosas; figura; sus pies también. (Se dibujó los bultos nudosos bajo su falda.)

Rosas, pensó sardónicamente. Todo basura, querida. Porque realmente, entre comer, beber y aparearse, los días malos y buenos, la vida no había sido solo una cuestión de rosas, y lo que es más, déjame decirte, ¡Carrie Dempster no tenía deseo de cambiar su suerte con ninguna mujer en Ken-tish Town! Pero, imploró, compasión. Compasión, por la pérdida de rosas. Compasión le pidió a Maisie Johnson, de pie junto a los parterres de jacintos.

Ah, pero ese avión! ¿No había deseado siempre la señora Dempster ver lugares extranjeros? Tenía un sobrino, un misionero. Subía y disparaba. Siempre iba al mar en Margate, no fuera de la vista de la tierra, pero no tenía paciencia con las mujeres que temían al agua. Barría y caía. Su estóma-go estaba en su boca. Arriba de nuevo. Hay un buen joven a bordo, aposta-ba la señora Dempster, y lejos y lejos se fue, rápido y desvaneciéndose, le-jos y lejos el avión disparó; sobrevolando Greenwich y todos los mástiles; sobre la pequeña isla de iglesias grises, St. Paul's y el resto hasta que, a am-

bos lados de Londres, se extendieron campos y bosques marrones oscuros donde zorzales atrevidos saltando audazmente, mirando rápidamente, atrapaban el caracol y lo golpeaban contra una piedra, una, dos, tres veces.

Lejos y lejos el avión disparó, hasta que no era más que una chispa brillante; una aspiración; una concentración; un símbolo (así le parecía al señor Bentley, rodando vigorosamente su tira de césped en Greenwich) del alma del hombre; de su determinación, pensó el señor Bentley, barriendo alrededor del cedro, de salir de su cuerpo, más allá de su casa, por medio del pensamiento, Einstein, especulación, matemáticas, la teoría Mendeliana —lejos el avión disparó.

Entonces, mientras un hombre de aspecto desaliñado e indescriptible que llevaba un bolso de cuero estaba en los escalones de la Catedral de St. Paul, y vacilaba, porque dentro había qué bálsamo, qué gran bienvenida, cuántas tumbas con banderas ondeando sobre ellas, signos de victorias no sobre ejércitos, sino sobre, pensó, ese maldito espíritu de búsqueda de la verdad que me deja actualmente sin una situación, y más que eso, la catedral ofrece compañía, pensó, te invita a ser miembro de una sociedad; grandes hombres pertenecen a ella; mártires han muerto por ella; ¿por qué no entrar, pensó, poner este bolso de cuero lleno de folletos ante un altar, una cruz, el símbolo de algo que ha ascendido más allá de la búsqueda y la búsqueda y el golpeteo de palabras juntas y se ha convertido en todo espíritu, incorpóreo, fantasmal—¿por qué no entrar? pensó, y mientras vacilaba, el avión salió volando sobre Ludgate Circus.

Era extraño; estaba quieto. No se oía ningún sonido por encima del tráfico. Sin guía parecía; acelerado por su propia voluntad. Y ahora, curvándose hacia arriba y hacia arriba, directamente hacia arriba, como algo que se eleva en éxtasis, en puro deleite, desde atrás salía humo blanco que se ondulaba, escribiendo una T, una O, una F.

CAPÍTULO III

"¿Qué están mirando?" dijo Clarissa Dalloway a la sirvienta que abrió su puerta.

El vestíbulo de la casa estaba fresco como una bóveda. La señora Dalloway se llevó la mano a los ojos y, cuando la sirvienta cerró la puerta y escuchó el susurro de las faldas de Lucy, se sintió como una monja que ha dejado el mundo y siente que la envuelven los velos familiares y la respuesta a las antiguas devociones. La cocinera silbaba en la cocina. Oyó el clic de la máquina de escribir. Era su vida y, inclinando la cabeza sobre la mesa del vestíbulo, se inclinó bajo la influencia, se sintió bendecida y purificada, diciéndose a sí misma, mientras tomaba el bloc con el mensaje telefónico, cómo momentos como éste son brotes en el árbol de la vida, flores de oscuridad, pensó (como si alguna hermosa rosa hubiera florecido solo para sus ojos); ni por un momento creyó en Dios; pero con mayor razón, pensó, tomando el bloc, uno debe retribuir en la vida diaria a los sirvientes, sí, a los perros y canarios, sobre todo a Richard su marido, quien era el fundamento de todo—de los sonidos alegres, de las luces verdes, de la cocinera incluso silbando, porque la señora Walker era irlandesa y silbaba todo el día—uno debe pagar con este depósito secreto de momentos exquisitos, pensó, levantando el bloc, mientras Lucy permanecía a su lado, tratando de explicar cómo

"El señor Dalloway, señora" —

Clarissa leyó en el bloc telefónico: "Lady Bruton desea saber si el señor Dalloway almorzará con ella hoy".

"El señor Dalloway, señora, me dijo que le dijera que almorzaría fuera."

"¡Vaya!" dijo Clarissa, y Lucy compartió, como ella quería, su decepción (pero no el dolor); sintió la concordia entre ellas; captó la indirecta; pensó cómo los nobles aman; doró su propio futuro con calma; y, tomando el parasol de la señora Dalloway, lo manejó como un arma sagrada que una Diosa, habiéndose comportado honorablemente en el campo de batalla, abandona, y lo colocó en el paragüero.

"No temas más," dijo Clarissa. No temas más el calor del sol; porque el impacto de que Lady Bruton pidiera a Richard a almorzar sin ella hizo que el momento en que había estado se estremeciera, como una planta en el lecho del río siente el impacto de un remo que pasa y se estremece: así se balanceó: así se estremeció.

Millicent Bruton, cuyos almuerzos se decían extraordinariamente divertidos, no la había invitado. Ningún vulgar sentimiento de celos podría separarla de Richard. Pero temía al tiempo mismo, y leía en el rostro de Lady Bruton, como si fuera un dial cortado en piedra impasible, el decrecimiento de la vida; cómo año tras año su parte se reducía; cuán pequeño el margen que quedaba era capaz de estirarse, de absorber, como en los años juveniles, los colores, sales, tonos de la existencia, de modo que llenaba la habitación a la que entraba, y a menudo sentía, mientras se detenía un momento en el umbral de su salón, una exquisita suspenso, como el que podría detener a un buzo antes de sumergirse mientras el mar se oscurece y se ilumina debajo de él, y las olas que amenazan con romperse, pero solo dividen suavemente su superficie, ruedan y ocultan y engarzan mientras simplemente giran sobre las algas con perlas.

Puso el bloc en la mesa del vestíbulo. Comenzó a subir lentamente las escaleras, con la mano en la barandilla, como si hubiera dejado una fiesta, donde ahora este amigo ahora aquel había devuelto su rostro, su voz; había cerrado la puerta y salido y se encontraba sola, una figura solitaria contra la noche aterradora, o más bien, para ser precisa, contra la mirada de esta mañana de junio tan realista; suave con el resplandor de pétalos de rosa para algunos, lo sabía, y lo sentía, mientras se detenía junto a la ventana abierta de la escalera que dejaba entrar persianas que se movían, perros que ladraban, dejaba entrar, pensaba, sintiéndose de repente arrugada, envejecida, sin pechos, el moler, soplar, florecer del día, al aire libre, fuera de la ventana,

fuera de su cuerpo y cerebro que ahora fallaban, ya que Lady Bruton, cuyos almuerzos se decían extraordinariamente divertidos, no la había invitado.

Como una monja retirándose, o una niña explorando una torre, subió las escaleras, se detuvo en la ventana, llegó al baño. Allí estaba el linóleo verde y un grifo goteando. Había un vacío en el corazón de la vida; una habitación en el ático. Las mujeres deben despojarse de su rica vestimenta. Al mediodía deben desvestirse. Perforó el acerico y dejó su sombrero amarillo con plumas en la cama. Las sábanas estaban limpias, tensamente estiradas en una amplia banda blanca de lado a lado. Cada vez más estrecha sería su cama. La vela estaba medio consumida y había leído profundamente en las Memorias del Barón Marbot. Había leído hasta tarde en la noche sobre la retirada de Moscú. Porque la Cámara se reunía tanto tiempo que Richard insistía, después de su enfermedad, en que debía dormir sin ser molestada. Y en realidad prefería leer sobre la retirada de Moscú. Él lo sabía. Así que la habitación era un ático; la cama estrecha; y acostada allí leyendo, porque dormía mal, no podía disipar una virginidad preservada a través del parto que se aferraba a ella como una sábana. Hermosa en su juventud, de repente llegó un momento—por ejemplo, en el río bajo los bosques en Cliveden—cuando, a través de alguna contracción de este espíritu frío, ella lo había fallado. Y luego en Constantinopla, y una y otra vez. Podía ver lo que le faltaba. No era belleza; no era mente. Era algo central que permeaba; algo cálido que rompía las superficies y ondulaba el contacto frío entre hombre y mujer, o entre mujeres. Porque eso podía percibirlo vagamente. Lo resentía, tenía un escrúpulo recogido Dios sabe dónde, o, como sentía, enviado por la Naturaleza (que es invariablemente sabia); sin embargo, no podía resistir a veces ceder al encanto de una mujer, no una chica, de una mujer confesando, como a ella a menudo lo hacían, algún lío, alguna locura. Y si era lástima, o su belleza, o que ella era mayor, o algún accidente—como un leve aroma, o un violín al lado (tan extraño es el poder de los sonidos en ciertos momentos), ella indudablemente entonces sentía lo que los hombres sentían. Solo por un momento; pero era suficiente. Era una revelación repentina, un tinte como un rubor que uno intentaba contener y luego, mientras se expandía, uno cedía a su expansión, y corría hacia el borde más lejano y allí temblaba y sentía el mundo acercarse, hinchado con algún significado asombroso, alguna presión de éxtasis, que rompía su fina piel y fluía y se vertía con una extraordinaria alivio sobre las grietas y llagas! Entonces, por ese momento, había visto una iluminación; una cerilla ardiendo en un azafrán; un signifi-

cado interno casi expresado. Pero lo cercano se retiró; lo duro se suavizó. Había terminado—el momento. Contra tales momentos (con mujeres también) contrastaba (mientras dejaba su sombrero) la cama y el Barón Marbot y la vela medio quemada. Despierta, el suelo crujía; la casa iluminada se oscurecía de repente, y si levantaba la cabeza apenas podía oír el clic de la manija liberada tan suavemente como fuera posible por Richard, quien subía las escaleras en calcetines y luego, casi siempre, dejaba caer su botella de agua caliente y juraba! ¡Cómo se reía!

Pero esta cuestión del amor (pensó, guardando su abrigo), este enamorarse de mujeres. Toma a Sally Seton; su relación en los viejos tiempos con Sally Seton. ¿No había sido eso, después de todo, amor?

Se sentó en el suelo—esa fue su primera impresión de Sally—se sentó en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas, fumando un cigarrillo. ¿Dónde podría haber sido? ¿En casa de los Manning? ¿En casa de los Kinloch-Jones? En alguna fiesta (dónde, no podía estar segura), porque tenía un recuerdo claro de haber dicho al hombre con el que estaba, "¿Quién es esa?" Y él se lo había dicho, y había dicho que los padres de Sally no se llevaban bien (qué le sorprendió—¡que los padres de uno discutieran!). Pero toda esa noche no pudo apartar los ojos de Sally. Era una belleza extraordinaria del tipo que más admiraba,

oscura, de ojos grandes, con esa cualidad que, como ella no la tenía, siempre envidiaba—una especie de abandono, como si pudiera decir cualquier cosa, hacer cualquier cosa; una cualidad mucho más común en extranjeros que en mujeres inglesas. Sally siempre decía que tenía sangre francesa en sus venas, un antepasado había estado con María Antonieta, le habían cortado la cabeza, dejó un anillo de rubí. Tal vez ese verano vino a quedarse en Bourton, apareciendo inesperadamente sin un centavo en el bolsillo, una noche después de la cena, y molestando tanto a la pobre tía Helena que nunca la perdonó. Había habido alguna discusión en casa. Literalmente no tenía un centavo esa noche cuando llegó a ellos—había empeñado un broche para bajar. Había salido corriendo en un arrebato. Se quedaron despiertas hasta altas horas de la noche hablando. Sally fue quien le hizo sentir, por primera vez, lo protegida que era la vida en Bourton. No sabía nada sobre sexo—nada sobre problemas sociales. Una vez había visto a un anciano que había muerto repentinamente en un campo—había visto vacas justo después de que nacieron sus terneros. Pero la tía Helena nunca le gustaba discutir nada

(cuando Sally le dio un libro de William Morris, tuvo que estar envuelto en papel marrón). Allí se sentaron, hora tras hora, hablando en su dormitorio en la parte superior de la casa, hablando sobre la vida, cómo iban a reformar el mundo. Tenían la intención de fundar una sociedad para abolir la propiedad privada, y en realidad tenían una carta escrita, aunque no enviada. Las ideas eran de Sally, por supuesto—pero muy pronto ella estaba igual de emocionada—leía a Platón en la cama antes del desayuno; leía a Morris; leía a Shelley durante horas.

El poder de Sally era asombroso, su don, su personalidad. Por ejemplo, estaba su manera con las flores. En Bourton siempre tenían pequeños jarrones rígidos a lo largo de la mesa. Sally salió, recogió malvarrosas, dalias—todo tipo de flores que nunca se habían visto juntas—les cortó las cabezas, y las hizo flotar en la parte superior del agua en tazones. El efecto era extraordinario—entrar a cenar en el atardecer. (Por supuesto, la tía Helena pensaba que era una maldad tratar a las flores así). Luego olvidó su esponja, y corrió por el pasillo desnuda. Esa vieja y severa doncella, Ellen Atkins, se quejaba—"¿Y si alguno de los caballeros la hubiera visto?" De hecho, sorprendía a la gente. Era desordenada, decía papá.

Lo extraño, al mirar atrás, era la pureza, la integridad, de su sentimiento por Sally. No era como el sentimiento por un hombre. Era completamente desinteresado y, además, tenía una cualidad que solo podía existir entre mujeres, entre mujeres recién crecidas. Era protector, de su parte; surgía de un sentido de estar en alianza, un presentimiento de algo que estaba destinado a separarlas (siempre hablaban del matrimonio como una catástrofe), lo que llevaba a esta caballerosidad, este sentimiento protector que era mucho más de su lado que del de Sally. Porque en esos días ella era completamente imprudente; hacía las cosas más idiotas por bravura; montaba en bicicleta alrededor del parapeto en la terraza; fumaba puros. Era absurda, muy absurda. Pero el encanto era abrumador, al menos para ella, tanto que podía recordar estar de pie en su dormitorio en la parte superior de la casa sosteniendo la lata de agua caliente en sus manos y diciendo en voz alta: "Ella está bajo este techo... Ella está bajo este techo!"

No, las palabras no significaban absolutamente nada para ella ahora. Ni siquiera podía obtener un eco de su vieja emoción. Pero podía recordar enfriarse de emoción y arreglarse el cabello en una especie de éxtasis (ahora el viejo sentimiento comenzaba a regresar, mientras sacaba sus horquillas, las

colocaba en el tocador, comenzaba a arreglarse el cabello), con los grajos pavoneándose de un lado a otro en la luz rosada del atardecer, y vistiéndose, y bajando las escaleras, y sintiendo mientras cruzaba el vestíbulo "si ahora muriera sería ahora el más feliz". Ese era su sentimiento—el sentimiento de Otelo, y ella lo sintió, estaba convencida, tan fuertemente como Shakespeare quiso que Otelo lo sintiera, todo porque bajaba a cenar con un vestido blanco para encontrarse con Sally Seton.

Ella llevaba gasa rosa—¿era posible? De todos modos, parecía toda luz, resplandeciente, como un pájaro o una bola de aire que ha volado, se ha unido por un momento a una zarza. Pero nada es tan extraño cuando uno está enamorado (¿y qué era esto sino estar enamorado?) como la completa indiferencia de otras personas. La tía Helena simplemente se fue después de la cena; papá leía el periódico. Peter Walsh podría haber estado allí, y la vieja señorita Cummings; Joseph Breitkopf ciertamente estaba, porque venía todos los veranos, pobre viejo, durante semanas y semanas, y pretendía leer alemán con ella, pero en realidad tocaba el piano y cantaba Brahms sin ninguna voz.

Todo esto era solo un fondo para Sally. Ella estaba junto a la chimenea hablando, con esa hermosa voz que hacía que todo lo que decía sonara como una caricia, a papá, quien había comenzado a sentirse atraído un poco contra su voluntad (nunca se recuperó de haberle prestado uno de sus libros y encontrarlo empapado en la terraza), cuando de repente ella dijo, "¡Qué vergüenza sentarse adentro!" y todos salieron a la terraza y caminaron de un lado a otro. Peter Walsh y Joseph Breitkopf continuaron hablando de Wagner. Ella y Sally se quedaron un poco atrás. Entonces vino el momento más exquisito de toda su vida, pasando junto a una urna de piedra con flores en ella. Sally se detuvo; recogió una flor; la besó en los labios. ¡El mundo entero podría haberse volcado! Los demás desaparecieron; allí estaba sola con Sally. Y sintió que le habían dado un regalo, envuelto, y le dijeron simplemente que lo guardara, que no lo mirara—un diamante, algo infinitamente precioso, envuelto, que, mientras caminaban (de un lado a otro, de un lado a otro), ella descubría, o el resplandor se filtraba, la revelación, ¡el sentimiento religioso!—cuando el viejo Joseph y Peter las enfrentaron:

"¿Mirando las estrellas?" dijo Peter.

¡Era como chocar la cara contra una pared de granito en la oscuridad!
¡Era chocante; era horrible!

No por ella misma. Ella solo sintió cómo Sally ya estaba siendo magullada, maltratada; sintió su hostilidad; su celos; su determinación de irrumpir en su compañerismo. Todo esto lo vio como uno ve un paisaje en un relámpago—y Sally (¡nunca la había admirado tanto!) tomando su camino valientemente invicta. Ella rió. Hizo que el viejo Joseph le dijera los nombres de las estrellas, lo que le gustaba hacer muy en serio. Se quedó allí: escuchó. Escuchó los nombres de las estrellas.

"¡Oh, este horror!" se dijo a sí misma, como si hubiera sabido todo el tiempo que algo interrumpiría, amargaría su momento de felicidad.

Sin embargo, después de todo, cuánto le debía a él más tarde. Siempre que pensaba en él pensaba en sus peleas por alguna razón—porque quería su buena opinión tanto, tal vez. Le debía palabras: "sentimental", "civilizado"; surgían todos los días de su vida como si él la protegiera. Un libro era sentimental; una actitud hacia la vida sentimental. "Sentimental", tal vez ella lo era al pensar en el pasado. ¿Qué pensaría él, se preguntaba, cuando regresara?

¿Que había envejecido? ¿Diría eso, o vería que lo pensaba cuando regresara, que había envejecido? Era cierto. Desde su enfermedad, casi se había vuelto blanca.

Dejando su broche en la mesa, tuvo un espasmo repentino, como si, mientras reflexionaba, las garras heladas hubieran tenido la oportunidad de fijarse en ella. Todavía no era vieja. Acababa de cumplir cincuenta y dos años. Meses y meses de ello aún estaban intactos. ¡Junio, julio, agosto! Cada uno aún permanecía casi entero, y, como si fuera a atrapar la gota que caía, Clarissa (cruzando hacia el tocador) se sumergió en el corazón mismo del momento, lo inmovilizó, allí—el momento de esta mañana de junio sobre la cual estaba la presión de todas las otras mañanas, viendo el espejo, el tocador, y todas las botellas de nuevo, recogiendo todo de ella en un punto (mientras miraba en el espejo), viendo el delicado rostro rosado de la mujer que esa misma noche iba a dar una fiesta; de Clarissa Dalloway; de ella misma.

Cuántas millones de veces había visto su rostro, y siempre con la misma contracción imperceptible! Fruncía los labios cuando se miraba en el espejo. Era para darle punto a su rostro. Esa era ella misma — puntiaguda; como un dardo; definida. Esa era ella misma cuando algún esfuerzo, alguna llamada para ser ella misma, reunía las partes, ella sola sabía cuán diferentes, cuán incompatibles y compuestas así solo para el mundo en un centro, un diamante, una mujer que se sentaba en su salón y hacía un punto de encuentro, una radiancia sin duda en algunas vidas aburridas, un refugio para los solitarios que venían, tal vez; había ayudado a los jóvenes, que le estaban agradecidos; había intentado ser siempre la misma, nunca mostrando un signo de todos los otros lados de ella — fallos, celos, vanidades, sospechas, como esta de que Lady Bruton no la invitara a almorzar; lo cual, pensó (peinándose finalmente), ¡es completamente vil! Ahora, ¿dónde estaba su vestido?

Sus vestidos de noche colgaban en el armario. Clarissa, sumergiendo su mano en la suavidad, desprendió suavemente el vestido verde y lo llevó a la ventana. Lo había rasgado. Alguien había pisado la falda. Lo sintió ceder en la fiesta de la Embajada en la parte superior entre los pliegues. Con luz artificial el verde brillaba, pero perdía su color ahora en el sol. Lo remendaría. Sus sirvientas tenían demasiado que hacer. Lo usaría esta noche. Tomaría sus sedas, sus tijeras, su — ¿qué era? — su dedal, por supuesto, bajaría al salón, porque también debía escribir, y ver que las cosas en general estuvieran más o menos en orden.

Extraño, pensó, deteniéndose en el rellano, y ensamblando esa forma de diamante, esa persona única, ¡extraño cómo una amante conoce el momento exacto, el temperamento exacto de su casa! Sonidos leves se elevaban en espirales por el pozo de las escaleras; el susurro de una fregona; golpes; golpes; un fuerte ruido cuando se abrió la puerta principal; una voz repitiendo un mensaje en el sótano; el tintineo de la plata en una bandeja; plata limpia para la fiesta. Todo era para la fiesta.

(Y Lucy, entrando al salón con su bandeja extendida, colocó los candelabros gigantes en la repisa de la chimenea, el cofre de plata en el centro, giró el delfín de cristal hacia el reloj. Vendrían; se quedarían; hablarían en los tonos afectados que podía imitar, señoras y caballeros. De todos, su ama era la más hermosa — ama de la plata, del lino, de la porcelana, porque el sol, la plata, las puertas fuera de sus bisagras, los hombres de Rumpelmayer, le da-

ban una sensación, mientras colocaba el abrecartas en la mesa incrustada, de algo logrado. ¡He aquí! ¡He aquí! dijo, hablando a sus viejos amigos en la panadería, donde había visto servicio por primera vez en Caterham, espiando en el vidrio. Ella era Lady Angela, atendiendo a la princesa Mary, cuando entró la señora Dalloway.)

"Oh, Lucy," dijo, "¡la plata se ve tan bonita!"

"Y cómo," dijo, girando el delfín de cristal para que se mantuviera derecho, "¿cómo disfrutaste la obra anoche?" "Oh, tuvieron que irse antes del final," dijo. "¡Tuvieron que estar de vuelta a las diez!" dijo. "Así que no saben qué pasó," dijo. "Eso parece mala suerte," dijo (porque sus sirvientes se quedaban más tarde, si se lo pedían). "Eso parece una pena," dijo, tomando el viejo cojín calvo en el medio del sofá y poniéndolo en los brazos de Lucy, y dándole un pequeño empujón, y exclamando:

"¡Llévatelo! ¡Dáselo a la señora Walker con mis saludos! ¡Llévatelo!" gritó.

Y Lucy se detuvo en la puerta del salón, sosteniendo el cojín, y dijo, muy tímidamente, poniéndose un poco rosa, ¿no podría ayudar a arreglar ese vestido?

Pero, dijo la señora Dalloway, ella ya tenía suficiente en sus manos, bastante de su propio trabajo sin eso.

"Pero, gracias, Lucy, oh, gracias," dijo la señora Dalloway, y gracias, gracias, continuó diciendo (sentándose en el sofá con su vestido sobre las rodillas, sus tijeras, sus sedas), gracias, gracias, continuó diciendo en gratitud a sus sirvientes en general por ayudarla a ser así, a ser lo que quería, gentil, generosa de corazón. Sus sirvientes la querían. Y luego este vestido suyo— ¿dónde estaba el rasgón? y ahora su aguja para enhebrar. Este era un vestido favorito, uno de Sally Parker, el último casi que ella hizo, por desgracia, porque Sally ahora se había retirado, viviendo en Ealing, y si alguna vez tuviera un momento, pensó Clarissa (pero nunca tendría un momento más), iría a verla a Ealing. Porque era un personaje, pensó Clarissa, una verdadera artista. Pensaba en cosas pequeñas y fuera de lo común; sin embargo, sus vestidos nunca eran extraños. Podías usarlos en Hatfield; en el Palacio de Buckingham. Los había usado en Hatfield; en el Palacio de Buckingham.

El silencio descendió sobre ella, calma, contenta, mientras su aguja, dibujando la seda suavemente hasta su suave pausa, reunía los pliegues verdes y los unía, muy ligeramente, al cinturón. Así en un día de verano las olas se reúnen, se equilibran y caen; se reúnen y caen; y todo el mundo parece decir "eso es todo" cada vez más ponderosamente, hasta que incluso el corazón en el cuerpo que yace al sol en la playa también dice, Eso es todo. No temas más, dice el corazón. No temas más, dice el corazón, entregando su carga a algún mar, que suspira colectivamente por todos los dolores, y renueva, comienza, recoge, deja caer. Y el cuerpo solo escucha a la abeja que pasa; la ola rompiendo; el perro ladrando, lejos ladrando y ladrando.

"¡Cielos, el timbre de la puerta principal!" exclamó Clarissa, deteniendo su aguja. Despertada, escuchó.

"La señora Dalloway me verá," dijo el anciano en el vestíbulo. "Oh, sí, ella me verá," repitió, apartando a Lucy muy benevolentemente, y subiendo rápidamente las escaleras. "Sí, sí, sí," murmuraba mientras subía las escaleras. "Ella me verá. Después de cinco años en la India, Clarissa me verá."

"¿Quién puede— qué puede," preguntó la señora Dalloway (pensando que era indignante ser interrumpida a las once de la mañana del día en que daba una fiesta), al escuchar un paso en las escaleras. Oyó una mano sobre la puerta. Intentó esconder su vestido, como una virgen protegiendo su castidad, respetando la privacidad. Ahora el pomo de latón se deslizó. Ahora la puerta se abrió, y entró— ¡por un segundo no pudo recordar cómo se llamaba! ¡tan sorprendida estaba de verlo, tan feliz, tan tímida, tan completamente desconcertada de que Peter Walsh viniera a verla inesperadamente por la mañana! (No había leído su carta.)

"¡Y cómo estás!" dijo Peter Walsh, positivamente temblando; tomando ambas manos; besando ambas manos. Ha envejecido, pensó, sentándose. No le diré nada al respecto, pensó, porque ha envejecido. Ella me está mirando, pensó, sintiendo de repente una vergüenza, aunque había besado sus manos. Metiendo la mano en su bolsillo, sacó un gran cuchillo de bolsillo y medio abrió la hoja.

Exactamente igual, pensó Clarissa; la misma mirada extraña; el mismo traje de cuadros; su cara está un poco fuera de la línea, un poco más delgada, más seca, tal vez, pero se ve terriblemente bien, y exactamente igual.

"¡Qué celestial es verte de nuevo!" exclamó. Tenía su cuchillo afuera. Eso es tan típico de él, pensó.

Solo había llegado a la ciudad la noche anterior, dijo; tendría que ir al campo de inmediato; y cómo estaba todo, cómo estaba todos—¿Richard? ¿Elizabeth?

"¿Y todo esto?" dijo, inclinando su navaja hacia su vestido verde.

Está muy bien vestido, pensó Clarissa; pero siempre me critica.

Aquí está ella remendando su vestido; remendando su vestido como siempre, pensó; aquí ha estado sentada todo el tiempo que he estado en la India; remendando su vestido; jugando; yendo a fiestas; corriendo a la Cámara y de regreso y todo eso, pensó, creciendo cada vez más irritado, cada vez más agitado, porque no hay nada en el mundo tan malo para algunas mujeres como el matrimonio, pensó; y la política; y tener un marido conservador, como el admirable Richard. Así es, así es, pensó, cerrando su cuchillo con un chasquido.

"Richard está muy bien. Richard está en un comité," dijo Clarissa.

Y abrió sus tijeras y dijo, le importaría si terminaba lo que estaba haciendo con su vestido, porque tenían una fiesta esa noche.

"A la cual no te invitaré," dijo. "¡Mi querido Peter!" dijo.

Pero era delicioso escucharla decir eso— ¡mi querido Peter! De hecho, todo era tan delicioso—la plata, las sillas; ¡todo tan delicioso!

¿Por qué no lo invitaría a su fiesta? preguntó.

Ahora, por supuesto, pensó Clarissa, ¡él es encantador! ¡perfectamente encantador! Ahora recuerdo lo imposible que era tomar una decisión—¿y por qué tomé una decisión—para no casarme con él? se preguntaba, ¿ese verano horrible?

"¡Pero es tan extraordinario que hayas venido esta mañana!" exclamó, poniendo sus manos, una sobre otra, sobre su vestido.

"¿Recuerdas," dijo, "cómo solían aletear las persianas en Bourton?"

"Lo hacían," dijo él; y recordó desayunar solo, muy torpemente, con su padre; que había muerto; y no le había escrito a Clarissa. Pero nunca se lle-

vó bien con el viejo Parry, ese viejo quejumbroso de rodillas débiles, el padre de Clarissa, Justin Parry.

"Siempre deseé haberme llevado mejor con tu padre," dijo.

"Pero nunca le gustó nadie que—nuestros amigos," dijo Clarissa; y podría haberse mordido la lengua por recordarle a Peter que había querido casarse con ella.

Por supuesto que lo hice, pensó Peter; casi me rompió el corazón también, pensó; y fue superado por su propia pena, que se elevó como una luna vista desde una terraza, fantásticamente hermosa con luz del día hundido. Fui más infeliz de lo que he sido desde entonces, pensó. Y como si de verdad estuviera sentado allí en la terraza, se acercó un poco a Clarissa; extendió la mano; la levantó; la dejó caer. Allí arriba, sobre ellos, colgaba, esa luna. Ella también parecía estar sentada con él en la terraza, a la luz de la luna.

"Herbert la tiene ahora," dijo ella. "Nunca voy allí ahora," dijo.

Luego, justo como sucede en una terraza a la luz de la luna, cuando una persona comienza a sentirse avergonzada de estar ya aburrida, y sin embargo, mientras la otra permanece en silencio, muy quieta, mirando tristemente a la luna, no le gusta hablar, mueve el pie, aclara la garganta, nota algún pergamino de hierro en una pata de mesa, remueve una hoja, pero no dice nada—Peter Walsh lo hizo ahora. ¿Para qué volver así al pasado? pensó. ¿Para qué hacerle pensar en ello de nuevo? ¿Para qué hacerle sufrir, cuando ella lo había torturado tan infernalmente? ¿Para qué?

"¿Recuerdas el lago?" dijo ella, con voz abrupta, bajo la presión de una emoción que le atrapó el corazón, le puso rígidos los músculos de la garganta y le contrajo los labios en un espasmo al decir "lago." Porque era una niña, arrojando pan a los patos, entre sus padres, y al mismo tiempo una mujer adulta llegando a sus padres que estaban junto al lago, sosteniendo su vida en sus brazos que, mientras se acercaba a ellos, se hacía más y más grande en sus brazos, hasta que se convirtió en una vida entera, una vida completa, que dejó a su lado y dijo, "¡Esto es lo que he hecho de ella! ¡Esto!" ¿Y qué había hecho de ella? ¿Qué, de hecho? sentada allí cosiendo esta mañana con Peter.

Miró a Peter Walsh; su mirada, pasando por todo ese tiempo y esa emoción, lo alcanzó dudosa; se posó en él lacrimosa; y se elevó y revoloteó, como un pájaro que toca una rama y se eleva y revolotea. Simplemente se limpió los ojos.

"Sí," dijo Peter. "Sí, sí, sí," dijo, como si ella le sacara a la superficie algo que positivamente le dolía al subir. ¡Detente! ¡Detente! quería gritar. Porque no era viejo; su vida no había terminado; ni mucho menos. Apenas pasaba de los cincuenta. ¿Se lo diré, pensó, o no? Le gustaría sincerarse por completo. Pero ella es demasiado fría, pensó; cosiendo, con sus tijeras; Daisy parecería ordinaria al lado de Clarissa. Y ella lo consideraría un fracaso, lo cual soy en su sentido, pensó; en el sentido de los Dalloway. Oh sí, no tenía dudas sobre eso; era un fracaso, comparado con todo esto—la mesa incrustada, el abrecartas montado, el delfín y los candelabros, las fundas de las sillas y las viejas valiosas impresiones inglesas teñidas—¡era un fracaso! Detesto la suficiencia de todo el asunto, pensó; obra de Richard, no de Clarissa; salvo que ella se casó con él. (Aquí Lucy entró en la habitación, trayendo plata, más plata, pero encantadora, esbelta, graciosa se veía, pensó, mientras se inclinaba para dejarla.) ¡Y esto ha estado sucediendo todo el tiempo! pensó; semana tras semana; la vida de Clarissa; mientras yo—pensó; y de inmediato todo parecía irradiar de él; viajes; paseos; peleas; aventuras; fiestas de bridge; aventuras amorosas; trabajo; trabajo, trabajo! y sacó su cuchillo abiertamente—su viejo cuchillo de mango de cuerno que Clarissa podría jurar que había tenido estos treinta años—y apretó el puño sobre él.

Qué hábito tan extraordinario era ese, pensó Clarissa; siempre jugando con un cuchillo. Siempre haciendo que uno se sintiera, también, frívolo; vacío de mente; un mero charlatán tonto, como solía hacer. Pero yo también, pensó, y, tomando su aguja, convocó, como una reina cuyos guardias se han quedado dormidos y la han dejado desprotegida (había sido tomada completamente por sorpresa por esta visita—la había alterado) de modo que cualquiera puede entrar y echarle un vistazo donde yace con las zarzas curvándose sobre ella, convocó en su ayuda las cosas que hacía; las cosas que le gustaban; su marido; Elizabeth; su propio ser, en resumen, que Peter apenas conocía ahora, todo para venir sobre ella y ahuyentar al enemigo.

"Bueno, ¿y qué te ha pasado?" dijo ella. Así, antes de que comience una batalla, los caballos patean el suelo; sacuden sus cabezas; la luz brilla en sus

flancos; sus cuellos se curvan. Así Peter Walsh y Clarissa, sentados uno al lado del otro en el sofá azul, se desafiaron mutuamente. Sus poderes se agitaban y se sacudían en él. Reunió de diferentes cuartos todo tipo de cosas; elogios; su carrera en Oxford; su matrimonio, del que ella no sabía nada; cómo había amado; y en conjunto, había hecho su trabajo.

"¡Millones de cosas!" exclamó, y, impulsado por la asamblea de poderes que ahora se cargaban de un lado a otro y le daban la sensación a la vez aterradora y extremadamente estimulante de ser llevado por el aire en los hombros de personas que ya no podía ver, se llevó las manos a la frente.

Clarissa se sentó muy erguida; inhaló.

"Estoy enamorado," dijo, no a ella sin embargo, sino a alguien elevado en la oscuridad para que no pudieras tocarla pero debías dejar tu guirnalda en la hierba en la oscuridad.

"Enamorado," repitió, ahora hablando más secamente con Clarissa Dallo-way; "enamorado de una chica en la India." Había depositado su guirnalda. Clarissa podía hacer lo que quisiera con eso.

"¡Enamorado!" dijo ella. ¡Que a su edad fuera arrastrado por su pequeño lazo por ese monstruo! ¡Y no hay carne en su cuello; sus manos están rojas; y es seis meses mayor que yo! su ojo regresó a ella; pero en su corazón sentía, de todos modos, está enamorado. Él tiene eso, sintió; está enamorado.

Pero el indomable egoísmo que por siempre derriba a las huestes que se le oponen, el río que dice adelante, adelante, adelante; aunque, admite, puede que no haya ningún objetivo para nosotros, todavía adelante, adelante; este indomable egoísmo cargó sus mejillas de color; la hizo parecer muy joven; muy rosada; muy brillante de ojos mientras se sentaba con su vestido sobre sus rodillas, y su aguja sostenida al final de la seda verde, temblando un poco. ¡Él estaba enamorado! No de ella. Con alguna mujer más joven, por supuesto.

"¿Y quién es ella?" preguntó.

Ahora esta estatua debe ser traída de su altura y colocada entre ellos.

"Una mujer casada, desafortunadamente," dijo; "la esposa de un Mayor en el Ejército de la India."

Y con una curiosa dulzura irónica sonrió al colocarla de esta manera ridícula ante Clarissa.

(De todos modos, está enamorado, pensó Clarissa.)

"Y tiene," continuó, muy razonablemente, "dos niños pequeños; un niño y una niña; y he venido a ver a mis abogados sobre el divorcio."

¡Ahí están! pensó. ¡Haz lo que quieras con ellos, Clarissa! ¡Ahí están! Y segundo a segundo le parecía que la esposa del Mayor en el Ejército de la India (su Daisy) y sus dos niños pequeños se volvían más y más encantadores mientras Clarissa los miraba; como si hubiera prendido fuego a una bolita gris en un plato y allí se hubiera elevado un hermoso árbol en el aire salino de su intimidad (porque en algunos aspectos nadie lo entendía, sentía con él, como Clarissa lo hacía)—su exquisita intimidad.

Ella lo adulaba; lo engañaba, pensó Clarissa; moldeando a la mujer, la esposa del Mayor en el Ejército de la India, con tres golpes de cuchillo. ¡Qué desperdicio! ¡Qué locura! Toda su vida Peter había sido engañado así; primero siendo expulsado de Oxford; luego casándose con la chica en el barco rumbo a la India; ahora la esposa de un Mayor en el Ejército de la India—¡gracias a Dios que se había negado a casarse con él! Aún así, él estaba enamorado; su viejo amigo, su querido Peter, él estaba enamorado.

"Pero, ¿qué vas a hacer?" le preguntó. Oh, los abogados y solicitadores, los señores Hooper y Grateley de Lincoln's Inn, iban a hacerlo, dijo. Y realmente se estaba cortando las uñas con su cuchillo de bolsillo.

¡Por el amor de Dios, deja tu cuchillo en paz! gritó para sí misma con una irritación irreprimible; era su tonta falta de convencionalidad, su debilidad; su falta de la más mínima idea de lo que alguien más estaba sintiendo lo que la irritaba, siempre la había irritado; y ahora a su edad, ¡qué tonto!

Sé todo eso, pensó Peter; sé a qué me enfrento, pensó, pasando su dedo por el filo de su cuchillo, Clarissa y Dalloway y todos los demás; pero le mostraré a Clarissa—y luego, para su total sorpresa, arrojado de repente por esas fuerzas incontrolables a través del aire, estalló en lágrimas; lloró; lloró sin la menor vergüenza, sentado en el sofá, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Y Clarissa se había inclinado hacia adelante, tomado su mano, atraído hacia ella, besado,—realmente había sentido su rostro en el suyo antes de

poder detener el brandir de plata resplandeciente—plumas como la hierba de pampa en un vendaval tropical en su pecho, que, al ceder, la dejó sosteniendo su mano, palmoteando su rodilla y, sintiéndose mientras se reclinaba extraordinariamente a gusto con él y ligera de corazón, todo de un golpe se le ocurrió, ¡Si me hubiera casado con él, esta alegría sería mía todo el día!

Todo había terminado para ella. La sábana estaba estirada y la cama estrecha. Había subido a la torre sola y los había dejado recogiendo moras al sol. La puerta se había cerrado, y allí entre el polvo de yeso caído y la basura de nidos de pájaros qué distante se veía la vista, y los sonidos llegaban delgados y fríos (una vez en Leith Hill, recordaba), ¡y Richard, Richard! gritó, como un durmiente en la noche se sobresalta y extiende una mano en la oscuridad en busca de ayuda. Almorzando con Lady Bruton, volvió a ella. Me ha dejado; estoy sola para siempre, pensó, juntando las manos sobre su rodilla.

Peter Walsh se había levantado y cruzado a la ventana y estaba de espaldas a ella, sacudiendo un pañuelo de bandana de un lado a otro. Maestro y seco y desolado parecía, sus delgadas escápulas levantando ligeramente su abrigo; sonándose la nariz violentamente. Llévame contigo, pensó impulsivamente Clarissa, como si él estuviera a punto de comenzar un gran viaje; y luego, al momento siguiente, fue como si los cinco actos de una obra que había sido muy emocionante y conmovedora hubieran terminado y ella hubiera vivido una vida en ellos y se hubiera escapado, hubiera vivido con Peter, y ahora había terminado.

Ahora era el momento de moverse, y, como una mujer que recoge sus cosas, su capa, sus guantes, sus binoculares de ópera, y se levanta para salir del teatro a la calle, se levantó del sofá y fue hacia Peter.

Y era terriblemente extraño, pensó, cómo aún tenía el poder, mientras veía tintineando, susurrando, aún tenía el poder mientras cruzaba la habitación, de hacer que la luna, que detestaba, se elevara en Bourton sobre la terraza en el cielo de verano.

"Dime," dijo, agarrándola por los hombros. "¿Eres feliz, Clarissa? ¿Richard—?"

La puerta se abrió.

"Aquí está mi Elizabeth," dijo Clarissa, emocionalmente, histriónicamente, tal vez.

"¿Cómo estás?" dijo Elizabeth avanzando.

El sonido del Big Ben marcando la media hora resonó entre ellos con una energía extraordinaria, como si un joven, fuerte, indiferente, desconsiderado, estuviera balanceando pesas de gimnasia de un lado a otro.

"¡Hola, Elizabeth!" exclamó Peter, metiendo su pañuelo en el bolsillo, yendo rápidamente hacia ella, diciendo "Adiós, Clarissa" sin mirarla, dejando la habitación rápidamente, y corriendo escaleras abajo y abriendo la puerta del vestíbulo.

"¡Peter! ¡Peter!" gritó Clarissa, siguiéndolo hasta el rellano. "¡Mi fiesta esta noche! ¡Recuerda mi fiesta esta noche!" gritó, teniendo que alzar la voz contra el rugido del aire libre, y, abrumada por el tráfico y el sonido de todos los relojes sonando, su voz gritando "¡Recuerda mi fiesta esta noche!" sonó frágil y delgada y muy lejana mientras Peter Walsh cerraba la puerta.

CAPÍTULO IV

Recuerda mi fiesta, recuerda mi fiesta, decía Peter Walsh mientras bajaba por la calle, hablándose a sí mismo rítmicamente, al compás del flujo del sonido, el sonido directo y rotundo del Big Ben marcando la media hora. (Los círculos de plomo se disolvían en el aire.) Oh, estas fiestas, pensó; las fiestas de Clarissa. ¿Por qué da estas fiestas?, pensó. No es que la culpase ni a esta efigie de un hombre con frac y un clavel en el ojal que venía hacia él. Solo una persona en el mundo podía ser como él era, estar enamorado. Y allí estaba, este hombre afortunado, él mismo, reflejado en el escaparate de un fabricante de automóviles en Victoria Street. Toda la India quedaba atrás; llanuras, montañas; epidemias de cólera; un distrito dos veces más grande que Irlanda; decisiones que había tomado solo—él, Peter Walsh; que ahora realmente por primera vez en su vida, estaba enamorado. Clarissa se había vuelto dura, pensó; y un poco sentimental además, sospechaba, mirando los grandes automóviles capaces de hacer—¿cuántas millas con cuántos galones? Porque tenía una inclinación por la mecánica; había inventado un arado en su distrito, había ordenado carretillas desde Inglaterra, pero los coolies no las usaban, todo lo cual Clarissa no sabía nada en absoluto.

La forma en que dijo "¡Aquí está mi Elizabeth!"—eso le molestó. ¿Por qué no simplemente "Aquí está Elizabeth"? Era insincero. Y a Elizabeth tampoco le gustó. (Aún los últimos temblores de la gran voz retumbante sacudían el aire a su alrededor; la media hora; aún temprano; solo las once y media aún.) Porque entendía a los jóvenes; le gustaban. Siempre hubo algo frío en Clarissa, pensó. Ella siempre, incluso de niña, tenía una especie de timidez, que en la mediana edad se convierte en convencionalismo, y enton-

ces todo se acaba, todo se acaba, pensó, mirando bastante tristemente en las profundidades vidriosas, y preguntándose si al llamar a esa hora la había molestado; superado por la vergüenza repentinamente al haber sido un tonto; llorado; sido emocional; contado todo, como siempre, como siempre.

Como una nube cruza el sol, el silencio cae sobre Londres; y cae sobre la mente. El esfuerzo cesa. El tiempo se agita en el mástil. Allí nos detenemos; allí nos quedamos. Rígido, el esqueleto del hábito solo sostiene el marco humano. Donde no hay nada, Peter Walsh se dijo a sí mismo; sintiéndose hueco, completamente vacío por dentro. Clarissa me rechazó, pensó. Se quedó allí pensando, Clarissa me rechazó.

Ah, dijo St. Margaret's, como una anfitriona que entra en su salón justo en el momento exacto y encuentra a sus invitados allí ya. No llego tarde. No, son exactamente las once y media, dice. Sin embargo, aunque tiene toda la razón, su voz, siendo la voz de la anfitriona, se resiste a imponer su individualidad. Algún dolor por el pasado la retiene; alguna preocupación por el presente. Son las once y media, dice, y el sonido de St. Margaret's se desliza en los recovecos del corazón y se entierra en anillo tras anillo de sonido, como algo vivo que quiere confiarse, dispersarse, estar, con un temblor de deleite, en reposo—como la misma Clarissa, pensó Peter Walsh, bajando las escaleras en el momento exacto vestida de blanco. Es Clarissa misma, pensó, con una profunda emoción y un recuerdo extraordinariamente claro, pero desconcertante, de ella, como si esta campana hubiera entrado en la habitación hace años, donde se sentaban en algún momento de gran intimidad, y hubiera pasado de uno a otro y hubiera dejado, como una abeja con miel, cargada con el momento. ¿Pero qué habitación? ¿Qué momento? ¿Y por qué había sido tan profundamente feliz cuando el reloj sonaba? Luego, mientras el sonido de St. Margaret's languidecía, pensó, Ella ha estado enferma, y el sonido expresaba languidez y sufrimiento. Era su corazón, recordó; y la repentina sonoridad del golpe final resonó como la muerte que sorprende en medio de la vida, Clarissa cayendo donde estaba, en su salón. ¡No! ¡No! gritó. ¡Ella no está muerta! ¡No soy viejo! gritó, y marchó por Whitehall, como si rodara hacia él, vigoroso, interminable, su futuro.

No era viejo, ni estaba acabado, ni seco en lo más mínimo. En cuanto a importarle lo que dijeran de él—los Dalloway, los Whitbread y su círculo, no le importaba un comino—no un comino (aunque era cierto que tendría, tarde o temprano, que ver si Richard no podía ayudarlo a conseguir algún

trabajo). Avanzando a grandes zancadas, mirando, fulminó con la mirada la estatua del Duque de Cambridge. Lo habían expulsado de Oxford—verdad. Había sido socialista, en cierto sentido un fracaso—verdad. Aún así, el futuro de la civilización yace, pensó, en manos de jóvenes como ese; de jóvenes como él era, hace treinta años; con su amor por los principios abstractos; recibiendo libros enviados desde Londres hasta un pico en el Himalaya; leyendo ciencia; leyendo filosofía. El futuro yace en manos de jóvenes como ese, pensó.

Un golpeteo como el golpeteo de hojas en un bosque vino desde atrás, y con él un sonido de ruido sordo, regular, que a medida que lo alcanzaba marcaba el ritmo de sus pensamientos, estricto en el paso, por Whitehall, sin su intervención. Niños uniformados, portando armas, marchaban con la mirada al frente, marchaban, con los brazos rígidos, y en sus rostros una expresión como las letras de una leyenda escrita alrededor de la base de una estatua alabando el deber, la gratitud, la fidelidad, el amor a Inglaterra.

Es, pensó Peter Walsh, comenzando a seguirles el paso, un entrenamiento muy fino. Pero no parecían robustos. Eran enclenques en su mayoría, chicos de dieciséis años, que podrían, mañana, estar detrás de tazones de arroz, pastillas de jabón en mostradores. Ahora llevaban en ellos sin mezcla de placer sensual o preocupaciones diarias la solemnidad de la corona que habían traído desde Finsbury Pavement hasta la tumba vacía. Habían hecho su voto. El tráfico lo respetaba; las camionetas se detenían.

No puedo seguirles el ritmo, pensó Peter Walsh, mientras marchaban por Whitehall, y efectivamente, siguieron marchando, pasándolo a él, pasando a todos, a su manera constante, como si una voluntad moviera piernas y brazos uniformemente, y la vida, con sus variedades, sus irresoluciones, hubiera sido puesta bajo un pavimento de monumentos y coronas y drogada en un cadáver rígido pero con la mirada fija por la disciplina. Uno tenía que respetarlo; uno podía reírse; pero uno tenía que respetarlo, pensó. Allí van, pensó Peter Walsh, deteniéndose al borde de la acera; y todas las estatuas exaltadas, Nelson, Gordon, Havelock, las imágenes negras y espectaculares de grandes soldados los miraban al frente, como si también ellos hubieran hecho la misma renuncia (Peter Walsh sintió que también él la había hecho, la gran renuncia), pisoteados bajo las mismas tentaciones, y logrando al final una mirada de mármol. Pero la mirada Peter Walsh no la quería para sí en lo más mínimo; aunque podía respetarla en otros. Podía respetarla en los

chicos. Aún no conocen los problemas de la carne, pensó, mientras los chicos marchantes desaparecían en dirección al Strand—todo lo que he pasado, pensó, cruzando la calle, y de pie bajo la estatua de Gordon, Gordon a quien de niño había adorado; Gordon de pie solitario con una pierna levantada y los brazos cruzados,—pobre Gordon, pensó.

Y solo porque nadie aún sabía que estaba en Londres, excepto Clarissa, y la tierra, después del viaje, todavía le parecía una isla, la extrañeza de estar solo, vivo, desconocido, a las once y media en Trafalgar Square lo abrumó. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Y por qué, después de todo, se hace? pensó, el divorcio pareciéndole pura fantasía. Y su mente se aplanó como un pantano, y tres grandes emociones lo abrumaron; comprensión; una vasta filantropía; y finalmente, como si fuera el resultado de las otras, un deleite exquisito e irreprimible; como si dentro de su cerebro por otra mano se tiraran cuerdas, se movieran postigos, y él, sin tener nada que ver con ello, aún se encontrara en la apertura de avenidas interminables, por las cuales si elegía podía deambular. No se había sentido tan joven en años.

¡Había escapado! estaba completamente libre—como ocurre en la caída del hábito cuando la mente, como una llama desprotegida, se inclina y se dobla y parece a punto de salir de su sujeción. ¡No me he sentido tan joven en años! pensó Peter, escapando (solo por supuesto por una hora más o menos) de ser precisamente lo que era, y sintiéndose como un niño que sale corriendo al aire libre, y ve, mientras corre, a su vieja niñera saludando en la ventana equivocada. Pero ella es extraordinariamente atractiva, pensó, mientras, caminando por Trafalgar Square en dirección al Haymarket, venía una joven que, al pasar por la estatua de Gordon, parecía, pensó Peter Walsh (susceptible como era), desprender velo tras velo, hasta convertirse en la mujer que siempre había tenido en mente; joven, pero majestuosa; alegre, pero discreta; morena, pero encantadora.

Enderezándose y tocando furtivamente su navaja de bolsillo, comenzó a seguir a esta mujer, esta emoción, que parecía incluso con la espalda vuelta derramar sobre él una luz que los conectaba, que lo señalaba, como si el alboroto aleatorio del tráfico hubiera susurrado a través de manos huecas su nombre, no Peter, sino su nombre privado que se llamaba a sí mismo en sus propios pensamientos. "Tú," dijo ella, solo "tú," diciéndolo con sus guantes blancos y sus hombros. Luego el fino y largo abrigo que el viento agitaba mientras caminaba más allá de la tienda de Dent en Cockspur Street se des-

plegaba con una amabilidad envolvente, una ternura melancólica, como de brazos que se abrirían y tomarían al cansado—

Pero no está casada; es joven; bastante joven, pensó Peter, el clavel rojo que había visto que ella llevaba puesto cuando cruzaba Trafalgar Square ardiendo de nuevo en sus ojos y haciendo que sus labios fueran rojos. Pero ella esperó en la acera. Había una dignidad en ella. No era mundana, como Clarissa; no era rica, como Clarissa. ¿Era ella, se preguntaba mientras se movía, respetable? Ingeniosa, con una lengua de lagarto parpadeante, pensó (porque uno debe inventar, debe permitirse un poco de diversión), un ingenio frío y expectante, un ingenio rápido; no ruidoso.

Ella se movió; cruzó; él la siguió. Molestarla era lo último que deseaba. Aún así, si ella se detenía, él diría "Ven a tomar un helado," diría, y ella respondería, perfectamente simple, "Oh sí."

Pero otras personas se interpusieron entre ellos en la calle, obstruyéndolo, borrándola de su vista. Él la persiguió; ella cambió. Había color en sus mejillas; burla en sus ojos; él era un aventurero, imprudente, pensó, rápido, audaz, de hecho (llegado como estaba anoche de la India) un bucanero romántico, despreocupado de todas estas malditas formalidades, batas amarillas, pipas, cañas de pescar, en las vidrieras; y la respetabilidad y las fiestas nocturnas y los hombres mayores arreglados con pañuelos blancos bajo sus chalecos. Él era un bucanero. Continuó y continuó, cruzando Piccadilly, y subiendo por Regent Street, delante de él, su capa, sus guantes, sus hombros combinando con los flecos y encajes y boas de plumas en las vidrieras para hacer el espíritu de finura y fantasía que disminuía de las tiendas a la acera, como la luz de una lámpara que va ondulando de noche sobre los setos en la oscuridad.

Riéndose y encantadora, había cruzado Oxford Street y Great Portland Street y girado por una de las pequeñas calles, y ahora, y ahora, el gran momento se acercaba, porque ahora ella aminoró la marcha, abrió su bolso, y con una mirada en su dirección, pero no a él, una mirada que se despedía, resumía toda la situación y la descartaba triunfalmente, para siempre, había encajado su llave, abierto la puerta, y ¡se había ido! La voz de Clarissa diciendo, Recuerda mi fiesta, Recuerda mi fiesta, cantaba en sus oídos. La casa era una de esas casas rojas planas con cestas colgantes de flores de vaga impropiedad. Se había terminado.

Bueno, me he divertido; me he divertido, pensó, mirando las cestas colgantes de pálidos geranios. Y estaba hecho añicos — su diversión, porque estaba medio inventado, como él sabía muy bien; inventado, esta escapada con la chica; inventado, como uno inventa la mejor parte de la vida, pensó — creándose a sí mismo; creándola a ella; creando una diversión exquisita, y algo más. Pero era extraño, y bastante cierto; todo esto uno nunca podría compartirlo — se hizo añicos.

Giró; subió por la calle, pensando en encontrar algún lugar para sentarse, hasta que fuera la hora de Lincoln's Inn — para los señores Hooper y Grately. ¿Adónde iría? No importaba. Subió por la calle, entonces, hacia Regent's Park. Sus botas sobre el pavimento marcaban "no importa"; porque era temprano, aún muy temprano.

También era una mañana espléndida. Como el pulso de un corazón perfecto, la vida golpeaba directamente a través de las calles. No había titubeos — no había vacilaciones. Barriendo y girando, con precisión, puntualmente, sin ruido, allí, precisamente en el momento adecuado, el automóvil se detuvo en la puerta. La chica, con medias de seda, emplumada, evanescente, pero no particularmente atractiva para él (porque ya había tenido su aventura), descendió. Mayordomos admirables, perros chow color canela, vestíbulos pavimentados en blanco y negro con persianas blancas ondeando, Peter vio a través de la puerta abierta y aprobó. Un logro espléndido a su manera, después de todo, Londres; la temporada; la civilización. Viniendo como él lo hacía de una respetable familia anglo-india que durante al menos tres generaciones había administrado los asuntos de un continente (es extraño, pensó, qué sentimiento tengo sobre eso, detestando la India, y el imperio, y el ejército como lo hacía), había momentos en que la civilización, incluso de este tipo, le parecía querida como una posesión personal; momentos de orgullo en Inglaterra; en los mayordomos; en los perros chow; en las chicas en su seguridad. Ridículo, pero ahí está, pensó. Y los doctores y hombres de negocios y mujeres capaces todos yendo sobre sus asuntos, puntuales, alertas, robustos, le parecían completamente admirables, buenos compañeros, a quienes uno confiaría su vida, compañeros en el arte de vivir, que lo verían a uno a través de todo. Con una cosa y otra, el espectáculo era realmente muy tolerable; y se sentaría a la sombra y fumaría.

Allí estaba Regent's Park. Sí. De niño había caminado por Regent's Park — extraño, pensó, cómo el pensamiento de la infancia sigue regresando a mí

—el resultado de ver a Clarissa, tal vez; porque las mujeres viven mucho más en el pasado que nosotros, pensó. Se apegan a los lugares; y a sus padres—una mujer siempre está orgullosa de su padre. Bourton era un buen lugar, un lugar muy agradable, pero nunca pude llevarme bien con el viejo, pensó. Hubo una escena una noche—una discusión sobre algo u otro, qué, no podía recordar. Presumiblemente política.

Sí, recordó Regent's Park; el largo paseo recto; la pequeña casa donde se compraban globos de aire a la izquierda; una estatua absurda con una inscripción en alguna parte. Buscó un asiento vacío. No quería ser molestado (sintiéndose un poco somnoliento como se sentía) por personas preguntándole la hora. Una anciana enfermera gris, con un bebé dormido en su cochecito—eso era lo mejor que podía hacer por sí mismo; sentarse en el extremo más alejado del asiento junto a esa enfermera.

Es una chica de aspecto raro, pensó, recordando de repente a Elizabeth cuando entró en la habitación y se paró junto a su madre. Crecida; bastante adulta, no exactamente bonita; más bien guapa; y no puede tener más de dieciocho. Probablemente no se lleva bien con Clarissa. "Ahí está mi Elizabeth"—ese tipo de cosas—¿por qué no "Aquí está Elizabeth" simplemente? —tratando de hacer creer, como la mayoría de las madres, que las cosas son lo que no son. Confía demasiado en su encanto, pensó. Lo exagera.

El rico y benévolo humo del cigarro descendía frescamente por su garganta; lo expulsó de nuevo en anillos que enfrentaban el aire valientemente por un momento; azules, circulares—intentaré conseguir una palabra a solas con Elizabeth esta noche, pensó—luego empezaron a tambalearse en formas de reloj de arena y a desvanecerse; formas extrañas que toman, pensó. De repente cerró los ojos, levantó la mano con esfuerzo y arrojó la colilla pesada de su cigarro. Un gran cepillo barrió suavemente su mente, barriendo a través de ella ramas en movimiento, voces de niños, el arrastre de pies, y personas pasando, y tráfico zumbando, el tráfico subiendo y bajando. Abajo, abajo se hundió en las plumas y plumas del sueño, se hundió, y fue amortiguado.

CAPÍTULO V

La enfermera gris reanudó su tejido mientras Peter Walsh, en el asiento caliente a su lado, comenzó a roncar. Con su vestido gris, moviendo sus manos incansablemente pero en silencio, parecía la campeona de los derechos de los dormilones, como una de esas presencias espectrales que se levantan en el crepúsculo en bosques hechos de cielo y ramas. El viajero solitario, frecuentador de senderos, perturbador de helechos y devastador de grandes plantas de cicuta, al mirar hacia arriba, de repente ve la figura gigante al final del camino.

Por convicción un ateo tal vez, es sorprendido con momentos de extraordinaria exaltación. Nada existe fuera de nosotros excepto un estado mental, piensa; un deseo de consuelo, de alivio, de algo fuera de estos miserables enanos, estos hombres y mujeres débiles, feos y cobardes. Pero si puede concebirla, entonces de alguna manera ella existe, piensa, y avanzando por el sendero con sus ojos en el cielo y las ramas, rápidamente las dota de feminidad; ve con asombro cuán graves se vuelven; cuán majestuosamente, al ser agitadas por la brisa, dispensan con un oscuro aleteo de las hojas caridad, comprensión, absolución, y luego, lanzándose súbitamente al aire, confunden la piedad de su aspecto con una fiesta salvaje.

Tales son las visiones que ofrecen grandes cornucopias llenas de frutos al viajero solitario, o murmuran en su oído como sirenas que se balancean en las verdes olas del mar, o se estrellan en su rostro como ramos de rosas, o suben a la superficie como rostros pálidos que los pescadores luchan por abrazar en medio de inundaciones.

Tales son las visiones que flotan incesantemente, caminan al lado, ponen sus rostros frente a la cosa real; a menudo dominando al viajero solitario y quitándole la sensación de la tierra, el deseo de regresar, y dándole en su lugar una paz general, como si (así piensa mientras avanza por el sendero del bosque) toda esta fiebre de vivir fuera en sí misma simplicidad; y miradas de cosas se fusionaran en una cosa; y esta figura, hecha de cielo y ramas, como es, se hubiera levantado del mar agitado (es anciano, tiene más de cincuenta años ahora) como una forma que podría ser succionada de las olas para derramar desde sus magníficas manos compasión, comprensión, absolución. Así, piensa, que nunca vuelva a la luz de la lámpara; al salón; que nunca termine mi libro; que nunca apague mi pipa; que nunca llame a la señora Turner para que recoja; más bien déjame caminar directo hacia esta gran figura, que, con un movimiento de su cabeza, me montará en sus cintas y me dejará soplar hacia la nada con el resto.

Tales son las visiones. El viajero solitario pronto está más allá del bosque; y allí, llegando a la puerta con los ojos en sombra, posiblemente para buscar su regreso, con las manos levantadas, con delantal blanco ondeando, está una mujer mayor que parece (tan poderosa es esta debilidad) buscar, sobre un desierto, a un hijo perdido; buscar a un jinete destruido para ser la figura de la madre cuyos hijos han sido asesinados en las batallas del mundo. Así, mientras el viajero solitario avanza por la calle del pueblo donde las mujeres están tejiendo y los hombres cavando en el jardín, la tarde parece ominosa; las figuras quietas; como si algún destino augusto, conocido por ellos, esperado sin miedo, estuviera a punto de barrerlos hacia la completa aniquilación.

Adentro, entre cosas ordinarias, el armario, la mesa, el alféizar de la ventana con sus geranios, de repente el contorno de la casera, inclinándose para quitar el mantel, se vuelve suave con luz, un emblema adorable que solo el recuerdo de contactos humanos fríos nos prohíbe abrazar. Ella toma la mermelada; la guarda en el armario.

"¿No hay nada más esta noche, señor?"

Pero, ¿a quién responde el viajero solitario?

CAPÍTULO VI

Así que la anciana enfermera tejía sobre el bebé dormido en el Regent's Park. Así roncaba Peter Walsh.

Se despertó de repente, diciéndose a sí mismo, "La muerte del alma."

"¡Señor, Señor!" dijo en voz alta, estirándose y abriendo los ojos. "La muerte del alma." Las palabras se asociaban a alguna escena, alguna habitación, algún pasado que había estado soñando. Se hizo más claro; la escena, la habitación, el pasado que había estado soñando.

Fue en Bourton ese verano, a principios de los noventa, cuando estaba tan apasionadamente enamorado de Clarissa. Había mucha gente allí, riendo y hablando, sentados alrededor de una mesa después del té, y la habitación estaba bañada en luz amarilla y llena de humo de cigarrillos. Hablaban de un hombre que se había casado con su sirvienta, uno de los terratenientes vecinos, había olvidado su nombre. Se había casado con su sirvienta y ella había sido llevada a Bourton para hacer una visita; una visita terrible. Estaba ridículamente vestida, "como un cacatúa," había dicho Clarissa, imitándola, y nunca dejó de hablar. Clarissa la imitaba. Entonces alguien dijo — fue Sally Seton — ¿hacía alguna diferencia real saber que antes de casarse ella había tenido un bebé? (En esos días, en compañía mixta, era algo audaz de decir.) Ahora podía ver a Clarissa, poniéndose roja; de alguna manera contrayéndose; y diciendo, "¡Oh, nunca podré volver a hablar con ella!" Entonces todo el grupo alrededor de la mesa de té parecía tambalearse. Fue muy incómodo.

No la había culpado por preocuparse por el hecho, ya que en esos días una chica educada como ella no sabía nada, pero fue su manera lo que le molestó; tímida; dura; algo arrogante; poco imaginativa; mojigata. "La muerte del alma." Lo había dicho instintivamente, etiquetando el momento como solía hacer—la muerte de su alma.

Todos se tambalearon; todos parecían inclinarse, mientras ella hablaba, y luego se levantaban diferentes. Podía ver a Sally Seton, como una niña que ha hecho una travesura, inclinándose hacia adelante, bastante sonrojada, queriendo hablar, pero con miedo, y Clarissa asustaba a la gente. (Ella era la mejor amiga de Clarissa, siempre por ahí, totalmente diferente a ella, una criatura atractiva, guapa, morena, con la reputación en esos días de ser muy atrevida y solía darle cigarros, que fumaba en su habitación. O había estado comprometida con alguien o peleada con su familia y el viejo Parry los detestaba a ambos por igual, lo cual era un gran vínculo). Entonces Clarissa, aún con aire de estar ofendida con todos, se levantó, puso una excusa y se fue, sola. Al abrir la puerta, entró ese gran perro peludo que perseguía ovejas. Ella se lanzó sobre él, se mostró extasiada. Era como si dijera a Peter—todo estaba dirigido a él, lo sabía—"Sé que pensaste que fui absurda con esa mujer hace un momento; pero mira cuán extraordinariamente simpática soy; mira cuánto amo a mi Rob."

Siempre tuvieron ese extraño poder de comunicarse sin palabras. Ella sabía directamente cuando él la criticaba. Entonces ella hacía algo bastante obvio para defenderse, como ese alboroto con el perro, pero nunca lo engañaba, siempre veía a través de Clarissa. No es que dijera nada, por supuesto; solo se sentaba con expresión sombría. Así empezaban a menudo sus peleas.

Ella cerró la puerta. De inmediato se puso extremadamente deprimido. Todo parecía inútil: seguir enamorado, seguir peleando, seguir reconciliándose, y se alejó solo, entre cobertizos, establos, mirando a los caballos. (El lugar era bastante humilde; los Parry nunca estuvieron muy bien; pero siempre había mozos y chicos de establo por ahí—Clarissa amaba montar—aunque había un viejo cochero—¿cómo se llamaba?—una vieja niñera, vieja Moody, vieja Goody, algún nombre así la llamaban, a quien se visitaba en una pequeña habitación con muchas fotos, muchas jaulas de pájaros).

¡Fue una noche terrible! Se puso cada vez más sombrío, no solo por eso; por todo. Y no podía verla; no podía explicarle; no podía resolverlo. Siempre había gente por ahí; ella seguiría como si nada hubiera pasado. Esa era la parte diabólica de ella: esta frialdad, esta rigidez, algo muy profundo en ella, que sintió nuevamente esa mañana hablando con ella; una impenetrabilidad. Sin embargo, Dios sabe que la amaba. Ella tenía un extraño poder de tocar sus nervios, convirtiendo sus nervios en cuerdas de violín, sí.

Había entrado a cenar algo tarde, por alguna idea idiota de hacerse notar, y se había sentado junto a la vieja señorita Parry—tía Helena—la hermana del señor Parry, que se suponía presidía. Allí estaba ella con su chal de cachemira blanco, con la cabeza contra la ventana, una anciana formidable, pero amable con él, porque le había encontrado una flor rara, y era una gran botánica, marchando con botas gruesas y una caja negra de recolección colgada entre sus hombros. Se sentó junto a ella, y no pudo hablar. Todo parecía pasar a su lado rápidamente; simplemente se sentó allí, comiendo. Y luego, a mitad de la cena, se obligó a mirar a Clarissa por primera vez. Ella estaba hablando con un joven a su derecha. Tuvo una revelación repentina. "Se casará con ese hombre," se dijo a sí mismo. Ni siquiera sabía su nombre.

Porque, por supuesto, fue esa tarde, esa misma tarde, cuando Dalloway había venido; y Clarissa lo llamó "Wickham"; ese fue el comienzo de todo. Alguien lo había traído; y Clarissa se equivocó con su nombre. Lo presentó a todos como Wickham. Al final dijo "¡Mi nombre es Dalloway!"—esa fue su primera impresión de Richard—un joven rubio, algo torpe, sentado en una silla de cubierta, y diciendo abruptamente "¡Mi nombre es Dalloway!" Sally lo agarró; siempre después de eso lo llamó "¡Mi nombre es Dalloway!"

Era presa de revelaciones en ese momento. Esta—que ella se casaría con Dalloway—fue cegadora, abrumadora en ese momento. Había una especie de—¿cómo podría decirlo?—una especie de facilidad en su manera de tratarlo; algo maternal; algo gentil. Hablaban de política. Durante toda la cena intentó escuchar lo que decían.

Después, podía recordar estar de pie junto a la silla de la vieja señorita Parry en el salón. Clarissa se acercó, con sus modales perfectos, como una verdadera anfitriona, y quiso presentarle a alguien—habló como si nunca se

hubieran conocido, lo cual lo enfureció. Sin embargo, incluso entonces la admiró por eso. Admiraba su valentía; su instinto social; admiraba su capacidad para llevar las cosas adelante. "La perfecta anfitriona," le dijo, ante lo cual ella se estremeció por completo. Pero quería que lo sintiera. Habría hecho cualquier cosa para herirla después de verla con Dalloway. Así que ella lo dejó. Y él tuvo la sensación de que todos estaban reunidos en una conspiración contra él—riendo y hablando— a sus espaldas. Allí estaba él, de pie junto a la silla de la señorita Parry, como si hubiera sido tallado en madera, hablando sobre flores silvestres. ¡Nunca, nunca había sufrido tanto! Debió haber olvidado incluso fingir escuchar; al final despertó; vio a la señorita Parry luciendo algo perturbada, algo indignada, con sus ojos prominentes fijos. Casi gritó que no podía atender porque estaba en el infierno. La gente empezó a salir de la habitación. Los oyó hablar sobre buscar capas; sobre que hacía frío en el agua, y así sucesivamente. Iban a pasear en bote por el lago a la luz de la luna—una de las ideas locas de Sally. Podía escucharla describiendo la luna. Y todos salieron. Se quedó completamente solo.

"¿No quieres ir con ellos?" dijo la tía Helena— ¡la vieja señorita Parry!— ella había adivinado. Y él se volvió y ahí estaba Clarissa de nuevo. Ella había vuelto a buscarlo. Estaba abrumado por su generosidad— su bondad.

"Vamos," dijo ella. "Te están esperando."

¡Nunca se había sentido tan feliz en toda su vida! Sin una palabra lo arreglaron. Caminaban hacia el lago. Tuvo veinte minutos de perfecta felicidad. Su voz, su risa, su vestido (algo flotante, blanco, carmesí), su espíritu, su aventurero; ella hizo que todos desembarcaran y exploraran la isla; asustó a una gallina; rió; cantó. Y todo el tiempo, él sabía perfectamente bien, Dalloway se estaba enamorando de ella; ella se estaba enamorando de Dalloway; pero no parecía importar. Nada importaba. Se sentaron en el suelo y hablaron—él y Clarissa. Entraban y salían de las mentes del otro sin ningún esfuerzo. Y luego en un segundo todo terminó. Se dijo a sí mismo mientras subían al bote, "Se casará con ese hombre," con apatía, sin resentimiento; pero era algo obvio. Dalloway se casaría con Clarissa.

Dalloway los llevó en el bote. No dijo nada. Pero de alguna manera, mientras lo veían partir, saltando a su bicicleta para recorrer veinte millas a través del bosque, tambaleándose por el camino, saludando con la mano y

desapareciendo, obviamente sí sentía, instintivamente, tremendamente, fuertemente, todo eso; la noche; el romance; Clarissa. Merecía tenerla.

Para sí mismo, él era absurdo. Sus demandas sobre Clarissa (ahora lo veía) eran absurdas. Pedía cosas imposibles. Hacía escenas terribles. Ella aún lo habría aceptado, tal vez, si él hubiera sido menos absurdo. Sally lo pensaba así. Ella le escribió todo ese verano largas cartas; cómo hablaban de él; cómo ella lo alababa, cómo Clarissa rompía en llanto. Fue un verano extraordinario—todo cartas, escenas, telegramas—llegando a Bourton temprano en la mañana, merodeando hasta que los sirvientes se levantaban; aterradoras conversaciones a solas con el viejo señor Parry en el desayuno; la tía Helena formidable pero amable; Sally llevándolo para charlas en el jardín de vegetales; Clarissa en cama con dolores de cabeza.

La escena final, la escena terrible que él creía había importado más que cualquier otra cosa en toda su vida (podría ser una exageración, pero aún así lo parecía ahora) ocurrió a las tres de la tarde de un día muy caluroso. Fue una nimiedad lo que lo provocó—Sally en el almuerzo diciendo algo sobre Dalloway, y llamándolo "Mi nombre es Dalloway"; tras lo cual Clarissa de repente se tensó, se sonrojó, de una manera que tenía, y dijo bruscamente, "Ya hemos tenido suficiente de esa broma débil." Eso fue todo; pero para él fue precisamente como si ella hubiera dicho, "Solo me estoy divirtiendo contigo; tengo un entendimiento con Richard Dalloway." Así lo tomó. No había dormido en noches. "Tiene que terminar de una manera u otra," se dijo. Le envió una nota a ella a través de Sally pidiéndole que lo encontrara junto a la fuente a las tres. "Algo muy importante ha sucedido," garabateó al final.

La fuente estaba en medio de un pequeño arbusto, lejos de la casa, con arbustos y árboles a su alrededor. Allí llegó ella, incluso antes de la hora, y se quedaron con la fuente entre ellos, el chorro (estaba roto) goteando agua incesantemente. ¡Cómo se fijan las vistas en la mente! Por ejemplo, el musgo verde vivo.

Ella no se movió. "Dime la verdad, dime la verdad," seguía diciendo. Sentía como si su frente fuera a estallar. Ella parecía contraída, petrificada. No se movió. "Dime la verdad," repitió, cuando de repente ese viejo Breilkopf asomó la cabeza con el Times; los miró; se quedó boquiabierto; y se fue. Ninguno de los dos se movió. "Dime la verdad," repitió. Sentía que es-

taba chocando contra algo físicamente duro; ella era inflexible. Era como hierro, como pedernal, rígida por la columna vertebral. Y cuando ella dijo, "No tiene sentido. No tiene sentido. Esto es el final" —después de que él había hablado durante horas, al parecer, con las lágrimas corriendo por sus mejillas— fue como si ella lo hubiera golpeado en la cara. Ella se volvió, lo dejó, se fue.

"¡Clarissa!" gritó. "¡Clarissa!" Pero ella nunca regresó. Todo terminó. Se fue esa noche. Nunca la volvió a ver.

CAPÍTULO VII

¡Era horrible! ¡Terrible, terrible! - gritó.

Aún así, el sol estaba caliente. Aún así, uno superaba las cosas. Aún así, la vida tenía una forma de añadir día tras día. Aún así, pensó, bostezando y empezando a prestar atención—Regent's Park había cambiado muy poco desde que era un niño, excepto por las ardillas—probablemente aún había compensaciones—cuando la pequeña Elise Mitchell, que había estado recogiendo guijarros para añadir a la colección de guijarros que ella y su hermano estaban haciendo en la repisa de la guardería, dejó caer su puñado sobre la rodilla de la niñera y se lanzó de nuevo a toda velocidad contra las piernas de una dama. Peter Walsh se rió en voz alta.

Pero Lucrezia Warren Smith se decía a sí misma, Es una maldad; ¿por qué debería sufrir? se preguntaba, mientras caminaba por el ancho sendero. No; no puedo soportarlo más, decía, habiendo dejado a Septimus, que ya no era Septimus, diciendo cosas duras, crueles, malvadas, hablando solo, hablando con un hombre muerto, en el banco de allí; cuando el niño corrió a toda velocidad contra ella, cayó de bruces y estalló en llanto.

Eso fue algo reconfortante. La levantó, sacudió su vestido, la besó.

Pero ella no había hecho nada malo; había amado a Septimus; había sido feliz; había tenido un hogar hermoso, y allí aún vivían sus hermanas, haciendo sombreros. ¿Por qué debería sufrir?

La niña corrió directamente de regreso a su niñera, y Rezia la vio regañada, consolada, recogida por la niñera que dejó su tejido, y el hombre de as-

pecto amable le dio su reloj para que lo abriera y la consolara—pero ¿por qué debería estar expuesta? ¿Por qué no la dejaron en Milán? ¿Por qué torturada? ¿Por qué?

Levemente nublada por las lágrimas, el ancho camino, la niñera, el hombre de gris, el cochecito, subían y bajaban ante sus ojos. Ser mecida por este torturador maligno era su destino. Pero ¿por qué? Era como un pájaro refugiándose bajo el hueco delgado de una hoja, que parpadea al sol cuando la hoja se mueve; se sobresalta con el crujido de una rama seca. Estaba expuesta; estaba rodeada por los enormes árboles, vastas nubes de un mundo indiferente, expuesta; torturada; ¿y por qué debería sufrir? ¿Por qué?

Frunció el ceño; golpeó el suelo con el pie. Debía volver a Septimus ya que casi era hora de ir a ver a Sir William Bradshaw. Debía volver y decírselo, volver a él sentado allí en la silla verde bajo el árbol, hablando solo, o con ese hombre muerto, Evans, a quien ella solo había visto una vez por un momento en la tienda. Parecía un hombre agradable y tranquilo; un gran amigo de Septimus, y había sido asesinado en la guerra. Pero esas cosas le pasan a todos. Todos tienen amigos que fueron asesinados en la guerra. Todos renuncian a algo cuando se casan. Ella había renunciado a su hogar. Había venido a vivir aquí, en esta ciudad horrible. Pero Septimus se dejaba pensar en cosas horribles, como ella también podría hacer si lo intentara. Se había vuelto más y más extraño. Decía que la gente hablaba detrás de las paredes del dormitorio. La señora Filmer lo encontraba extraño. También veía cosas—había visto la cabeza de una anciana en medio de un helecho. Sin embargo, podía ser feliz cuando quería. Fueron a Hampton Court en la parte superior de un autobús, y fueron perfectamente felices. Todas las pequeñas flores rojas y amarillas estaban en el césped, como lámparas flotantes, decía, y hablaba y charlaba y reía, inventando historias. De repente dijo, "Ahora nos mataremos," cuando estaban de pie junto al río, y lo miraba con una mirada que ella había visto en sus ojos cuando pasaba un tren, o un autobús—una mirada como si algo lo fascinara; y sentía que se estaba alejando de ella y lo agarraba del brazo. Pero al volver a casa estaba perfectamente tranquilo—perfectamente razonable. Discutía con ella sobre matarse; y explicaba lo malvadas que eran las personas; cómo podía verlos inventando mentiras mientras pasaban por la calle. Sabía todos sus pensamientos, decía; sabía todo. Sabía el significado del mundo, decía.

Luego, cuando regresaban, apenas podía caminar. Se tumbaba en el sofá y la hacía sostener su mano para evitar caer, caer, gritaba, ¡en las llamas! y veía caras riéndose de él, llamándolo nombres horribles y repugnantes, desde las paredes, y manos señalando alrededor de la pantalla. Sin embargo, estaban completamente solos. Pero él comenzaba a hablar en voz alta, respondiendo a personas, discutiendo, riendo, llorando, emocionándose mucho y haciéndola escribir cosas. Era un sinsentido absoluto; sobre la muerte; sobre la señorita Isabel Pole. Ella no podía soportarlo más. Regresaría.

Ahora estaba cerca de él, podía verlo mirando al cielo, murmurando, entrelazando sus manos. Sin embargo, el Dr. Holmes decía que no tenía nada de malo. Entonces, ¿qué había pasado, por qué se había ido, entonces, por qué, cuando se sentaba a su lado, se sobresaltaba, fruncía el ceño, se apartaba y señalaba su mano, tomaba su mano, la miraba aterrorizado?

¿Sería porque se había quitado su anillo de bodas? "Mi mano se ha vuelto tan delgada," dijo. "Lo he puesto en mi bolso," le dijo.

Él dejó caer su mano. Su matrimonio había terminado, pensó, con agonía, con alivio. La cuerda se había cortado; se elevaba; era libre, como estaba decretado que él, Septimus, el señor de los hombres, debía ser libre; solo (ya que su esposa había tirado su anillo de bodas; ya que lo había dejado), él, Septimus, estaba solo, llamado en anticipación de la masa de hombres para escuchar la verdad, para aprender el significado, que ahora finalmente, después de todos los trabajos de la civilización — griegos, romanos, Shakespeare, Darwin, y ahora él mismo — debía ser entregado por completo a... "¿A quién?" preguntó en voz alta. "Al Primer Ministro," respondieron las voces que susurraban sobre su cabeza. El supremo secreto debía ser contado al Gabinete; primero que los árboles están vivos; luego que no hay crimen; luego amor, amor universal, murmuró, jadeando, temblando, sacando dolorosamente estas verdades profundas que necesitaban, tan profundas eran, tan difíciles, un esfuerzo inmenso para expresarlas, pero el mundo fue completamente cambiado por ellas para siempre.

No hay crimen; amor; repitió, buscando torpemente su tarjeta y lápiz, cuando un terrier escocés olfateó sus pantalones y se sobresaltó con agonía de miedo. ¡Se estaba convirtiendo en un hombre! ¡No podía ver eso suceder! ¡Era horrible, terrible ver a un perro convertirse en un hombre! Enseguida el perro trotó lejos.

El cielo era divinamente misericordioso, infinitamente benévolo. Le perdonaba, le perdonaba su debilidad. Pero, ¿cuál era la explicación científica (porque uno debe ser científico por encima de todo)? ¿Por qué podía ver a través de los cuerpos, ver el futuro, cuando los perros se convertirán en hombres? Era la ola de calor presumiblemente, operando sobre un cerebro sensibilizado por eones de evolución. Científicamente hablando, la carne se había derretido del mundo. Su cuerpo estaba macerado hasta que solo quedaron las fibras nerviosas. Estaba extendido como un velo sobre una roca.

Se recostó en su silla, exhausto pero sostenido. Se quedó descansando, esperando, antes de interpretar nuevamente, con esfuerzo, con agonía, para la humanidad. Se quedó muy alto, en la espalda del mundo. La tierra vibraba bajo él. Flores rojas crecían a través de su carne; sus hojas rígidas susurraban cerca de su cabeza. La música comenzó a resonar contra las rocas aquí arriba. Es una bocina de auto en la calle, murmuró; pero aquí arriba resonaba de roca en roca, se dividía, se encontraba en choques de sonido que se elevaban en columnas suaves (que la música fuera visible fue un descubrimiento) y se convertía en un himno, un himno entrelazado ahora por el pipar de un pastor (Ese es un anciano tocando una flauta cerca del pub, murmuró) que, mientras el niño estaba quieto, surgía burbujeando de su flauta, y luego, mientras subía más alto, hacía su exquisito lamento mientras el tráfico pasaba por debajo. Este elegía del niño se tocaba entre el tráfico, pensó Septimus. Ahora se retira a las nieves, y rosas cuelgan a su alrededor— las gruesas rosas rojas que crecen en la pared de mi dormitorio, se recordó a sí mismo. La música se detuvo. Tiene su centavo, razonó, y se ha ido al siguiente pub.

Pero él mismo permaneció alto en su roca, como un marinero ahogado en una roca. Me incliné sobre el borde del bote y caí, pensó. Me hundí en el mar. He estado muerto, y ahora estoy vivo, pero déjenme descansar todavía; suplicó (estaba hablando solo otra vez— ¡era horrible, horrible!); y como, antes de despertar, las voces de los pájaros y el sonido de las ruedas suenan y charlan en una extraña armonía, crecen más fuertes y el durmiente siente que se acerca a las costas de la vida, así él se sentía acercándose a la vida, el sol creciendo más caliente, los gritos sonando más fuertes, algo tremendo a punto de suceder.

Solo tenía que abrir los ojos; pero un peso estaba sobre ellos; un miedo. Se esforzó; empujó; miró; vio Regent's Park ante él. Largas serpentinatas de

luz solar acariciaban sus pies. Los árboles ondeaban, blandían. Te damos la bienvenida, parecía decir el mundo; aceptamos; creamos. Belleza, parecía decir el mundo. Y como para probarlo (científicamente) dondequiera que mirara a las casas, a las rejas, a los antílopes estirándose sobre los palos, la belleza brotaba instantáneamente. Observar una hoja temblar en el aire era una alegría exquisita. Arriba en el cielo las golondrinas se deslizaban, giraban, se lanzaban dentro y fuera, de un lado a otro, pero siempre con un control perfecto como si elásticos las sostuvieran; y las moscas subiendo y bajando; y el sol iluminando ahora esta hoja, ahora aquella, en burla, deslumbrándola con oro suave en puro buen temperamento; y de vez en cuando algún carillón (podría ser una bocina de auto) tintineando divinamente en los tallos de hierba—todo esto, calmado y razonable como era, hecho de cosas ordinarias como era, era la verdad ahora; la belleza, esa era la verdad ahora. La belleza estaba en todas partes.

"Es hora," dijo Rezia.

La palabra "hora" rompió su cáscara; derramó sus riquezas sobre él; y de sus labios cayeron como conchas, como virutas de un cepillo, sin que él las hiciera, palabras duras, blancas, imperecederas, y volaron para adherirse a sus lugares en una oda al Tiempo; una oda inmortal al Tiempo. Cantó. Evans respondió desde detrás del árbol. Los muertos estaban en Tesalia, cantaba Evans, entre las orquídeas. Allí esperaban hasta que la guerra terminara, y ahora los muertos, ahora Evans mismo—

"¡Por el amor de Dios, no vengas!" gritó Septimus. Porque no podía mirar a los muertos.

Pero las ramas se separaron. Un hombre de gris estaba realmente caminando hacia ellos. ¡Era Evans! Pero no tenía barro sobre él; no tenía heridas; no había cambiado. Debo contarle al mundo entero, gritó Septimus, levantando su mano (mientras el hombre muerto en el traje gris se acercaba), levantando su mano como una figura colosal que ha lamentado el destino del hombre durante siglos en el desierto solo con sus manos presionadas contra su frente, surcos de desesperación en sus mejillas, y ahora ve luz en el borde del desierto que se ensancha y golpea la figura de hierro negro (y Septimus se levantó a medias de su silla), y con legiones de hombres prostrados detrás de él, él, el gran doliente, recibe por un momento en su rostro el todo—

"Pero estoy tan infeliz, Septimus," dijo Rezia tratando de hacer que se sentara.

Los millones lamentaban; durante siglos habían llorado. Él se volvería, les contaría en unos momentos, solo unos momentos más, de este alivio, de esta alegría, de esta asombrosa revelación —

"La hora, Septimus," repitió Rezia. "¿Qué hora es?"

Estaba hablando, estaba comenzando, este hombre debía notarlo. Lo estaba mirando.

"Te diré la hora," dijo Septimus, muy despacio, muy somnoliento, sonriendo misteriosamente. Mientras sonreía al hombre muerto en el traje gris, el cuarto sonó — las once y cuarto.

Y eso es ser joven, pensó Peter Walsh mientras pasaba junto a ellos. Tener una escena horrible — la pobre chica parecía absolutamente desesperada — en medio de la mañana. Pero ¿de qué se trataba, se preguntaba, qué había dicho el joven del abrigo para hacerla lucir así; en qué lío espantoso se habían metido ambos para parecer tan desesperados como eso en una mañana de verano? Lo divertido de volver a Inglaterra, después de cinco años, era la forma en que hacía, al menos los primeros días, que las cosas resaltaran como si uno nunca las hubiera visto antes; amantes discutiendo bajo un árbol; la vida familiar doméstica de los parques. Nunca había visto a Londres tan encantadora — la suavidad de las distancias; la riqueza; el verdor; la civilización, después de India, pensó, paseando por el césped.

Esta susceptibilidad a las impresiones había sido su ruina, sin duda. Aún así, a su edad, tenía, como un niño o una niña incluso, estas alternancias de ánimo; días buenos, días malos, sin ninguna razón en absoluto, felicidad por un rostro bonito, miseria absoluta al ver a una mujer desaliñada. Después de India, por supuesto, uno se enamoraba de todas las mujeres que conocía. Había una frescura en ellas; incluso las más pobres vestían mejor que hace cinco años, seguramente; y a su parecer, las modas nunca habían sido tan favorecedoras; los largos abrigos negros; la delgadez; la elegancia; y luego el delicioso y aparentemente universal hábito del maquillaje. Cada mujer, incluso la más respetable, tenía rosas floreciendo bajo vidrio; labios cortados con un cuchillo; rizos de tinta india; había diseño, arte, en todas partes;

un cambio de algún tipo había ocurrido indudablemente. ¿En qué pensaban los jóvenes? se preguntaba Peter Walsh.

Esos cinco años—de 1918 a 1923—habían sido, sospechaba, de alguna manera muy importantes. La gente se veía diferente. Los periódicos parecían diferentes. Ahora, por ejemplo, había un hombre escribiendo abiertamente en una de las revistas respetables sobre retretes. Eso no se podía haber hecho hace diez años—escribir abiertamente sobre retretes en una revista respetable. Y luego, esto de sacar un palo de rouge, o una borla de polvos y maquillarse en público. A bordo del barco volviendo a casa había muchos jóvenes y chicas—Betty y Bertie recordaba en particular—coqueteando abiertamente; la vieja madre sentada y observándolos con su tejido, tranquila como un pepino. La chica se paraba y se empolvaba la nariz frente a todos. Y no estaban comprometidos; solo divirtiéndose; sin sentimientos heridos por ninguna de las partes. Era dura como un clavo—Betty Cómo-se-llame—pero una buena persona. Sería una muy buena esposa a los treinta—se casaría cuando le conviniera; se casaría con algún hombre rico y viviría en una gran casa cerca de Manchester.

¿Quién era ahora el que había hecho eso? se preguntaba Peter Walsh, girando hacia el Broad Walk,—se casó con un hombre rico y vivió en una gran casa cerca de Manchester? Alguien que le había escrito una larga carta entusiasta últimamente sobre "hortensias azules". Fue al ver hortensias azules que pensó en él y en los viejos tiempos—¡Sally Seton, por supuesto! ¡Era Sally Seton, la última persona en el mundo que uno esperaría que se casara con un hombre rico y viviera en una gran casa cerca de Manchester, la salvaje, la atrevida, la romántica Sally!

Pero de todo ese antiguo grupo, los amigos de Clarissa—los Whitbreads, los Kinderleys, los Cunninghams, los Kinloch-Jones—probablemente Sally era la mejor. Ella intentaba entender las cosas de la manera correcta de todos modos. Ella veía a través de Hugh Whitbread de todos modos—el admirable Hugh—cuando Clarissa y los demás estaban a sus pies.

"¿Los Whitbread?" podía oírla decir. "¿Quiénes son los Whitbread? Comerciantes de carbón. Comerciantes respetables."

Hugh lo detestaba por alguna razón. Pensaba en nada más que en su propia apariencia, decía. Debería haber sido un duque. Estaría seguro de casarse con una de las princesas reales. Y, por supuesto, Hugh tenía el respeto

más extraordinario, el más natural, el más sublime por la aristocracia británica que cualquier ser humano que él hubiera conocido. Incluso Clarissa tenía que admitirlo. Oh, pero era tan querido, tan desinteresado, renunciaba a la caza para complacer a su vieja madre—recordaba los cumpleaños de sus tías, y así sucesivamente.

Sally, para hacerle justicia, veía a través de todo eso. Una de las cosas que recordaba mejor era una discusión una mañana de domingo en Bourton sobre los derechos de las mujeres (ese tema antediluviano), cuando Sally de repente perdió los estribos, estalló y le dijo a Hugh que representaba todo lo más detestable en la vida de la clase media británica. Le dijo que lo consideraba responsable del estado de "esas pobres chicas en Piccadilly"—Hugh, el perfecto caballero, ¡pobre Hugh!— ¡nunca un hombre lució más horrorizado! Lo hizo a propósito, dijo después (porque solían juntarse en el jardín de vegetales y comparar notas). "No ha leído nada, no ha pensado nada, no ha sentido nada," podía oírle decir en esa voz muy enfática que llegaba mucho más lejos de lo que ella sabía. Los mozos de cuadra tenían más vida que Hugh, decía. Era un espécimen perfecto del tipo de la escuela pública, decía. Ningún país excepto Inglaterra podría haberlo producido. Ella era realmente maliciosa, por alguna razón; tenía algún resentimiento contra él. Algo había pasado—olvidó qué—en la sala de fumar. ¿La había insultado—besado? ¡Increíble! Nadie creía una palabra en contra de Hugh, por supuesto. ¿Quién podría? ¡Besar a Sally en la sala de fumar! Si hubiera sido alguna honorable Edith o Lady Violet, tal vez; pero no esa vagabunda Sally sin un centavo a su nombre, y un padre o una madre jugando en Monte Carlo. Porque de todas las personas que había conocido, Hugh era el mayor snob—el más servil—no, no se arrastraba exactamente. Era demasiado mojigato para eso. Una primera rata de valet era la comparación obvia—alguien que caminaba detrás llevando maletas; podía ser confiado para enviar telegramas—indispensable para las anfitrionas. Y había encontrado su trabajo—se casó con su honorable Evelyn; consiguió algún pequeño puesto en la Corte, cuidaba las bodegas del Rey, pulía las hebillas de los zapatos imperiales, andaba con pantalones cortos y encajes. ¡Qué implacable es la vida! ¡Un pequeño puesto en la Corte!

Se había casado con esta dama, la honorable Evelyn, y vivían por aquí, pensaba (mirando las casas pomposas que daban al parque), porque había almorzado allí una vez en una casa que tenía, como todas las posesiones de

Hugh, algo que ninguna otra casa podría tener — podrían ser armarios para ropa de cama. Tenías que ir y mirarlos — tenías que pasar mucho tiempo siempre admirando lo que fuera — armarios para ropa de cama, fundas de almohadas, muebles de roble antiguo, cuadros, que Hugh había recogido por una canción. Pero la señora Hugh a veces revelaba el espectáculo. Era una de esas mujeres pequeñas y oscuras que admiran a los hombres grandes. Era casi insignificante. Entonces de repente decía algo completamente inesperado — algo agudo. Tal vez tenía los restos de la gran manera. El carbón de vapor era un poco demasiado fuerte para ella — hacía la atmósfera espesa. Y así vivían allí, con sus armarios de ropa de cama y sus viejos maestros y sus fundas de almohada adornadas con encaje real a razón de cinco o diez mil al año presumiblemente, mientras él, que tenía dos años más que Hugh, mendigaba por un trabajo.

A los cincuenta y tres tenía que venir y pedirles que lo pusieran en alguna oficina de secretario, para encontrarle algún trabajo de bedel enseñando latín a niños pequeños, a merced de algún mandarín en una oficina, algo que trajera quinientos al año; porque si se casaba con Daisy, incluso con su pensión, nunca podrían arreglárselas con menos. Whitbread podría hacerlo presumiblemente; o Dalloway. No le importaba lo que le pidiera a Dalloway. Era una buena persona; un poco limitado; un poco denso; sí; pero una buena persona. Cualquier cosa que emprendiera lo hacía de manera sensata, sin un toque de imaginación, sin una chispa de brillantez, pero con la inexplicable amabilidad de su tipo. Debería haber sido un caballero rural — estaba desperdiciado en la política. Estaba en su mejor momento al aire libre, con caballos y perros — qué bueno era, por ejemplo, cuando ese gran perro peludo de Clarissa quedó atrapado en una trampa y tuvo la pata medio arrancada, y Clarissa se desmayó y Dalloway hizo todo; vendó, hizo férulas; le dijo a Clarissa que no fuera tonta. Eso era lo que a ella le gustaba de él, tal vez — eso era lo que ella necesitaba. "Ahora, querida, no seas tonta. Sostén esto — trae eso," todo el tiempo hablando con el perro como si fuera un ser humano.

Pero, ¿cómo podía tragarse todas esas tonterías sobre poesía? ¿Cómo podía dejar que él se explayara sobre Shakespeare? Sería y solemnemente, Richard Dalloway se ponía en pie y decía que ningún hombre decente debería leer los sonetos de Shakespeare porque era como escuchar detrás de cerraduras (además, la relación no era una que él aprobara). Ningún hombre de-

cente debería permitir que su esposa visitara a la hermana de una esposa fallecida. ¡Increíble! La única solución era arrojarle almendras azucaradas— fue en la cena. Pero Clarissa se lo tragó todo; pensaba que era tan honesto de su parte; tan independiente de su parte; ¡Dios sabe si no lo pensaba el más original que había conocido!

Esa era una de las conexiones entre Sally y él. Había un jardín donde solían caminar, un lugar cerrado por muros, con rosales y coliflores gigantes—podía recordar a Sally arrancando una rosa, deteniéndose para exclamar sobre la belleza de las hojas de repollo a la luz de la luna (era extraordinario cómo todo volvía a él tan vívidamente, cosas que no había pensado en años), mientras le imploraba, medio riendo por supuesto, que se llevara a Clarissa, que la salvara de los Hugh y los Dalloway y todos los demás "caballeros perfectos" que "sofocarían su alma" (ella escribía montones de poesía en esos días), la convertirían en una mera anfitriona, fomentarían su mundanidad. Pero hay que hacer justicia a Clarissa. No iba a casarse con Hugh de todos modos. Ella tenía una noción perfectamente clara de lo que quería. Sus emociones estaban todas en la superficie. Debajo, era muy astuta—mucho mejor juez de carácter que Sally, por ejemplo, y con todo, puramente femenina; con ese don extraordinario, ese don de mujer, de crear un mundo propio dondequiera que estuviera. Ella entraba en una habitación; se paraba, como él la había visto a menudo, en una puerta con mucha gente a su alrededor. Pero era Clarissa la que uno recordaba. No es que fuera llamativa; no era en absoluto hermosa; no había nada pintoresco en ella; nunca decía nada especialmente inteligente; allí estaba, sin embargo; allí estaba.

No, no, no. ¡No estaba enamorado de ella ya! Solo sentía, después de verla esa mañana, entre sus tijeras y sedas, preparándose para la fiesta, incapaz de escapar de la idea de ella; seguía volviendo una y otra vez como un durmiente chocando contra él en un vagón de tren; lo cual no era estar enamorado, por supuesto; era pensar en ella, criticarla, comenzar de nuevo, después de treinta años, tratando de explicarla. Lo obvio que se podía decir de ella era que era mundana; se preocupaba demasiado por el rango y la sociedad y por progresar en el mundo—lo cual era cierto en cierto sentido; ella se lo había admitido. (Siempre se podía lograr que ella lo admitiera si uno se tomaba la molestia; era honesta.) Lo que ella diría era que odiaba a los fracasados, a los tontos, a los fracasados, como él presumiblemente; pensaba que la gente no tenía derecho a holgazanear con las manos en los bolsi-

llos; debía hacer algo, ser algo; y estos grandes personajes, estas duquesas, estas viejas condesas canosas que uno encontraba en su salón, por incomprendiblemente remotas que él las considerara de cualquier cosa que importara un comino, representaban algo real para ella. Lady Bexborough, dijo una vez, se mantenía erguida (como lo hacía Clarissa misma; nunca se recostaba en ningún sentido de la palabra; era recta como una flecha, un poco rígida de hecho). Decía que tenían un tipo de valentía que cuanto más envejecía, más respetaba. En todo esto había mucho de Dalloway, por supuesto; mucho del espíritu de servicio público, del Imperio Británico, de la reforma arancelaria, del espíritu de la clase gobernante, que había crecido en ella, como tiende a suceder. Con el doble de ingenio que él, tenía que ver las cosas a través de sus ojos—una de las tragedias de la vida conyugal. Con una mente propia, debía siempre estar citando a Richard—como si uno no pudiera saber exactamente lo que Richard pensaba con solo leer el *Morning Post* por la mañana. Estas fiestas, por ejemplo, eran todas para él, o para su idea de él (para ser justos con Richard, él habría sido más feliz cultivando en Norfolk). Ella hacía de su salón una especie de lugar de encuentro; tenía un talento para ello. Una y otra vez la había visto tomar a un joven sin experiencia, darle forma, girarlo, despertarlo; ponerlo en marcha. Números infinitos de personas aburridas se conglomeraban a su alrededor, por supuesto. Pero aparecían personas inesperadas; a veces un artista; a veces un escritor; peces extraños en esa atmósfera. Y detrás de todo eso estaba esa red de visitas, dejar tarjetas, ser amable con la gente; correr de un lado a otro con ramos de flores, pequeños regalos; Fulano se iba a Francia—debía tener un cojín de aire; una verdadera carga para su fuerza; todo ese interminable tráfico que las mujeres de su tipo mantienen; pero ella lo hacía genuinamente, por un instinto natural.

Curiosamente, era una de las escépticas más completas que había conocido, y posiblemente (esta era una teoría que él solía inventar para explicar su comportamiento, tan transparente en algunos aspectos, tan inescrutable en otros), posiblemente ella se decía a sí misma: Como somos una raza condenada, encadenada a un barco que se hunde (su lectura favorita de niña era Huxley y Tyndall, y les gustaban estas metáforas náuticas), como todo esto es una broma de mal gusto, hagamos, al menos, nuestra parte; mitigemos el sufrimiento de nuestros compañeros de prisión (Huxley de nuevo); decoremos la mazmorra con flores y cojines de aire; seamos lo más decentes posible. Esos rufianes, los Dioses, no deben salirse con la suya, su idea era que

los Dioses, que nunca perdían la oportunidad de herir, frustrar y arruinar vidas humanas, se sentían realmente molestos si, a pesar de todo, uno se comportaba como una dama. Esa fase vino directamente después de la muerte de Sylvia—ese horrible suceso. Ver a tu propia hermana asesinada por un árbol caído (todo culpa de Justin Parry—todo su descuido) ante tus propios ojos, una niña también al borde de la vida, la más talentosa de ellas, decía siempre Clarissa, era suficiente para volverte amargado. Más tarde, no estaba tan segura, tal vez; pensaba que no había dioses; nadie tenía la culpa; y así evolucionó esta religión atea de hacer el bien por el bien mismo.

Y por supuesto, disfrutaba enormemente de la vida. Era su naturaleza disfrutar (aunque solo Dios sabe, tenía sus reservas; era un mero esbozo, a menudo sentía, lo que incluso él, después de todos estos años, podía hacer de Clarissa). De todos modos, no había amargura en ella; ninguno de ese sentido de virtud moral que es tan repulsivo en las buenas mujeres. Disfrutaba prácticamente de todo. Si paseabas con ella por Hyde Park, ahora era una cama de tulipanes, ahora un niño en un cochecito, ahora algún pequeño drama absurdo que inventaba en el momento. (Muy probablemente, ella hubiera hablado con esos amantes, si pensaba que estaban infelices). Tenía un sentido de la comedia que era realmente exquisito, pero necesitaba gente, siempre gente, para sacarlo a relucir, con el inevitable resultado de que desperdiciaba su tiempo, almorzando, cenando, dando esas interminables fiestas suyas, hablando tonterías, diciendo cosas que no quería decir, embotando el filo de su mente, perdiendo su discriminación. Allí se sentaba en la cabecera de la mesa, tomándose infinitas molestias con algún viejo aburrido que podría ser útil para Dalloway—conocían a los más terribles aburridos de Europa—o entraba Elizabeth y todo debía ceder ante ella. Estaba en una escuela secundaria, en la etapa inarticulada la última vez que estuvo aquí, una chica de cara redonda, pálida, sin nada de su madre en ella, una criatura silenciosa y sólida, que tomaba todo como algo natural, dejaba que su madre hiciera un escándalo de ella, y luego decía "¿Puedo irme ahora?" como una niña de cuatro años; yendo, Clarissa explicaba, con esa mezcla de diversión y orgullo que Dalloway mismo parecía despertar en ella, a jugar al hockey. Y ahora Elizabeth estaba "fuera", presumiblemente; lo consideraba un viejo tonto, se reía de los amigos de su madre. Ah, bueno, así sea. La compensación de envejecer, pensó Peter Walsh, saliendo de Regent's Park, y sosteniendo su sombrero en la mano, era simplemente esto: que las pasiones permanecen tan fuertes como siempre, pero uno ha ganado—¡al fin!—el

poder que añade el sabor supremo a la existencia,—el poder de aferrarse a la experiencia, de darle vueltas, lentamente, a la luz.

Una terrible confesión era (se puso el sombrero de nuevo), pero ahora, a los cincuenta y tres años, apenas se necesitaba gente. La vida misma, cada momento de ella, cada gota de ella, aquí, este instante, ahora, bajo el sol, en Regent's Park, era suficiente. Demasiado de hecho. Toda una vida era demasiado corta para extraer, ahora que uno había adquirido el poder, todo el sabor; para extraer cada onza de placer, cada matiz de significado; ambos eran mucho más sólidos que antes, mucho menos personales. Era imposible que volviera a sufrir como Clarissa le había hecho sufrir. Durante horas a la vez (¡ruego a Dios que uno pueda decir estas cosas sin ser escuchado!), durante horas y días no pensaba en Daisy.

¿Podría ser que estaba enamorado de ella entonces, recordando la miseria, la tortura, la extraordinaria pasión de aquellos días? Era una cosa diferente por completo—una cosa mucho más agradable—la verdad era, por supuesto, que ahora ella estaba enamorada de él. Y esa tal vez era la razón por la que, cuando el barco realmente zarpó, sintió un alivio extraordinario, no quería nada tanto como estar solo; le molestaba encontrar todas sus pequeñas atenciones—cigarros, notas, una manta para el viaje—en su camarote. Todos, si fueran honestos, dirían lo mismo; no se quiere gente después de los cincuenta; no se quiere seguir diciéndole a las mujeres que son bonitas; eso es lo que la mayoría de los hombres de cincuenta dirían, pensó Peter Walsh, si fueran honestos.

Pero entonces, estos asombrosos accesos de emoción—estallar en lágrimas esta mañana, ¿de qué se trataba todo eso? ¿Qué podría haber pensado Clarissa de él? probablemente que era un tonto, no por primera vez. Era celos lo que estaba en el fondo de todo—los celos que sobreviven a todas las demás pasiones de la humanidad, pensó Peter Walsh, sosteniendo su navaja de bolsillo a la distancia. Ella había estado viendo al Mayor Orde, decía Daisy en su última carta; lo decía a propósito, lo sabía; lo decía para ponerlo celoso; podía verla frunciendo el ceño mientras escribía, preguntándose qué podría decir para herirlo; y sin embargo no hacía ninguna diferencia; ¡estaba furioso! Todo este alboroto de venir a Inglaterra y ver a los abogados no era para casarse con ella, sino para evitar que se casara con cualquier otro. Eso era lo que lo torturaba, eso era lo que le sucedía cuando veía a Clarissa tan tranquila, tan fría, tan concentrada en su vestido o lo que fuera;

dándose cuenta de lo que podría haberle ahorrado, en lo que lo había convertido—un tonto, un viejo llorón. Pero las mujeres, pensó, cerrando su navaja de bolsillo, no saben lo que es la pasión. No conocen su significado para los hombres. Clarissa era fría como un carámbano. Allí se sentaba en el sofá a su lado, dejándolo tomar su mano, dándole un beso—Aquí estaba en el cruce.

Un sonido lo interrumpió; un sonido frágil y tembloroso, una voz burbujeante sin dirección, vigor, principio ni fin, corriendo débil y agudamente y sin ninguna ausencia de significado humano en

ee um fah um so

foo swee too eem oo—

la voz sin edad ni sexo, la voz de un manantial antiguo brotando de la tierra; que salía, justo frente a la estación de metro de Regent's Park, de una figura alta y temblorosa, como un embudo, como una bomba oxidada, como un árbol azotado por el viento, eternamente desprovisto de hojas, que deja que el viento suba y baje por sus ramas cantando

ee um fah um so

foo swee too eem oo

y se balancea y cruje y gime en la brisa eterna.

A través de todas las épocas—cuando la acera era hierba, cuando era pantano, a través de la era del colmillo y el mamut, a través de la era del amanecer silencioso, la mujer maltratada—porque llevaba una falda—con su mano derecha expuesta, su izquierda agarrando su costado, se paraba cantando sobre el amor—amor que ha durado un millón de años, cantaba, amor que prevalece, y hace millones de años, su amante, que había muerto hace siglos, había caminado, susurró, con ella en mayo; pero en el curso de los siglos, largos como días de verano, y ardientes, recordó, sin nada más que ásteres rojos, él se había ido; la enorme guadaña de la muerte había barrido esas colinas tremendas, y cuando finalmente ella apoyó su cabeza canosa e inmensamente envejecida en la tierra, ahora convertida en una simple ceniza de hielo, imploró a los dioses que dejaran a su lado un ramo de brezo púrpura, allí en su alto lugar de entierro que los últimos rayos del último sol acariciaron; porque entonces el desfile del universo habría terminado.

Mientras la canción antigua brotaba frente a la estación de metro de Regent's Park, aún la tierra parecía verde y florida; aún, aunque salía de una boca tan ruda, un simple agujero en la tierra, también fangoso, enredado con fibras de raíces y hierbas enredadas, aún la vieja canción burbujeante, empapándose a través de las raíces anudadas de edades infinitas, y esqueletos y tesoros, fluía en riachuelos sobre la acera y a lo largo de Marylebone Road, y hacia Euston, fertilizando, dejando una mancha húmeda.

Aún recordando cómo una vez en un mayo primigenio había caminado con su amante, esta bomba oxidada, esta anciana maltratada con una mano expuesta para monedas y la otra agarrando su costado, seguiría allí en diez millones de años, recordando cómo una vez había caminado en mayo, donde el mar fluye ahora, con quien no importaba—era un hombre, oh sí, un hombre que la había amado. Pero el paso de las edades había desdibujado la claridad de ese antiguo día de mayo; las flores de pétalos brillantes estaban escarchadas de plata; y ya no veía, cuando le imploraba (como lo hacía ahora con claridad) "mira en mis ojos con tus dulces ojos atentamente," ya no veía ojos marrones, ni bigotes negros ni rostro bronceado, sino solo una figura difusa, una sombra, a la que, con la frescura de pájaro de los muy viejos, aún trinaba "dame tu mano y déjame presionarla suavemente" (Peter Walsh no pudo evitar darle una moneda a la pobre criatura mientras subía a su taxi), "¿y si alguien viera, qué importan ellos?" demandaba; y su puño se agarraba a su costado, y sonreía, guardando su chelín, y todos los ojos inquisitivos parecían borrarse, y las generaciones que pasaban—la acera estaba llena de gente de clase media apresurada—desaparecían, como hojas, para ser pisoteadas, para ser empapadas y convertidas en moho por esa primavera eterna—

ee um fah um so

foo swee too eem oo

"Pobre anciana," dijo Rezia Warren Smith, esperando para cruzar.

¡Oh pobre anciana!

¿Supones que era una noche húmeda? ¿Supones que el padre de uno, o alguien que había conocido a uno en días mejores, pasara y la viera parada allí en la cuneta? ¿Y dónde dormía por la noche?

Alegremente, casi con alegría, el hilo invencible de sonido se enroscó en el aire como el humo de una chimenea de cabaña, subiendo por los árboles de haya limpios y saliendo en un penacho de humo azul entre las hojas más altas. "¿Y si alguien viera, qué importan ellos?"

Desde que estaba tan infeliz, durante semanas y semanas ahora, Rezia había dado significados a las cosas que sucedían, casi sentía a veces que debía detener a la gente en la calle, si parecían personas buenas, amables, solo para decirles "Estoy infeliz"; y esta anciana cantando en la calle "¿si alguien viera, qué importan ellos?" la hizo estar repentinamente segura de que todo iba a estar bien. Iban a ver a Sir William Bradshaw; pensó que su nombre sonaba bien; curaría a Septimus de inmediato. Y luego había un carro de cervecero, y los caballos grises tenían cerdas de paja erguidas en sus colas; había carteles de periódicos. Era un sueño tonto, tonto, ser infeliz.

Así cruzaron, el señor y la señora Septimus Warren Smith, y había, después de todo, algo que llamara la atención hacia ellos, algo que hiciera que un transeúnte sospechara que aquí había un joven que llevaba en él el mayor mensaje del mundo, y era, además, el hombre más feliz del mundo, y el más miserable? Tal vez caminaban más lentamente que otras personas, y había algo vacilante, arrastrado, en la forma de caminar del hombre, pero qué más natural para un empleado, que no había estado en el West End en un día de semana a esta hora durante años, que seguir mirando al cielo, mirando esto, aquello y lo otro, como si Portland Place fuera una habitación en la que había entrado cuando la familia está fuera, los candelabros colgando en bolsas de Holanda, y la conserje, mientras deja entrar largos rayos de luz polvorienta sobre sillones abandonados y de aspecto extraño, explicara a los visitantes qué lugar tan maravilloso es; qué maravilloso, pero al mismo tiempo, piensa, mientras mira sillas y mesas, qué extraño.

Para mirar, podría haber sido un empleado, pero de los mejores; porque llevaba botas marrones; sus manos estaban educadas; también su perfil—su perfil angular, de nariz grande, inteligente, sensible; pero no sus labios del todo, porque eran sueltos; y sus ojos (como tienden a ser los ojos), ojos simplemente; avellana, grandes; de modo que, en general, era un caso limítrofe, ni una cosa ni otra, podría terminar con una casa en Purley y un automóvil, o seguir alquilando apartamentos en calles secundarias toda su vida; uno de esos hombres medio educados, autoeducados cuya educación se aprende toda de libros prestados de bibliotecas públicas, leídos por la noche después

del trabajo, siguiendo el consejo de autores conocidos consultados por carta.

En cuanto a las otras experiencias, las solitarias, que las personas atraviesan solas, en sus dormitorios, en sus oficinas, caminando por los campos y las calles de Londres, las tenía; se había ido de casa, un simple niño, por su madre; ella mentía; porque bajaba a tomar el té por quincuagésima vez con las manos sucias; porque no veía futuro para un poeta en Stroud; y así, haciendo confidente a su hermana pequeña, había ido a Londres dejando una nota absurda detrás de él, como han escrito los grandes hombres, y el mundo ha leído más tarde cuando la historia de sus luchas se ha vuelto famosa.

Londres ha engullido a muchos millones de jóvenes llamados Smith; no pensó nada de nombres cristianos fantásticos como Septimus con los que sus padres pensaron distinguirlos. Alojándose fuera de Euston Road, hubo experiencias, nuevamente experiencias, tales como cambian una cara en dos años de un óvalo rosado e inocente a una cara delgada, contraída, hostil. Pero de todo esto, ¿qué podría decir el amigo más observador excepto lo que dice un jardinero cuando abre la puerta del invernadero por la mañana y encuentra una nueva flor en su planta: —Ha florecido; florecido de vanidad, ambición, idealismo, pasión, soledad, coraje, pereza, las semillas habituales, que todas mezcladas (en una habitación fuera de Euston Road), lo hicieron tímido y tartamudeante, lo hicieron ansioso por mejorar, lo hicieron enamorarse de la señorita Isabel Pole, dando conferencias en Waterloo Road sobre Shakespeare.

¿No era como Keats? preguntó ella; y reflexionó sobre cómo podría darle una muestra de Antonio y Cleopatra y el resto; le prestó libros; le escribió fragmentos de cartas; y encendió en él un fuego que arde solo una vez en la vida, sin calor, parpadeando una llama roja y dorada infinitamente etérea e insustancial sobre la señorita Pole; Antonio y Cleopatra; y Waterloo Road. La pensó hermosa, la creyó impecablemente sabia; soñó con ella, le escribió poemas, que, ignorando el tema, ella corregía con tinta roja; la vio, una tarde de verano, caminando con un vestido verde en una plaza. "Ha florecido," podría haber dicho el jardinero, si hubiera abierto la puerta; es decir, si hubiera entrado, en cualquier noche alrededor de esta hora, y lo hubiera encontrado escribiendo; lo hubiera encontrado rompiendo su escritura; lo hubiera encontrado terminando una obra maestra a las tres de la mañana y saliendo a pasear por las calles, y visitando iglesias, y ayunando un día, be-

biendo otro, devorando a Shakespeare, Darwin, La Historia de la Civilización y Bernard Shaw.

Algo estaba pasando, lo sabía el señor Brewer; el señor Brewer, secretario gerente en Sibleys and Arrowsmiths, subastadores, tasadores, agentes de tierras y propiedades; algo estaba pasando, pensaba, y, siendo paternal con sus jóvenes, y pensando muy bien de las habilidades de Smith, y profetizando que, en diez o quince años, sucedería en la silla de cuero en la habitación interior bajo el tragaluz con las cajas de documentos alrededor de él, "si mantiene su salud," decía el señor Brewer, y ese era el peligro—parecía débil; aconsejaba el fútbol, lo invitaba a cenar y veía su camino para considerar recomendar un aumento de salario, cuando algo sucedió que echó a perder muchos de los cálculos del señor Brewer, se llevó a sus mejores jóvenes, y eventualmente, tan meticulosos y insidiosos eran los dedos de la guerra europea, destruyó una copia de yeso de Ceres, abrió un agujero en los macizos de geranios y arruinó completamente los nervios de la cocinera en la casa del señor Brewer en Muswell Hill.

Septimus fue uno de los primeros en ofrecerse como voluntario. Fue a Francia para salvar a una Inglaterra que consistía casi enteramente en las obras de Shakespeare y la señorita Isabel Pole en un vestido verde caminando en una plaza. Allí en las trincheras, el cambio que el señor Brewer deseaba cuando aconsejaba el fútbol se produjo instantáneamente; desarrolló masculinidad; fue ascendido; atrajo la atención, de hecho, el afecto de su oficial, Evans de nombre. Fue un caso de dos perros jugando en una alfombra; uno mordisqueando un tornillo de papel, gruñendo, chasqueando, dando un pellizco, de vez en cuando, en la oreja del perro viejo; el otro tumbado somnoliento, parpadeando ante el fuego, levantando una pata, girando y gruñendo de buen humor. Tenían que estar juntos, compartir entre ellos, pelear entre ellos, discutir entre ellos. Pero cuando Evans (Rezia, que solo lo había visto una vez, lo llamaba "un hombre tranquilo," un hombre robusto de cabello rojo, poco demostrativo en compañía de mujeres), cuando Evans fue asesinado, justo antes del Armisticio, en Italia, Septimus, lejos de mostrar cualquier emoción o reconocer que aquí había el fin de una amistad, se felicitó por sentir muy poco y muy razonablemente. La guerra le había enseñado. Era sublime. Había pasado por todo el espectáculo, amistad, guerra europea, muerte, había ganado promoción, aún tenía menos de treinta años y estaba destinado a sobrevivir. Tenía razón en eso. Las últimas bombas lo

habían pasado por alto. Las vio explotar con indiferencia. Cuando llegó la paz, estaba en Milán, alojado en la casa de un posadero con un patio, flores en macetas, pequeñas mesas al aire libre, hijas haciendo sombreros, y a Lucrezia, la hija menor, se comprometió una noche cuando el pánico estaba sobre él—que no podía sentir.

Porque ahora que todo había terminado, la tregua firmada y los muertos enterrados, tenía, especialmente por la noche, estos truenos repentinos de miedo. No podía sentir. Al abrir la puerta de la habitación donde las chicas italianas estaban haciendo sombreros, podía verlas; podía escucharlas; estaban frotando alambres entre cuentas de colores en platillos; estaban girando formas de crinolina de un lado a otro; la mesa estaba toda llena de plumas, lentejuelas, sedas, cintas; las tijeras golpeaban sobre la mesa; pero algo le faltaba; no podía sentir. Aún así, las tijeras golpeando, las chicas riendo, los sombreros siendo hechos lo protegían; estaba asegurado de seguridad; tenía un refugio. Pero no podía sentarse allí toda la noche. Había momentos de despertar temprano por la mañana. La cama estaba cayendo; él estaba cayendo. ¡Oh, por las tijeras y la luz de la lámpara y las formas de crinolina! Le pidió a Lucrezia que se casara con él, la menor de las dos, la alegre, la frívola, con esos pequeños dedos de artista que levantaba y decía "Todo está en ellos." Seda, plumas, lo que sea, estaban vivos para ellos.

"Es el sombrero lo que más importa," decía, cuando salían juntos. Cada sombrero que pasaba, lo examinaba; y la capa y el vestido y la forma en que la mujer se sostenía. Vestirse mal, vestirse en exceso lo estigmatizaba, no salvajemente, más bien con movimientos impacientes de las manos, como los de un pintor que aparta de sí alguna impostura obvia bien intencionada; y luego, generosamente, pero siempre críticamente, daba la bienvenida a una dependienta que había convertido su pequeño trozo de tela con valentía, o elogiaba, completamente, con comprensión entusiasta y profesional, a una dama francesa descendiendo de su carruaje, en chinchilla, túnicas, perlas.

"¡Hermoso!" murmuraba, dándole un codazo a Septimus, para que lo viera. Pero la belleza estaba detrás de un cristal. Incluso el gusto (a Rezia le gustaban los helados, los chocolates, las cosas dulces) no tenía sabor para él. Dejó su taza sobre la pequeña mesa de mármol. Miraba a la gente afuera; parecían felices, reuniéndose en el medio de la calle, gritando, riendo, discutiendo por nada. Pero no podía saborear, no podía sentir. En la tienda de té entre las mesas y los camareros parlanchines, el miedo espantoso lo inva-

día—no podía sentir. Podía razonar; podía leer, Dante por ejemplo, con bastante facilidad ("Septimus, deja tu libro," dijo Rezia, cerrando suavemente el *Inferno*), podía sumar su cuenta; su cerebro era perfecto; debía ser culpa del mundo entonces—que no podía sentir.

"Los ingleses son tan callados," decía Rezia. Le gustaba, decía. Respetaba a estos ingleses, y quería ver Londres, y los caballos ingleses, y los trajes a medida, y recordaba haber oído lo maravillosas que eran las tiendas, de una tía que se había casado y vivido en Soho.

Podría ser posible, pensó Septimus, mirando a Inglaterra desde la ventana del tren, mientras salían de Newhaven; podría ser posible que el mundo mismo no tuviera sentido.

En la oficina lo promovieron a un puesto de considerable responsabilidad. Estaban orgullosos de él; había ganado cruces. "Has cumplido con tu deber; nos toca a nosotros—" comenzó el señor Brewer; y no pudo terminar, tan placentera era su emoción. Encontraron excelentes alojamientos fuera de Tottenham Court Road.

Aquí abrió Shakespeare una vez más. Ese negocio juvenil de la intoxicación del lenguaje—Antonio y Cleopatra—se había marchitado completamente. ¡Cómo odiaba Shakespeare a la humanidad—ponerse ropa, tener hijos, la sordidez de la boca y el vientre! Esto ahora se revelaba a Septimus; el mensaje oculto en la belleza de las palabras. La señal secreta que una generación pasa, disfrazada, a la siguiente es el odio, la desesperación. Dante lo mismo. Esquilo (traducido) lo mismo. Allí estaba Rezia sentada en la mesa decorando sombreros. Decoraba sombreros para las amigas de la señora Filmer; decoraba sombreros por horas. Parecía pálida, misteriosa, como un lirio, ahogado, bajo el agua, pensaba.

"Los ingleses son tan serios," decía, poniendo sus brazos alrededor de Septimus, su mejilla contra la suya.

El amor entre un hombre y una mujer era repulsivo para Shakespeare. El negocio de la copulación era sucio para él antes del final. Pero, decía Rezia, debía tener hijos. Llevaban casados cinco años.

Fueron juntos a la Torre; al Museo Victoria y Alberto; se quedaron en la multitud para ver al rey abrir el Parlamento. Y estaban las tiendas—tiendas

de sombreros, tiendas de vestidos, tiendas con bolsos de cuero en la ventana, donde ella se quedaba mirando. Pero debía tener un hijo.

Debía tener un hijo como Septimus, decía. Pero nadie podía ser como Septimus; tan gentil; tan serio; tan inteligente. ¿No podría ella también leer a Shakespeare? ¿Era Shakespeare un autor difícil? preguntaba.

No se puede traer niños a un mundo así. No se puede perpetuar el sufrimiento, ni aumentar la raza de estos animales lujuriosos, que no tienen emociones duraderas, sino solo caprichos y vanidades, que los arrastran ahora hacia un lado, ahora hacia otro.

La observaba recortar, dar forma, como se observa a un pájaro saltar, ale-
tear en la hierba, sin atreverse a mover un dedo. Porque la verdad es (que
ella ignore esto) que los seres humanos no tienen ni bondad, ni fe, ni cari-
dad más allá de lo que sirve para aumentar el placer del momento. Cazan en
manadas. Sus manadas recorren el desierto y desaparecen gritando en el de-
sierto. Abandonan a los caídos. Están cubiertos de muecas. Allí estaba Bre-
wer en la oficina, con su bigote encerado, alfiler de corbata de coral, chale-
co blanco, y placenteras emociones — todo frialdad y humedad por dentro —
sus geranios arruinados en la guerra — los nervios de su cocinera destrozados;
o Amelia Cómo-se-llame, sirviendo tazas de té puntualmente a las cinco —
una arpía pequeña y obscena que se burlaba y se reía; y los Toms y
Berties con sus camisas de frente almidonadas, rezumando gruesas gotas de
vicio. Nunca lo vieron dibujando imágenes de ellos desnudos en su cua-
derno. En la calle, pasaban camiones rugiendo; la brutalidad estallaba en los
carteles; los hombres eran atrapados en minas; las mujeres quemadas vivas;
y una vez una fila mutilada de lunáticos siendo ejercitados o exhibidos para
la diversión de la gente (que reían a carcajadas), se tambaleaban y asentían
y sonreían mientras pasaban por Tottenham Court Road, cada uno medio
disculpándose, pero triunfalmente, infligiendo su desesperación sin esperan-
za. ¿Y se volvería loco?

En el té, Rezia le dijo que la hija de la señora Filmer estaba esperando un
bebé. ¡No podía envejecer y no tener hijos! ¡Estaba muy sola, estaba muy
infeliz! Lloró por primera vez desde que se casaron. De lejos él la escucha-
ba sollozar; lo escuchaba con precisión, lo notaba distintamente; lo compa-
raba con un pistón golpeando. Pero no sentía nada.

Su esposa estaba llorando, y no sentía nada; solo cada vez que ella sollozaba de esta manera profunda, silenciosa y desesperada, descendía otro pedazo en el pozo.

Finalmente, con un gesto melodramático que asumió mecánicamente y con plena conciencia de su insinceridad, dejó caer su cabeza sobre sus manos. Ahora se había rendido; ahora otras personas debían ayudarlo. Debían enviarse personas. Se rindió.

Nada podía despertarlo. Rezia lo llevó a la cama. Llamó a un médico—el Dr. Holmes de la señora Filmer. El Dr. Holmes lo examinó. No había absolutamente nada de malo, dijo el Dr. Holmes. ¡Oh, qué alivio! ¡Qué hombre tan amable, qué buen hombre! pensó Rezia. Cuando se sentía así, él iba al Music Hall, decía el Dr. Holmes. Se tomaba un día libre con su esposa y jugaba al golf. ¿Por qué no probar con dos tabletas de bromuro disueltas en un vaso de agua antes de acostarse? Estas viejas casas de Bloomsbury, dijo el Dr. Holmes, tocando la pared, a menudo están llenas de paneles muy finos, que los propietarios tienen la locura de empapelar. Solo el otro día, visitando a un paciente, Sir Alguien Algo en Bedford Square—

Así que no había excusa; absolutamente nada de malo, excepto el pecado por el cual la naturaleza humana lo había condenado a muerte; que no sentía. No le había importado cuando Evans fue asesinado; eso fue lo peor; pero todos los demás crímenes levantaban la cabeza y sacudían sus dedos y se burlaban y reían sobre la barandilla de la cama en las primeras horas de la mañana al cuerpo postrado que se daba cuenta de su degradación; cómo se había casado con su esposa sin amarla; le había mentado; la había seducido; había ultrajado a la señorita Isabel Pole, y estaba tan marcado con el vicio que las mujeres se estremecían cuando lo veían en la calle. El veredicto de la naturaleza humana sobre un miserable así era la muerte.

El Dr. Holmes vino de nuevo. Grande, de color fresco, guapo, tocando sus botas, mirando en el espejo, desechó todo—dolores de cabeza, insomnio, miedos, sueños—síntomas nerviosos y nada más, dijo. Si el Dr. Holmes se encontraba incluso medio kilo por debajo de los once kilos seis, pedía a su esposa otro plato de avena en el desayuno. (Rezia aprendería a cocinar avena.) Pero, continuó, la salud es en gran medida un asunto bajo nuestro control. Involúcrate en intereses externos; toma algún pasatiempo. Abrió Shakespeare—Antonio y Cleopatra; apartó a Shakespeare. Algún pasatiem-

po, dijo el Dr. Holmes, porque ¿no debía su propia excelente salud (y trabajaba tan duro como cualquier hombre en Londres) al hecho de que siempre podía desconectarse de sus pacientes y concentrarse en muebles antiguos? ¡Y qué peine tan bonito, si podía decirlo, llevaba la señora Warren Smith!

Cuando volvió el maldito tonto, Septimus se negó a verlo. ¿De verdad? dijo el Dr. Holmes, sonriendo amablemente. Realmente tenía que dar a esa encantadora damita, la señora Smith, un empujón amistoso antes de poder pasar junto a ella al dormitorio de su marido.

"Así que estás asustado," dijo amablemente, sentándose al lado de su paciente. De hecho, había hablado de suicidarse con su esposa, una chica, una extranjera, ¿no? ¿No le daba eso una idea muy extraña de los maridos ingleses? ¿No se debía quizás un deber con la propia esposa? ¿No sería mejor hacer algo en lugar de estar acostado en la cama? Porque tenía cuarenta años de experiencia detrás de él; y Septimus podía creer en la palabra del Dr. Holmes — no había absolutamente nada de malo en él. Y la próxima vez que el Dr. Holmes viniera, esperaba encontrar a Smith fuera de la cama y no preocupando a esa encantadora damita, su esposa, por él.

En resumen, la naturaleza humana estaba sobre él — la repugnante bestia, con las fosas nasales rojas como la sangre. Holmes estaba sobre él. El Dr. Holmes venía con regularidad todos los días. Una vez que tropiezas, escribió Septimus en el reverso de una postal, la naturaleza humana está sobre ti. Holmes está sobre ti. Su única oportunidad era escapar, sin que Holmes lo supiera; a Italia — a cualquier lugar, cualquier lugar, lejos del Dr. Holmes.

Pero Rezia no podía entenderlo. El Dr. Holmes era un hombre tan amable. Estaba tan interesado en Septimus. Solo quería ayudarlos, decía. Tenía cuatro hijos pequeños y la había invitado a tomar el té, le contó a Septimus.

Así que fue abandonado. El mundo entero clamaba: Mátate, mátate, por nuestro bien. Pero, ¿por qué debería matarse por su bien? La comida era agradable; el sol caliente; y este suicidarse, ¿cómo se hace, con un cuchillo de mesa, feamente, con ríos de sangre, — succionando una tubería de gas? Estaba demasiado débil; apenas podía levantar la mano. Además, ahora que estaba completamente solo, condenado, abandonado, como lo están los que van a morir, había un lujo en ello, un aislamiento lleno de sublimidad; una libertad que los atados nunca pueden conocer. Holmes había ganado, por supuesto; la bestia con las fosas nasales rojas había ganado. Pero ni siquiera

Holmes mismo podía tocar esta última reliquia que vagaba en el borde del mundo, este marginado, que miraba hacia las regiones habitadas, que yacía, como un marinero ahogado, en la orilla del mundo.

Fue en ese momento (Rezia se fue de compras) que tuvo lugar la gran revelación. Una voz habló desde detrás de la pantalla. Evans estaba hablando. Los muertos estaban con él.

"¡Evans, Evans!" gritó.

El señor Smith estaba hablando en voz alta consigo mismo, gritó Agnes la sirvienta a la señora Filmer en la cocina. "¡Evans, Evans!" había dicho cuando ella trajo la bandeja. Ella se sobresaltó. Corrió escaleras abajo.

Y Rezia entró, con sus flores, y cruzó la habitación, y puso las rosas en un jarrón, sobre el cual el sol golpeaba directamente, y fue riendo, saltando alrededor de la habitación.

Tuvo que comprar las rosas, dijo Rezia, a un pobre hombre en la calle. Pero ya estaban casi muertas, dijo, arreglando las rosas.

Así que había un hombre afuera; presumiblemente Evans; y las rosas, que Rezia dijo que estaban medio muertas, habían sido recogidas por él en los campos de Grecia. "La comunicación es salud; la comunicación es felicidad, la comunicación—" murmuró.

"¿Qué estás diciendo, Septimus?" preguntó Rezia, salvaje de terror, porque estaba hablando solo.

Mandó a Agnes corriendo a buscar al Dr. Holmes. Su marido, dijo, estaba loco. Apenas la reconocía.

"¡Eres una bestia! ¡Eres una bestia!" gritó Septimus, viendo la naturaleza humana, es decir, el Dr. Holmes, entrar en la habitación.

"¿Y ahora qué es todo esto?" dijo el Dr. Holmes de la manera más amable del mundo. "¿Hablando tonterías para asustar a tu esposa?" Pero le daría algo para que durmiera. Y si fueran ricos, dijo el Dr. Holmes, mirando irónicamente alrededor de la habitación, por todos los medios que fueran a Harley Street; si no confiaban en él, dijo el Dr. Holmes, con no tanta amabilidad.

CAPÍTULO VIII

Eran exactamente las doce; las doce del Big Ben; cuyo golpe se desvanecía sobre la parte norte de Londres; se mezclaba con el de otros relojes, se mezclaba de manera etérea con las nubes y las volutas de humo, y moría allá arriba entre las gaviotas—dieron las doce cuando Clarissa Dalloway puso su vestido verde sobre la cama y los Warren Smith caminaron por Harley Street. Las doce era la hora de su cita. Probablemente, pensó Rezia, esa era la casa de Sir William Bradshaw con el coche gris frente a ella. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire.

En efecto, era el coche de Sir William Bradshaw; bajo, poderoso, gris con iniciales simples entrelazadas en el panel, como si las pompas de la heráldica fueran incongruentes, este hombre siendo el ayudante fantasmal, el sacerdote de la ciencia; y, así como el coche era gris, para igualar su sobria suavidad, pieles grises, alfombras plateadas estaban amontonadas en él, para mantener a su señoría caliente mientras esperaba. Porque a menudo Sir William viajaba sesenta millas o más al campo para visitar a los ricos, los afligidos, que podían permitirse la tarifa muy alta que Sir William cobraba muy propiamente por su consejo. Su señoría esperaba con las alfombras sobre sus rodillas una hora o más, recostada, pensando a veces en el paciente, a veces, disculpablemente, en la muralla de oro, aumentando minuto a minuto mientras esperaba; la muralla de oro que se elevaba entre ellos y todas las penurias y ansiedades (las había soportado valientemente; habían tenido sus luchas) hasta que se sentía enclavada en un océano tranquilo, donde solo soplan vientos de especias; respetada, admirada, envidiada, con casi nada más que desear, aunque lamentaba su corpulencia; grandes cenas todos

los jueves por la noche para la profesión; una bazar ocasional para inaugurar; saludar a la realeza; demasiado poco tiempo, lamentablemente, con su esposo, cuyo trabajo crecía y crecía; un hijo que iba bien en Eton; también le hubiera gustado tener una hija; sin embargo, tenía intereses en abundancia; el bienestar infantil; el cuidado posterior de los epilépticos, y la fotografía, de modo que si había una iglesia en construcción, o una iglesia en decadencia, sobornaba al sacristán, conseguía la llave y tomaba fotografías, que apenas podían distinguirse del trabajo de profesionales, mientras esperaba.

Sir William ya no era joven. Había trabajado muy duro; había ganado su posición por pura habilidad (siendo el hijo de un tendero); amaba su profesión; hacía una figura excelente en las ceremonias y hablaba bien—todo lo cual para cuando fue nombrado caballero le había dado un aspecto pesado, un aspecto cansado (la corriente de pacientes siendo tan incesante, las responsabilidades y privilegios de su profesión tan onerosos), que junto con sus cabellos grises aumentaban la extraordinaria distinción de su presencia y le daban la reputación (de la mayor importancia en el tratamiento de casos nerviosos) no solo de habilidad relámpago y casi infalible precisión en el diagnóstico, sino también de simpatía; tacto; comprensión del alma humana. Podía ver en el primer momento que entraban en la habitación (los Warren Smith se llamaban); estaba seguro de inmediato cuando vio al hombre; era un caso de extrema gravedad. Era un caso de colapso completo—colapso físico y nervioso completo, con cada síntoma en una etapa avanzada, determinó en dos o tres minutos (escribiendo respuestas a preguntas, murmuradas discretamente, en una tarjeta rosa).

¿Cuánto tiempo llevaba el Dr. Holmes atendiéndolo?

Seis semanas.

¿Recetó un poco de bromuro? ¿Dijo que no había nada malo? Ah, sí (¡esos médicos generales! pensó Sir William. Le tomaba la mitad de su tiempo deshacer sus errores. Algunos eran irreparables).

"¿Serviste con gran distinción en la guerra?"

El paciente repitió la palabra "guerra" interrogativamente.

Estaba atribuyendo significados a palabras de tipo simbólico. Un síntoma grave, a anotar en la tarjeta.

"¿La guerra?" preguntó el paciente. ¿La Guerra Europea—ese pequeño lío de colegiales con pólvora? ¿Había servido con distinción? Realmente lo había olvidado. En la propia guerra había fracasado.

"Sí, sirvió con la mayor distinción," aseguró Rezia al doctor; "fue ascendido."

"¿Y tienen la más alta opinión de ti en tu oficina?" murmuró Sir William, echando un vistazo a la carta muy generosamente redactada del Sr. Brewer. "Así que no tienes nada de qué preocuparte, ninguna ansiedad financiera, nada?"

Había cometido un crimen espantoso y había sido condenado a muerte por la naturaleza humana.

"He, he," comenzó, "cometido un crimen—"

"No ha hecho nada malo en absoluto," aseguró Rezia al doctor. Si el Sr. Smith esperara, dijo Sir William, hablaría con la Sra. Smith en la otra habitación. Su esposo estaba muy enfermo, dijo Sir William. ¿Amenazaba con matarse?

Oh, lo hizo, gritó ella. Pero no lo decía en serio, dijo. Por supuesto que no. Era simplemente una cuestión de descanso, dijo Sir William; de descanso, descanso, descanso; un largo descanso en cama. Había un hogar encantador en el campo donde su esposo sería perfectamente atendido. ¿Lejos de ella? preguntó ella. Lamentablemente, sí; las personas que más nos importan no son buenas para nosotros cuando estamos enfermos. Pero no estaba loco, ¿verdad? Sir William dijo que nunca hablaba de "locura"; lo llamaba no tener sentido de la proporción. Pero a su esposo no le gustaban los médicos. Se negaría a ir allí. Breve y amablemente Sir William le explicó el estado del caso. Había amenazado con matarse. No había alternativa. Era una cuestión de ley. Se quedaría en cama en una hermosa casa en el campo. Las enfermeras eran admirables. Sir William lo visitaría una vez a la semana. Si la Sra. Warren Smith estaba segura de que no tenía más preguntas que hacer—nunca apuraba a sus pacientes—volverían con su esposo. Ella no tenía más que preguntar—no a Sir William.

Así que volvieron al más exaltado de la humanidad; el criminal que enfrentaba a sus jueces; la víctima expuesta en las alturas; el fugitivo; el marinero ahogado; el poeta de la oda inmortal; el Señor que había pasado de la

vida a la muerte; a Septimus Warren Smith, que estaba sentado en el sillón bajo el tragaluz mirando una fotografía de Lady Bradshaw en traje de corte, murmurando mensajes sobre la belleza.

"Hemos tenido nuestra pequeña charla," dijo Sir William.

"Dijo que estás muy, muy enfermo," lloró Rezia.

"Hemos estado arreglando que vayas a un hogar," dijo Sir William.

"¿Uno de los hogares de Holmes?" se burló Septimus.

El individuo causó una impresión desagradable. Porque había en Sir William, cuyo padre había sido un comerciante, un respeto natural por la crianza y la vestimenta, que la pobreza irritaba; nuevamente, más profundamente, había en Sir William, que nunca había tenido tiempo para leer, un rencor, profundamente enterrado, contra las personas cultivadas que entraban en su habitación e insinuaban que los médicos, cuya profesión es una constante tensión sobre todas las facultades más altas, no son hombres educados.

"Uno de mis hogares, Sr. Warren Smith," dijo, "donde le enseñaremos a descansar."

Y había solo una cosa más. Estaba completamente seguro de que cuando el Sr. Warren Smith estuviera bien, sería el último hombre en el mundo en asustar a su esposa. Pero había hablado de suicidarse.

"Todos tenemos nuestros momentos de depresión," dijo Sir William.

Una vez que caes, se repetía Septimus, la naturaleza humana está sobre ti. Holmes y Bradshaw están sobre ti. Recorren el desierto. Vuelan gritando hacia el desierto. Se aplican el potro y el tornillo. La naturaleza humana es implacable.

"¿Impulsos lo asaltan a veces?" preguntó Sir William, con su lápiz sobre una tarjeta rosa.

Eso era asunto suyo, dijo Septimus.

"Nadie vive para sí mismo solo," dijo Sir William, mirando la fotografía de su esposa en traje de corte.

"Y tienes una carrera brillante por delante," dijo Sir William. Allí estaba la carta del Sr. Brewer sobre la mesa. "Una carrera excepcionalmente

brillante."

Pero si confesaba, si comunicaba, ¿lo dejarían libre entonces, sus torturadores?

"Yo, yo," tartamudeó.

¿Pero cuál era su crimen? No podía recordarlo.

"¿Sí?" lo alentó Sir William. (Pero se estaba haciendo tarde).

Amor, árboles, no hay crimen—¿cuál era su mensaje?

No podía recordarlo.

"Yo, yo," tartamudeó Septimus.

"Trata de pensar lo menos posible en ti mismo," dijo amablemente Sir William. Realmente, no estaba en condiciones de estar fuera.

¿Había algo más que quisieran preguntarle? Sir William haría todos los arreglos (le murmuró a Rezia) y le informaría entre las cinco y las seis de esa tarde, murmuró.

"Confíe todo a mí," dijo, y los despidió.

¡Nunca, nunca había sentido Rezia tal agonía en su vida! ¡Había pedido ayuda y la habían abandonado! ¡Él les había fallado! Sir William Bradshaw no era un buen hombre.

El mantenimiento de ese coche solo debe costarle bastante, dijo Septimus, cuando salieron a la calle.

Ella se aferró a su brazo. Los habían abandonado.

Pero ¿qué más quería ella?

A sus pacientes les daba tres cuartos de hora; y si en esta exigente ciencia que tiene que ver con lo que, después de todo, no sabemos nada sobre—el sistema nervioso, el cerebro humano—un médico pierde su sentido de la proporción, como médico fracasa. Salud debemos tener; y la salud es proporción; de modo que cuando un hombre entra en tu habitación y dice que es Cristo (un delirio común), y tiene un mensaje, como la mayoría de ellos, y amenaza, como a menudo hacen, con matarse, invocas la proporción; ordenas descanso en cama; descanso en soledad; silencio y descanso; descan-

so sin amigos, sin libros, sin mensajes; seis meses de descanso; hasta que un hombre que entró pesando siete piedras seis sale pesando doce.

Proporción, divina proporción, la diosa de Sir William, fue adquirida por Sir William recorriendo hospitales, pescando salmones, engendrando un hijo en Harley Street con Lady Bradshaw, quien también pescaba salmones y tomaba fotografías que apenas se distinguían del trabajo de profesionales. Adorando la proporción, Sir William no solo prosperó él mismo sino que hizo prosperar a Inglaterra, aisló a sus lunáticos, prohibió el parto, penalizó la desesperación, hizo imposible que los no aptos propagaran sus puntos de vista hasta que ellos también compartieran su sentido de la proporción—el suyo si eran hombres, el de Lady Bradshaw si eran mujeres (ella bordaba, tejía, pasaba cuatro noches de cada siete en casa con su hijo), de modo que no solo sus colegas lo respetaban, sus subordinados le temían, sino que los amigos y parientes de sus pacientes sentían por él la más aguda gratitud por insistir en que estos Cristos y Cristas proféticos, que profetizaban el fin del mundo, o la llegada de Dios, bebieran leche en cama, como ordenaba Sir William; Sir William con sus treinta años de experiencia en estos tipos de casos, y su instinto infalible, esto es locura, esto sentido; de hecho, su sentido de la proporción.

Pero la Proporción tiene una hermana, menos sonriente, más formidable, una Diosa que incluso ahora se dedica—en el calor y las arenas de la India, el barro y el pantano de África, los barrios bajos de Londres, donde en resumen el clima o el diablo tientan a los hombres a apartarse de la verdadera creencia que es la suya—se dedica a derribar santuarios, destruir ídolos, y establecer en su lugar su propio semblante severo. Conversión es su nombre y se deleita en las voluntades de los débiles, amando impresionar, imponer, adorando sus propias características estampadas en el rostro de la población. En Hyde Park Corner sobre un barril ella predica; se envuelve en blanco y camina penitentemente disfrazada como amor fraternal por fábricas y parlamentos; ofrece ayuda, pero desea poder; golpea con rudeza a los disidentes o descontentos; otorga su bendición a aquellos que, mirando hacia arriba, captan sumisamente desde sus ojos la luz de los suyos propios. Esta señora también (Rezia Warren Smith lo adivinó) tenía su morada en el corazón de Sir William, aunque oculta, como la mayoría de las veces, bajo algún disfraz plausible; algún nombre venerable; amor, deber, sacrificio. ¡Cómo trabajaría—cómo se afanaría por recaudar fondos, propagar refor-

mas, iniciar instituciones! Pero la conversión, diosa fastidiosa, ama la sangre más que el ladrillo, y se deleita sutilmente en la voluntad humana. Por ejemplo, Lady Bradshaw. Hace quince años se había hundido. No era nada que se pudiera señalar; no había habido escena, ni chasquido; solo el lento hundimiento, empapada, de su voluntad en la suya. Dulce era su sonrisa, rápida su sumisión; la cena en Harley Street, de ocho o nueve platos, alimentando a diez o quince invitados de las clases profesionales, era suave y urbana. Solo a medida que avanzaba la noche, una ligera somnolencia, o incomodidad tal vez, un tic nervioso, tartamudeo, tropezón y confusión indicaban, lo que realmente era doloroso de creer—que la pobre señora mentía. Una vez, hace mucho tiempo, había pescado salmones libremente: ahora, rápida para atender el deseo que iluminaba el ojo de su marido tan acetosamente de dominación, de poder, se encogía, apretaba, recortaba, podaba, retrocedía, espiaba a través; de modo que sin saber precisamente qué hacía que la velada fuera desagradable, y causaba esta presión en la parte superior de la cabeza (que bien podría atribuirse a la conversación profesional, o la fatiga de un gran médico cuya vida, decía Lady Bradshaw, "no es suya sino de sus pacientes") desagradable era: de modo que los invitados, cuando el reloj marcaba las diez, respiraban el aire de Harley Street incluso con entusiasmo; alivio que, sin embargo, se les negaba a sus pacientes.

Allí en la habitación gris, con las fotos en la pared y los muebles valiosos, bajo el tragaluz de vidrio esmerilado, aprendían el alcance de sus transgresiones; acurrucados en sillones, lo observaban realizar, en su beneficio, un curioso ejercicio con los brazos, que los lanzaba, traía bruscamente de vuelta a su cadera, para probar (si el paciente era obstinado) que Sir William era dueño de sus propias acciones, lo cual el paciente no era. Allí algunos débiles se derrumbaban; sollozaban, se sometían; otros, inspirados por sabe Dios qué locura intemperante, llamaban a Sir William en su cara un embustero maldito; cuestionaban, aún más impíamente, la vida misma. ¿Por qué vivir? demandaban. Sir William respondía que la vida era buena. Ciertamente Lady Bradshaw con plumas de avestruz colgaba sobre la repisa, y en cuanto a su ingreso, era de doce mil libras al año. Pero para nosotros, protestaban, la vida no ha dado tal generosidad. Él asentía. Les faltaba sentido de la proporción. ¿Y tal vez, después de todo, no hay Dios? Él encogía los hombros. En resumen, ¿este vivir o no vivir es un asunto nuestro? Pero ahí se equivocaban. Sir William tenía un amigo en Surrey donde enseñaban, lo que Sir William admitía francamente que era un arte difícil: un

sentido de la proporción. Había, además, afecto familiar; honor; coraje; y una carrera brillante. Todos estos tenían en Sir William un campeón resuelto. Si le fallaban, tenía que apoyar a la policía y al bien de la sociedad, que, comentó muy tranquilamente, se encargarían, en Surrey, de que estos impulsos antisociales, generados más que nada por la falta de buena sangre, fueran controlados. Y luego salió de su escondite y montó su trono esa Diosa cuyo deseo es superar la oposición, estampar indeleblemente en los santuarios de otros la imagen de sí misma. Desnudo, indefenso, el agotado, el sin amigos recibía la impronta de la voluntad de Sir William. Se lanzó; devoró. Encerraba a la gente. Fue esta combinación de decisión y humanidad lo que hizo a Sir William tan querido para los parientes de sus víctimas.

Pero Rezia Warren Smith lloraba, caminando por Harley Street, que no le gustaba ese hombre.

Desmenuzando y rebanando, dividiendo y subdividiendo, los relojes de Harley Street mordisqueaban el día de junio, aconsejaban sumisión, sostenían la autoridad, y señalaban en coro las ventajas supremas de un sentido de la proporción, hasta que el montón de tiempo se había reducido tanto que un reloj comercial, suspendido sobre una tienda en Oxford Street, anunció, de manera amistosa y fraternal, como si fuera un placer para Messrs. Rigby y Lowndes dar la información gratis, que eran la una y media.

Mirando hacia arriba, parecía que cada letra de sus nombres representaba una de las horas; subconscientemente uno estaba agradecido a Rigby y Lowndes por dar la hora ratificada por Greenwich; y esta gratitud (así rumiaba Hugh Whitbread, demorándose allí frente al escaparate), naturalmente tomó la forma más tarde de comprar calcetines o zapatos de Rigby y Lowndes. Así rumiaba. Era su hábito. No profundizaba. Rozaba las superficies; las lenguas muertas, las vivas, la vida en Constantinopla, París, Roma; montar, cazar, tenis, alguna vez. Los maliciosos afirmaban que ahora vigilaba el Palacio de Buckingham, vestido con medias de seda y calzones, sobre lo que nadie sabía. Pero lo hacía extremadamente eficientemente. Había flotado en la crema de la sociedad inglesa durante cincuenta y cinco años. Había conocido a Primeros Ministros. Sus afectos se entendían profundos. Y si era cierto que no había participado en ninguno de los grandes movimientos de la época o ocupado un cargo importante, se le atribuían una o dos humildes reformas; una mejora en los refugios públicos era una; la protección de búhos en Norfolk otra; las sirvientas tenían motivos para estar agradecidas

con él; y su nombre al final de cartas al Times, pidiendo fondos, apelando al público para proteger, preservar, limpiar la basura, reducir el humo y erradicar la inmoralidad en los parques, comandaba respeto.

Cortaba una figura magnífica también, deteniéndose por un momento (cuando el sonido de la media hora se desvanecía) para mirar críticamente, magistralmente, calcetines y zapatos; impecable, sustancial, como si contemplara el mundo desde cierta eminencia, y vestido a juego; pero consciente de las obligaciones que el tamaño, la riqueza, la salud implican, y observaba puntillosamente incluso cuando no era absolutamente necesario, pequeñas cortesías, ceremonias anticuadas que daban una cualidad a su manera, algo a imitar, algo para recordarlo, pues nunca almorzaría, por ejemplo, con Lady Bruton, a quien conocía desde hacía veinte años, sin llevarle en su mano extendida un ramo de claveles y preguntar a Miss Brush, la secretaria de Lady Bruton, por su hermano en Sudáfrica, lo cual, por alguna razón, Miss Brush, carente aunque estaba de todo atributo de encanto femenino, resentía tanto que decía "Gracias, está muy bien en Sudáfrica," cuando, durante media docena de años, había estado mal en Portsmouth.

La propia Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, quien llegó en ese momento. De hecho, se encontraron en la puerta.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, por supuesto. Estaba hecho de material mucho más fino. Pero no permitiría que criticaran a su pobre querido Hugh. Nunca podría olvidar su amabilidad—había sido realmente notablemente amable—olvidaba precisamente en qué ocasión. Pero había sido—notablemente amable. En cualquier caso, la diferencia entre un hombre y otro no es mucha. Nunca había visto el sentido de cortar a la gente, como lo hacía Clarissa Dalloway—cortándolos y volviéndolos a pegar; no al menos cuando uno tenía sesenta y dos años. Tomó los claveles de Hugh con su sonrisa angular y sombría. No había nadie más viniendo, dijo. Los había hecho venir con falsas pretensiones, para ayudarla a salir de una dificultad—

"Pero primero comamos," dijo.

Y así comenzó un paso silencioso y exquisito de un lado a otro a través de puertas giratorias de doncellas con delantal y gorra blanca, sirvientas no por necesidad, sino adeptas en un misterio o gran engaño practicado por las anfitrionas en Mayfair desde la una y media hasta las dos, cuando, con un gesto de la mano, el tráfico cesa, y surge en su lugar esta profunda ilusión

en primer lugar sobre la comida— cómo no se paga; y luego que la mesa se extiende voluntariamente con vidrio y plata, pequeñas alfombrillas, tazones de fruta roja; películas de crema marrón cubren el rodaballo; en cazuelas nadan pollos partidos; coloridas, no domésticas, el fuego arde; y con el vino y el café (no pagados) surgen visiones jocosas ante ojos reflexivos; ojos gentilmente especulativos; ojos a quienes la vida parece musical, misteriosa; ojos ahora encendidos para observar amistosamente la belleza de los claveles rojos que Lady Bruton (cuyos movimientos siempre eran angulares) había colocado junto a su plato, de modo que Hugh Whitbread, sintiéndose en paz con todo el universo y al mismo tiempo completamente seguro de su posición, dijo, descansando su tenedor,

"¿No se verían encantadores contra tu encaje?"

Miss Brush resentía intensamente esta familiaridad. Lo consideraba un tipo vulgar. Hizo reír a Lady Bruton.

Lady Bruton levantó los claveles, sosteniéndolos bastante rígidamente con la misma actitud con la que el General sostenía el pergamino en la foto detrás de ella; permaneció fija, en trance. ¿Cuál era ella ahora, la bisnieta del General? ¿Tataranieta? se preguntó Richard Dalloway. Sir Roderick, Sir Miles, Sir Talbot— eso era. Era notable cómo en esa familia la semejanza persistía en las mujeres. Ella debería haber sido una general de dragones ella misma. Y Richard habría servido bajo su mando, alegremente; tenía el mayor respeto por ella; atesoraba estas visiones románticas sobre mujeres bien establecidas y de linaje, y le habría gustado, a su manera bienhumorada, traer a algunos jóvenes impetuosos de su conocimiento a almorzar con ella; como si un tipo como el suyo pudiera ser criado por amables entusiastas del té! Conocía su país. Conocía a su gente. Había una vid, todavía dando frutos, bajo la cual Lovelace o Herrick— ella nunca leía una palabra de poesía ella misma, pero así contaba la historia— había sentado. Mejor esperar a plantearles la cuestión que le preocupaba (sobre hacer un llamamiento al público; si era así, en qué términos y demás), mejor esperar hasta que hubieran tomado su café, pensó Lady Bruton; y así puso los claveles junto a su plato.

"¿Cómo está Clarissa?" preguntó abruptamente.

Clarissa siempre decía que Lady Bruton no la quería. De hecho, Lady Bruton tenía la reputación de estar más interesada en la política que en las

personas; de hablar como un hombre; de haber tenido un dedo en alguna intriga notoria de los años ochenta, que ahora comenzaba a mencionarse en las memorias. Ciertamente había un nicho en su salón, y una mesa en ese nicho, y una foto sobre esa mesa del General Sir Talbot Moore, ahora fallecido, que había escrito allí (una noche de los años ochenta) en presencia de Lady Bruton, con su conocimiento, tal vez consejo, un telegrama ordenando a las tropas británicas avanzar en una ocasión histórica. (Conservaba la pluma y contaba la historia.) Así, cuando decía de manera despreocupada "¿Cómo está Clarissa?" los maridos tenían dificultad en persuadir a sus esposas e incluso, sin importar cuán devotos, secretamente dudaban ellos mismos, de su interés en mujeres que a menudo se interponían en el camino de sus maridos, les impedían aceptar puestos en el extranjero, y debían ser llevadas a la playa en medio de la sesión para recuperarse de la gripe. No obstante, su pregunta, "¿Cómo está Clarissa?" era conocida por las mujeres infaliblemente, como una señal de una bienhechora, de una compañera casi silenciosa, cuyas declaraciones (media docena tal vez en el transcurso de una vida) significaban reconocimiento de alguna camaradería femenina que iba más allá de las comidas masculinas y unía a Lady Bruton y a la Sra. Dalloway, quienes rara vez se encontraban, y parecían cuando lo hacían indiferentes e incluso hostiles, en un vínculo singular.

"Me encontré con Clarissa en el parque esta mañana," dijo Hugh Whitbread, zambulléndose en la cazuela, ansioso por rendirse este pequeño homenaje, pues solo tenía que venir a Londres y se encontraba con todos de inmediato; pero codicioso, uno de los hombres más codiciosos que había conocido, pensaba Milly Brush, quien observaba a los hombres con inflexible rectitud, y era capaz de devoción eterna, especialmente hacia su propio sexo, siendo nudosa, raspada, angular y completamente carente de encanto femenino.

"¿Sabes quién está en la ciudad?" dijo Lady Bruton de repente, recordando. "Nuestro viejo amigo, Peter Walsh."

Todos sonrieron. ¡Peter Walsh! Y el Sr. Dalloway estaba genuinamente feliz, pensó Milly Brush; y el Sr. Whitbread solo pensaba en su pollo.

¡Peter Walsh! Los tres, Lady Bruton, Hugh Whitbread y Richard Dalloway, recordaban lo mismo— cómo Peter había estado enamorado apasionadamente; había sido rechazado; se había ido a la India; había fracasado; ha-

bía hecho un desastre de las cosas; y Richard Dalloway tenía un gran cariño por el querido viejo también. Milly Brush lo vio; vio una profundidad en el marrón de sus ojos; lo vio dudar; considerar; lo cual la interesaba, ya que el Sr. Dalloway siempre la interesaba, porque ¿en qué estaría pensando, se preguntaba, sobre Peter Walsh?

Que Peter Walsh había estado enamorado de Clarissa; que regresaría directamente después del almuerzo y encontraría a Clarissa; que le diría, en tantas palabras, que la amaba. Sí, eso le diría.

Milly Brush casi podría haberse enamorado de estos silencios; y el Sr. Dalloway siempre era tan confiable; tan caballero también. Ahora, teniendo cuarenta años, Lady Bruton solo tenía que asentir, o girar la cabeza un poco bruscamente, y Milly Brush tomaba la señal, por más sumida que estuviera en estas reflexiones de un espíritu desapegado, de un alma incorrupta a quien la vida no podía engañar, porque la vida no le había ofrecido ni una baratija del menor valor; ni un rizo, sonrisa, labio, mejilla, nariz; nada en absoluto; Lady Bruton solo tenía que asentir, y Perkins fue instruido para acelerar el café.

"Sí; Peter Walsh ha vuelto," dijo Lady Bruton. Era vagamente halagador para todos ellos. Había regresado, golpeado, fracasado, a sus seguras costas. Pero ayudarlo, reflexionaron, era imposible; había algún defecto en su carácter. Hugh Whitbread dijo que, por supuesto, podría mencionar su nombre a Fulano. Frunció el ceño lúgubrementemente, con aires de importancia, al pensar en las cartas que escribiría a los jefes de oficinas gubernamentales sobre "mi viejo amigo, Peter Walsh," y demás. Pero no llevaría a nada — nada permanente, debido a su carácter.

"En problemas con alguna mujer," dijo Lady Bruton. Todos habían adivinado que eso estaba en el fondo.

"Sin embargo," dijo Lady Bruton, ansiosa por dejar el tema, "escucharemos la historia completa de Peter mismo."

(El café estaba siendo muy lento en llegar).

"¿La dirección?" murmuró Hugh Whitbread; y hubo de inmediato una ondulación en la marea gris de servicio que rodeaba a Lady Bruton día y noche, recolectando, interceptando, envolviéndola en un fino tejido que amortiguaba conmociones, mitigaba interrupciones, y extendía alrededor de

la casa en Brook Street una fina red donde las cosas se alojaban y eran recogidas con precisión, al instante, por el canoso Perkins, quien había estado con Lady Bruton estos treinta años y ahora escribía la dirección; la entregaba al Sr. Whitbread, quien sacaba su billetera, levantaba las cejas, y deslizando entre documentos de la más alta importancia, decía que conseguiría que Evelyn lo invitara a almorzar.

(Estaban esperando para traer el café hasta que el Sr. Whitbread hubiera terminado).

Hugh era muy lento, pensó Lady Bruton. Se estaba poniendo gordo, notó. Richard siempre se mantenía en perfecto estado físico. Ella estaba perdiendo la paciencia; todo su ser se estaba volviendo positiva, innegablemente, dominadoramente desplazando todo este innecesario enredo (Peter Walsh y sus asuntos) hacia ese tema que ocupaba su atención, y no solo su atención, sino esa fibra que era la espina dorsal de su alma, esa parte esencial de ella sin la cual Millicent Bruton no habría sido Millicent Bruton; ese proyecto de emigrar jóvenes de ambos sexos nacidos de padres respetables y establecerlos con una perspectiva justa de hacerlo bien en Canadá. Ella exageraba. Tal vez había perdido su sentido de la proporción. La emigración no era para otros el remedio obvio, la concepción sublime. No era para ellos (no para Hugh, ni Richard, ni siquiera para la devota Miss Brush) el liberador del egotismo contenido, que una mujer marcial fuerte, bien nutrida, bien descendida, de impulsos directos, sentimientos directos y poca capacidad introspectiva (ancha y simple—¿por qué no podía todo el mundo ser ancho y simple? se preguntaba) siente levantarse dentro de ella, una vez que la juventud ha pasado, y debe expulsar sobre algún objeto—puede ser Emigración, puede ser Emancipación; pero cualquiera que sea, este objeto alrededor del cual la esencia de su alma se segrega diariamente, se convierte inevitablemente en prismático, lustroso, mitad espejo, mitad piedra preciosa; ahora cuidadosamente oculto en caso de que la gente se burle de ello; ahora exhibido con orgullo. La emigración se había convertido, en resumen, en gran parte en Lady Bruton.

Pero tenía que escribir. Y una carta al Times, solía decirle a Miss Brush, le costaba más que organizar una expedición a Sudáfrica (lo cual había hecho en la guerra). Después de una batalla matutina comenzando, rompiendo, comenzando de nuevo, solía sentir la futilidad de su propia feminidad como la sentía en ninguna otra ocasión, y se volvía con gratitud al pensa-

miento de Hugh Whitbread quien poseía —nadie podía dudarlo— el arte de escribir cartas al Times.

Un ser tan diferente de ella, con tal dominio del lenguaje; capaz de expresar las cosas como les gusta a los editores; tenía pasiones que uno no podía llamar simplemente codicia. Lady Bruton a menudo suspendía su juicio sobre los hombres en deferencia al misterioso acuerdo en el que ellos, pero ninguna mujer, se encontraban con las leyes del universo; sabían cómo poner las cosas; sabían lo que se decía; de modo que si Richard la aconsejaba, y Hugh escribía por ella, estaba segura de estar de alguna manera en lo correcto. Así que dejó que Hugh comiera su soufflé; preguntó por la pobre Evelyn; esperó hasta que estuvieran fumando, y luego dijo,

"Milly, ¿irías por los papeles?"

Y Miss Brush salió, regresó; colocó los papeles sobre la mesa; y Hugh sacó su pluma estilográfica; su estilográfica plateada, que había servido durante veinte años, dijo, desenroscando la tapa. Todavía estaba en perfecto estado; se la había mostrado a los fabricantes; no había razón, dijeron, por la que nunca se desgastaría; lo cual de alguna manera era mérito de Hugh, y del mérito de los sentimientos que su pluma expresaba (así lo sentía Richard Dalloway) mientras Hugh comenzaba cuidadosamente a escribir letras mayúsculas con anillos alrededor en el margen, y así maravillosamente reducía los enredos de Lady Bruton a sentido, a gramática tal como el editor del Times, sentía Lady Bruton, observando la maravillosa transformación, debía respetar. Hugh era lento. Hugh era pertinaz. Richard decía que uno debía tomar riesgos. Hugh proponía modificaciones en deferencia a los sentimientos de la gente, que, dijo con cierta aspereza cuando Richard se reía, "debían ser considerados," y leía en voz alta "cómo, por lo tanto, somos de la opinión de que los tiempos están maduros . . . la juventud superflua de nuestra población en constante aumento . . . lo que debemos a los muertos . . ." lo cual Richard consideraba todo relleno y tonterías, pero sin daño en ello, por supuesto, y Hugh continuó redactando sentimientos en orden alfabético de la más alta nobleza, sacudiendo la ceniza del cigarro de su chaleco, y resumiendo de vez en cuando el progreso que habían hecho hasta que, finalmente, leyó el borrador de una carta que Lady Bruton sentía que ciertamente era una obra maestra. ¿Podría su propio significado sonar así?

Hugh no podía garantizar que el editor la publicara; pero se encontraría con alguien en el almuerzo.

Entonces Lady Bruton, que rara vez hacía algo gracioso, llenó su vestido con todos los claveles de Hugh, y extendiendo sus manos lo llamó "¡Mi Primer Ministro!" Qué habría hecho sin ellos dos no lo sabía. Se levantaron. Y Richard Dalloway se fue como de costumbre a echar un vistazo al retrato del General, porque pensaba, siempre que tuviera un momento de ocio, escribir una historia de la familia de Lady Bruton.

Y Millicent Bruton estaba muy orgullosa de su familia. Pero podían esperar, podían esperar, dijo, mirando la foto; significando que su familia, de hombres militares, administradores, almirantes, había sido de hombres de acción, que habían cumplido con su deber; y el primer deber de Richard era con su país, pero era un rostro fino, dijo; y todos los papeles estaban listos para Richard en Aldmixton cuando llegara el momento; el Gobierno Laborista quería decir. "¡Ah, las noticias de la India!" exclamó.

Y luego, mientras estaban en el vestíbulo tomando guantes amarillos del cuenco en la mesa de malaquita y Hugh ofrecía a Miss Brush con una cortesía completamente innecesaria algún boleto desechado u otro cumplido, que ella detestaba desde el fondo de su corazón y se sonrojaba de rojo ladrillo, Richard se volvió hacia Lady Bruton, con su sombrero en la mano, y dijo,

"¿Nos veremos en nuestra fiesta esta noche?" ante lo cual Lady Bruton retomó la magnificencia que la escritura de cartas había destrozado. Podría venir; o podría no venir. Clarissa tenía una energía maravillosa. Las fiestas aterrorizaban a Lady Bruton. Pero entonces, estaba envejeciendo. Así lo insinuó, de pie en su puerta; elegante; muy erguida; mientras su chow se estiraba detrás de ella, y Miss Brush desaparecía en el fondo con las manos llenas de papeles.

Y Lady Bruton subió pesadamente, majestuosa, a su habitación, se recostó, con un brazo extendido, en el sofá. Suspiró, roncó, no porque estuviera dormida, solo somnolienta y pesada, somnolienta y pesada, como un campo de trébol al sol este caluroso día de junio, con las abejas yendo de un lado a otro y las mariposas amarillas. Siempre volvía a esos campos en Devonshire, donde había saltado los arroyos en Patty, su poni, con Mortimer y Tom, sus hermanos. Y allí estaban los perros; allí estaban las ratas; allí estaban su padre y su madre en el césped bajo los árboles, con las cosas del té fuera, y

las camas de dalias, las malvarrosas, la hierba de la pampa; y ellos, pequeños bribones, ¡siempre metidos en alguna travesura! volviendo a hurtadillas por el matorral, para no ser vistos, todos empapados de alguna travesura. ¡Lo que decía la vieja niñera sobre sus vestidos!

Ah, querida, recordó—era miércoles en Brook Street. Esos buenos y amables muchachos, Richard Dalloway, Hugh Whitbread, habían cruzado este caluroso día las calles cuyo rugido llegaba hasta ella recostada en el sofá. El poder era suyo, la posición, los ingresos. Había vivido a la vanguardia de su tiempo. Había tenido buenos amigos; conocido a los hombres más capaces de su época. Londres murmurante fluía hacia ella, y su mano, apoyada en el respaldo del sofá, se curvaba sobre alguna batuta imaginaria que sus abuelos podrían haber sostenido, sosteniendo la cual parecía, somnolienta y pesada, estar comandando batallones marchando hacia Canadá, y esos buenos muchachos caminando por Londres, ese territorio suyo, ese pequeño trozo de alfombra, Mayfair.

Y se alejaban más y más de ella, estando unidos a ella por un delgado hilo (desde que habían almorzado con ella) que se estiraba y estiraba, se hacía más y más delgado a medida que caminaban por Londres; como si los amigos de uno estuvieran unidos al cuerpo de uno, después de almorzar con ellos, por un delgado hilo, que (mientras ella dormía allí) se volvía nebuloso con el sonido de las campanas, marcando la hora o llamando al servicio, como un solo hilo de araña se emborrona con gotas de lluvia, y, cargado, se inclina. Así durmió.

Y Richard Dalloway y Hugh Whitbread dudaron en la esquina de Conduit Street en el mismo momento en que Millicent Bruton, acostada en el sofá, dejó que el hilo se rompiera; roncó. Vientos contrarios azotaban la esquina de la calle. Miraron un escaparate; no querían comprar ni hablar sino separarse, solo que con vientos contrarios azotando la esquina de la calle, con algún tipo de lapso en las mareas del cuerpo, dos fuerzas encontrándose en un remolino, mañana y tarde, se detuvieron. Algún cartel de periódico se elevó en el aire, valientemente, como una cometa al principio, luego se detuvo, se precipitó, aleteó; y el velo de una dama colgaba. Toldos amarillos temblaban. La velocidad del tráfico matutino disminuyó, y carros individuales traqueteaban descuidadamente por calles medio vacías. En Norfolk, de lo cual Richard Dalloway estaba medio pensando, un viento suave y cálido soplaba hacia atrás los pétalos; confundía las aguas; alborotaba las hierbas

floridas. Segadores de heno, que se habían acomodado bajo los setos para dormir el trabajo de la mañana, apartaban cortinas de hojas verdes; movían globos temblorosos de perejil de vaca para ver el cielo; el azul, el firme, el abrasador cielo de verano.

Consciente de que estaba mirando una taza jacobea de dos asas de plata, y de que Hugh Whitbread admiraba condescendentemente con aires de conocedor un collar español que pensaba preguntar el precio en caso de que a Evelyn le gustara—todavía Richard estaba torpe; no podía pensar o moverse. La vida había arrojado estos escombros; escaparates llenos de pasta de colores, y uno estaba rígido con la letargia de los viejos, rígido con la rigidez de los viejos, mirando dentro. A Evelyn Whitbread podría gustarle comprar este collar español—puede ser. Debía bostezar. Hugh iba a entrar en la tienda.

"¡Está bien!" dijo Richard, siguiéndolo.

Dios sabe que no quería ir a comprar collares con Hugh. Pero hay mareas en el cuerpo. La mañana encuentra la tarde. Llevado como un frágil esquife en profundas, profundas inundaciones, el bisabuelo de Lady Bruton y sus memorias y sus campañas en América del Norte fueron hundidos y sumergidos. Y Millicent Bruton también. Ella se hundió. A Richard no le importaba un comino lo que pasara con la Emigración; sobre esa carta, si el editor la publicaba o no. El collar colgaba estirado entre los admirables dedos de Hugh. Que se lo dé a una chica, si tiene que comprar joyas—a cualquier chica, cualquier chica en la calle. Pues la inutilidad de esta vida golpeaba a Richard bastante fuertemente—comprando collares para Evelyn. Si hubiera tenido un hijo, habría dicho, Trabaja, trabaja. Pero tenía a su Elizabeth; adoraba a su Elizabeth.

"Me gustaría ver al señor Dubonnet", dijo Hugh con su forma cortante y mundana. Resulta que este Dubonnet tenía las medidas del cuello de la señora Whitbread o, más extraño aún, conocía sus opiniones sobre la joyería española y la extensión de sus posesiones en esa línea (que Hugh no podía recordar). Todo esto le parecía terriblemente extraño a Richard Dalloway. Porque él nunca le daba regalos a Clarissa, excepto una pulsera hace dos o tres años, que no había sido un éxito. Ella nunca la usaba. Le dolía recordar que ella nunca la usaba. Y así como el hilo de una araña, después de vacilar aquí y allá, se adhiere al punto de una hoja, la mente de Richard, recuperán-

dose de su letargo, se centró ahora en su esposa, Clarissa, a quien Peter Walsh había amado tan apasionadamente; y Richard tuvo una visión repentina de ella en el almuerzo; de él mismo y Clarissa; de su vida juntos; y acercó la bandeja de joyas antiguas hacia él, y tomando primero este broche y luego ese anillo, "¿Cuánto cuesta eso?" preguntó, pero dudó de su propio gusto. Quería abrir la puerta del salón y entrar sosteniendo algo; un regalo para Clarissa. ¿Solo qué? Pero Hugh estaba de pie otra vez. Era indescriptiblemente pomposo. Realmente, después de tratar aquí durante treinta y cinco años, no iba a ser rechazado por un simple muchacho que no sabía su oficio. Porque Dubonnet, al parecer, estaba fuera, y Hugh no compraría nada hasta que el señor Dubonnet decidiera estar presente; ante lo cual el joven se sonrojó e hizo una pequeña reverencia correcta. Todo era perfectamente correcto. Y, sin embargo, Richard no habría podido decir eso para salvar su vida. ¡Por qué estas personas soportaban esa maldita insolencia no podía concebirlo! Hugh se estaba volviendo un asno intolerable. Richard Dalloway no podía soportar más de una hora de su compañía. Y, agitándose su sombrero hongo a modo de despedida, Richard giró en la esquina de Conduit Street ansioso, sí, muy ansioso, por recorrer ese hilo de araña de apego entre él y Clarissa; iría directamente a ella, en Westminster.

Pero quería entrar sosteniendo algo. ¿Flores? Sí, flores, ya que no confiaba en su gusto en el oro; cualquier cantidad de flores, rosas, orquídeas, para celebrar lo que era, considerando las cosas como uno quiera, un evento; este sentimiento sobre ella cuando hablaron de Peter Walsh en el almuerzo; y nunca hablaban de ello; no habían hablado de ello en años; lo cual, pensó, agarrando sus rosas rojas y blancas juntas (un gran ramo envuelto en papel de seda), es el mayor error del mundo. Llega el momento en que no se puede decir; uno es demasiado tímido para decirlo, pensó, guardando su seis peniques o dos de cambio, partiendo con su gran ramo sostenido contra su cuerpo hacia Westminster para decir directamente en tantas palabras (sin importar lo que ella pensara de él), extendiendo sus flores, "Te amo". ¿Por qué no? Realmente fue un milagro pensar en la guerra, y miles de pobres muchachos, con todas sus vidas por delante, apilados juntos, ya medio olvidados; fue un milagro. Aquí estaba él caminando por Londres para decirle a Clarissa en tantas palabras que la amaba. Lo cual nunca se dice, pensó. En parte uno es perezoso; en parte uno es tímido. Y Clarissa—era difícil pensar en ella; excepto en arranques, como en el almuerzo, cuando la vio bastante claramente; toda su vida. Se detuvo en el cruce; y repitió—siendo sencillo

por naturaleza, y no corrompido, porque había marchado, y disparado; siendo tenaz y obstinado, habiendo defendido a los oprimidos y seguido sus instintos en la Cámara de los Comunes; conservado en su simplicidad pero al mismo tiempo volviéndose más bien sin palabras, más bien rígido—repitió que era un milagro que se hubiera casado con Clarissa; un milagro—su vida había sido un milagro, pensó; dudando en cruzar. Pero le hervía la sangre al ver a pequeñas criaturas de cinco o seis años cruzando Piccadilly solas. La policía debería haber detenido el tráfico de inmediato. No tenía ilusiones sobre la policía de Londres. De hecho, estaba recopilando pruebas de sus malas prácticas; y esos vendedores ambulantes, a los que no se les permitía tener sus carretillas en las calles; y prostitutas, Dios mío, la culpa no era de ellas, ni de los jóvenes tampoco, sino de nuestro detestable sistema social y demás; todo lo cual consideraba, se le podía ver considerando, gris, obstinado, elegante, limpio, mientras cruzaba el parque para decirle a su esposa que la amaba.

Porque lo diría en tantas palabras, cuando entrara en la habitación. Porque es una lástima nunca decir lo que uno siente, pensó, cruzando Green Park y observando con placer cómo a la sombra de los árboles familias enteras, familias pobres, se extendían; niños pateando sus piernas; chupando leche; bolsas de papel esparcidas, que podrían recogerse fácilmente (si la gente se quejaba) por uno de esos caballeros gordos con librea; porque él era de la opinión de que todos los parques y todas las plazas, durante los meses de verano, deberían estar abiertos a los niños (la hierba del parque se ruborizaba y desvanecía, iluminando a las pobres madres de Westminster y sus bebés que gateaban, como si una lámpara amarilla se moviera debajo). Pero ¿qué se podría hacer por las vagabundas como esa pobre criatura, estirada sobre su codo (como si se hubiera arrojado a la tierra, despojada de todos los lazos, para observar curiosamente, especular audazmente, considerar los porqués y los cómo, insolente, de labios sueltos, humorística), no lo sabía. Llevando sus flores como un arma, Richard Dalloway se le acercó; pasó intencionadamente; todavía había tiempo para una chispa entre ellos—ella se rió al verlo, él sonrió de buen humor, considerando el problema de la vagabunda; no es que alguna vez hablarían. Pero le diría a Clarissa que la amaba, en tantas palabras. Había, una vez, sentido celos de Peter Walsh; celos de él y Clarissa. Pero ella le había dicho a menudo que había hecho bien en no casarse con Peter Walsh; lo cual, conociendo a Clarissa, era obviamente cierto; ella quería apoyo. No es que fuera débil; pero quería apoyo.

En cuanto al Palacio de Buckingham (como una vieja prima donna enfrentando al público toda de blanco) no se puede negar que tiene cierta dignidad, consideraba, ni despreciar lo que, después de todo, representa para millones de personas (una pequeña multitud estaba esperando en la puerta para ver salir al Rey) un símbolo, aunque sea absurdo; un niño con una caja de ladrillos podría haber hecho algo mejor, pensó; mirando el monumento a la reina Victoria (a quien podía recordar en sus gafas de cuerno conduciendo por Kensington), su montículo blanco, su maternidad ondulante; pero le gustaba ser gobernado por el descendiente de Horsa; le gustaba la continuidad; y la sensación de transmitir las tradiciones del pasado. Era una gran época en la que haber vivido. De hecho, su propia vida era un milagro; que no hubiera ningún error al respecto; allí estaba, en la flor de la vida, caminando hacia su casa en Westminster para decirle a Clarissa que la amaba. La felicidad es esto, pensó.

Es esto, dijo, mientras entraba en Dean's Yard. Big Ben estaba comenzando a sonar, primero la advertencia, musical; luego la hora, irrevocable. Las fiestas de almuerzo desperdician toda la tarde, pensó, acercándose a su puerta.

El sonido de Big Ben inundó el salón de Clarissa, donde ella estaba sentada, muy molesta, en su escritorio; preocupada; molesta. Era perfectamente cierto que no había invitado a Ellie Henderson a su fiesta; pero lo había hecho a propósito. Ahora la señora Marsham escribió "le había dicho a Ellie Henderson que invitaría a Clarissa— Ellie tenía muchas ganas de venir".

¿Pero por qué debería invitar a todas las mujeres aburridas de Londres a sus fiestas? ¿Por qué debería interferir la señora Marsham? Y allí estaba Elizabeth encerrada todo este tiempo con Doris Kilman. No podía concebir nada más nauseabundo. Oración a esta hora con esa mujer. Y el sonido de la campana inundó la habitación con su ola melancólica; que se retiró, y se reunió para caer una vez más, cuando oyó, distraídamente, algo frotando, algo rascando en la puerta. ¿Quién a esta hora? ¡Las tres, Dios mío! ¡Ya eran las tres! Pues con una directriz y dignidad abrumadoras el reloj marcó las tres; y no oyó nada más; pero el picaporte giró y entró Richard. ¡Qué sorpresa! Entró Richard, sosteniendo flores. Ella le había fallado una vez en Constantinopla; y Lady Bruton, de quien se decía que sus almuerzos eran extraordinariamente divertidos, no la había invitado. Él estaba sosteniendo

flores —rosas, rosas rojas y blancas. (Pero no pudo decir que la amaba; no en tantas palabras).

Pero qué encantador, dijo ella, tomando sus flores. Ella entendió; entendió sin que él hablara; su Clarissa. Las puso en jarrones sobre la repisa de la chimenea. ¡Qué hermosas se veían! dijo ella. ¿Y fue divertido? preguntó. ¿Lady Bruton preguntó por ella? Peter Walsh había vuelto. La señora Mars- ham había escrito. ¿Debía invitar a Ellie Henderson? Esa mujer Kilman es- taba arriba.

"Pero sentémonos cinco minutos", dijo Richard.

Todo parecía tan vacío. Todas las sillas estaban contra la pared. ¿Qué ha- bían estado haciendo? Oh, era para la fiesta; no, él no había olvidado, la fiesta. Peter Walsh había vuelto. Oh sí; ella lo había recibido. Y él iba a di- vorciarse; y estaba enamorado de alguna mujer por allá. Y no había cambia- do en lo más mínimo. Allí estaba ella, remendando su vestido...

"Pensando en Bourton", dijo ella.

"Hugh estuvo en el almuerzo", dijo Richard. ¡Ella también lo había visto! Bueno, se estaba volviendo absolutamente intolerable. Comprando collares para Evelyn; más gordo que nunca; un asno intolerable.

"Y se me ocurrió 'podría haberte casado contigo'", dijo ella, pensando en Peter sentado allí con su pequeña corbata de lazo; con ese cuchillo, abrién- dolo, cerrándolo. "Tal como siempre fue, ya sabes".

Estaban hablando de él en el almuerzo, dijo Richard. (Pero no pudo de- cirle que la amaba. Le tomó la mano. La felicidad es esto, pensó). Habían estado escribiendo una carta al Times para Millicent Bruton. Eso era todo para lo que Hugh servía.

"¿Y nuestra querida señorita Kilman?" preguntó. Clarissa pensó que las rosas eran absolutamente hermosas; primero agrupadas; ahora, por su pro- pia cuenta, comenzando a separarse.

"Kilman llega justo cuando hemos terminado el almuerzo", dijo ella. "Elizabeth se sonroja. Se encierran. Supongo que están rezando".

¡Dios! A él no le gustaba eso; pero estas cosas pasan si se les deja.

"Con un impermeable y un paraguas", dijo Clarissa.

No había dicho "te amo"; pero él le tomó la mano. La felicidad es esto, esto es, pensó.

"¿Pero por qué debería invitar a todas las mujeres aburridas de Londres a mis fiestas?" dijo Clarissa. ¿Y si la señora Marsham daba una fiesta, invitaba a sus invitados?

"Pobre Ellie Henderson", dijo Richard—era muy extraño cuánto le importaban a Clarissa sus fiestas, pensó.

Pero Richard no tenía noción de la apariencia de una habitación. Sin embargo, ¿qué iba a decir?

Si ella se preocupaba por estas fiestas, no la dejaría darlas. ¿Deseaba ella haberse casado con Peter? Pero él debía irse.

Debía irse, dijo, levantándose. Pero se quedó por un momento como si estuviera a punto de decir algo; y ella se preguntó ¿qué? ¿Por qué? Allí estaban las rosas.

"¿Algún Comité?" preguntó ella, mientras él abría la puerta.

"Armenios", dijo él; o tal vez eran "Albaneses".

Y hay una dignidad en las personas; una soledad; incluso entre marido y mujer hay un abismo; y eso uno debe respetarlo, pensó Clarissa, viéndolo abrir la puerta; porque uno no se separaría de ello, ni lo tomaría, contra su voluntad, de su esposo, sin perder su independencia, su auto respeto—algo, después de todo, invaluable.

Él regresó con una almohada y una manta.

"Una hora de descanso completo después del almuerzo", dijo. Y se fue.

¡Qué típico de él! Seguiría diciendo "Una hora de descanso completo después del almuerzo" hasta el fin de los tiempos, porque un médico lo había ordenado una vez. Era típico de él tomar lo que los médicos decían literalmente; parte de su adorable, divina simplicidad, que nadie tenía en la misma medida; lo que lo hacía ir y hacer las cosas mientras ella y Peter perdían el tiempo discutiendo. Él ya estaba a medio camino de la Cámara de los Comunes, con sus armenios, sus albaneses, habiéndola acomodado en el sofá, mirando sus rosas. Y la gente diría, "Clarissa Dalloway está mimada". Ella se preocupaba mucho más por sus rosas que por los armenios. Perse-

guidos hasta la extinción, mutilados, congelados, las víctimas de la crueldad y la injusticia (ella había oído a Richard decir eso una y otra vez)—no, ella no podía sentir nada por los albaneses, o eran los armenios? pero amaba sus rosas (¿no ayudaba eso a los armenios?)—las únicas flores que podía soportar ver cortadas. Pero Richard ya estaba en la Cámara de los Comunes; en su Comité, habiendo resuelto todas sus dificultades. Pero no; lamentablemente, eso no era cierto. Él no veía las razones en contra de invitar a Ellie Henderson. Lo haría, por supuesto, como él lo deseaba. Dado que había traído las almohadas, se acostaría. . . Pero—pero—¿por qué de repente se sentía, sin razón que pudiera descubrir, desesperadamente infeliz? Como una persona que ha dejado caer algún grano de perla o diamante en la hierba y aparta con mucho cuidado las hojas altas, de un lado a otro, buscando aquí y allá en vano, y finalmente lo descubre en las raíces, así pasó por una cosa y otra; no, no era Sally Seton diciendo que Richard nunca estaría en el Gabinete porque tenía un cerebro de segunda clase (eso volvió a ella); no, eso no le importaba; tampoco tenía que ver con Elizabeth y Doris Kilman; esos eran hechos. Era un sentimiento, algún sentimiento desagradable, quizás más temprano en el día; algo que Peter había dicho, combinado con alguna depresión propia, en su dormitorio, quitándose el sombrero; y lo que Richard había dicho había añadido a ello, pero ¿qué había dicho? Allí estaban sus rosas. ¡Sus fiestas! ¡Eso era! ¡Sus fiestas! Ambos la criticaban muy injustamente, se reían de ella muy injustamente, por sus fiestas. ¡Eso era! ¡Eso era!

Bien, ¿cómo iba a defenderse? Ahora que sabía qué era, se sentía perfectamente feliz. Pensaban, o Peter al menos pensaba, que ella disfrutaba imponiéndose; le gustaba tener gente famosa a su alrededor; grandes nombres; era simplemente una snob, en resumen. Bueno, Peter podía pensar eso. Richard simplemente pensaba que era una tontería de su parte gustarle la emoción cuando sabía que era malo para su corazón. Era infantil, pensaba él. Y ambos estaban completamente equivocados. Lo que le gustaba era simplemente la vida.

"Para eso lo hago", dijo, hablando en voz alta, a la vida.

Dado que estaba acostada en el sofá, recluida, exenta, la presencia de esta cosa que sentía tan obvia se volvió físicamente existente; con ropajes de sonido de la calle, soleado, con aliento caliente, susurrante, soplando las cortinas. Pero supongamos que Peter le decía, "Sí, sí, pero tus fiestas—¿qué sen-

tido tienen tus fiestas?" todo lo que ella podría decir era (y nadie podría esperarse que entendiera): Son una ofrenda; lo cual sonaba terriblemente vago. Pero ¿quién era Peter para hacer ver que la vida era todo llano? — Peter siempre enamorado, siempre enamorado de la mujer equivocada. ¿Qué es tu amor? podría decirle ella. Y ella sabía su respuesta; cómo es la cosa más importante del mundo y ninguna mujer posiblemente la entiende. Muy bien. Pero ¿podría algún hombre entender lo que ella quería decir también? sobre la vida? No podía imaginar a Peter o a Richard tomándose la molestia de dar una fiesta sin razón alguna.

Pero profundizando más, debajo de lo que la gente decía (y estos juicios, ¡qué superficiales, qué fragmentarios son!) en su propia mente ahora, ¿qué significaba para ella, esta cosa que llamaba vida? Oh, era muy extraña. Aquí estaba Fulano en South Kensington; alguien en Bayswater; y otra persona, digamos, en Mayfair. Y sentía continuamente una sensación de su existencia; y sentía que era un desperdicio; y sentía que era una pena; y sentía que si solo pudieran reunirse; entonces ella lo hacía. Y era una ofrenda; combinar, crear; ¿pero para quién?

Una ofrenda por el simple hecho de ofrecer, tal vez. De todos modos, era su don. No tenía nada más de la menor importancia; no podía pensar, escribir, ni siquiera tocar el piano. Confundía a los armenios y los turcos; amaba el éxito; odiaba la incomodidad; debía ser gustada; hablaba océanos de tonterías; y hasta el día de hoy, pregúntale qué es el Ecuador, y no lo sabía.

Aún así, que un día siga a otro; miércoles, jueves, viernes, sábado; que uno se despierte por la mañana; vea el cielo; camine en el parque; se encuentre con Hugh Whitbread; luego de repente entre Peter; luego estas rosas; era suficiente. Después de eso, ¡qué increíble era la muerte! — que debía terminar; y nadie en todo el mundo sabría cómo había amado todo esto; cómo, cada instante...

La puerta se abrió. Elizabeth sabía que su madre estaba descansando. Entró muy silenciosamente. Se quedó perfectamente quieta. ¿Sería que algún mongol había naufragado en la costa de Norfolk (como decía la señora Hilbery), se había mezclado con las damas Dalloway, quizás, hace cien años? Porque los Dalloway, en general, eran rubios; de ojos azules; Elizabeth, en cambio, era morena; tenía ojos chinos en un rostro pálido; un misterio oriental; era amable, considerada, tranquila. De niña, tenía un sentido del

humor perfecto; pero ahora, a los diecisiete años, por qué, Clarissa no podía entenderlo en lo más mínimo, se había vuelto muy seria; como un jacinto, envuelto en un verde brillante, con brotes apenas teñidos, un jacinto que no había recibido sol.

Se quedó muy quieta y miró a su madre; pero la puerta estaba entreabierta, y afuera estaba la señorita Kilman, como sabía Clarissa; la señorita Kilman con su impermeable, escuchando lo que decían.

Sí, la señorita Kilman estaba en el rellano y llevaba un impermeable; pero tenía sus razones. Primero, era barato; segundo, tenía más de cuarenta años; y no se vestía, después de todo, para agradar. Además, era pobre; degradantemente pobre. De lo contrario, no estaría tomando trabajos de gente como los Dalloway; de gente rica, que le gustaba ser amable. El señor Dalloway, para hacerle justicia, había sido amable. Pero la señora Dalloway no lo había sido. Ella había sido simplemente condescendiente. Venía de la más inútil de todas las clases—los ricos, con un poco de cultura. Tenían cosas caras en todas partes; cuadros, alfombras, muchos sirvientes. Ella consideraba que tenía un derecho perfecto a cualquier cosa que los Dalloway hicieran por ella.

Había sido engañada. Sí, la palabra no era una exageración, porque seguramente una chica tiene derecho a algún tipo de felicidad. Y ella nunca había sido feliz, siendo tan torpe y tan pobre. Y luego, justo cuando podría haber tenido una oportunidad en la escuela de la señorita Dolby, llegó la guerra; y nunca había podido mentir. La señorita Dolby pensó que sería más feliz con personas que compartieran sus opiniones sobre los alemanes. Había tenido que irse. Es cierto que la familia era de origen alemán; deletreaban el nombre Kiehlman en el siglo XVIII; pero su hermano había sido asesinado. La echaron porque no quería fingir que los alemanes eran todos villanos—cuando tenía amigos alemanes, cuando los únicos días felices de su vida habían sido pasados en Alemania. Y después de todo, ella podía leer historia. Había tenido que aceptar lo que pudiera encontrar. El señor Dalloway la había encontrado trabajando para los Amigos. Le había permitido (y eso era realmente generoso de su parte) enseñar historia a su hija. También daba algunas conferencias de Extensión y demás. Entonces Nuestro Señor había venido a ella (y aquí siempre inclinaba la cabeza). Había visto la luz hace dos años y tres meses. Ahora no envidiaba a mujeres como Clarissa Dalloway; las compadecía.

Las compadecía y las despreciaba desde el fondo de su corazón, mientras estaba de pie en la suave alfombra, mirando la vieja estampa de una niña con un manguito. Con todo este lujo a su alrededor, ¿qué esperanza había para un estado mejor de las cosas? En lugar de estar recostada en un sofá — "Mi madre está descansando", había dicho Elizabeth— debería haber estado en una fábrica; detrás de un mostrador; ¡la señora Dalloway y todas las demás damas elegantes!

Amarga y ardiente, la señorita Kilman había entrado en una iglesia hace dos años y tres meses. Había escuchado al reverendo Edward Whittaker predicar; a los chicos cantar; había visto las luces solemnes descender, y ya fuera por la música, o las voces (ella misma cuando estaba sola por la noche encontraba consuelo en un violín; pero el sonido era exasperante; no tenía oído), los sentimientos calientes y turbulentos que hervían y se agitaban en ella se habían calmado mientras se sentaba allí, y había llorado copiosamente, y había ido a visitar al señor Whittaker en su casa privada en Kensington. Era la mano de Dios, dijo. El Señor le había mostrado el camino. Así que ahora, siempre que los sentimientos calientes y dolorosos hervían dentro de ella, este odio hacia la señora Dalloway, este resentimiento contra el mundo, pensaba en Dios. Pensaba en el señor Whittaker. La ira era sucedida por la calma. Un dulce sabor llenaba sus venas, sus labios se entreabrían, y, de pie formidable en el rellano con su impermeable, miraba con una serenidad firme y siniestra a la señora Dalloway, que salió con su hija.

Elizabeth dijo que había olvidado sus guantes. Eso era porque la señorita Kilman y su madre se odiaban. No podía soportar verlas juntas. Corrió escaleras arriba a buscar sus guantes.

Pero la señorita Kilman no odiaba a la señora Dalloway. Volviendo sus grandes ojos de color grosella hacia Clarissa, observando su pequeño rostro rosado, su delicado cuerpo, su aire de frescura y moda, la señorita Kilman sintió, ¡Tonta! ¡Simplona! Tú, que no has conocido ni el dolor ni el placer; ¡que has perdido tu vida! Y en ella surgió un deseo abrumador de vencerla; desenmascararla. Si hubiera podido derribarla, la habría aliviado. Pero no era el cuerpo; era el alma y su burla lo que deseaba someter; hacer sentir su dominio. Si solo pudiera hacerla llorar; podría arruinarla; humillarla; hacerla caer de rodillas llorando, ¡Tienes razón! Pero esta era la voluntad de Dios, no la de la señorita Kilman. Iba a ser una victoria religiosa. Así que ella miraba con fiereza; así miraba con odio.

Clarissa estaba realmente sorprendida. ¿Esta una cristiana—esta mujer? ¿Esta mujer había alejado a su hija de ella! ¿Ella en contacto con presencias invisibles? Pesada, fea, común, sin amabilidad ni gracia, ¿ella conocería el significado de la vida?

"¿Llevarás a Elizabeth a las tiendas?" dijo la señora Dalloway.

La señorita Kilman dijo que sí. Se quedaron allí. La señorita Kilman no iba a ser agradable. Siempre había ganado su propio sustento. Su conocimiento de la historia moderna era extremadamente profundo. Ella apartaba de su modesto ingreso una parte para las causas en las que creía; mientras que esta mujer no hacía nada, no creía en nada; educaba a su hija—pero allí estaba Elizabeth, algo sin aliento, la chica hermosa.

Así que iban a las tiendas. Era extraño, mientras la señorita Kilman estaba allí (y estaba de pie con el poder y la taciturnidad de algún monstruo prehistórico armado para la guerra primitiva), cómo, segundo a segundo, la idea de ella disminuía, cómo el odio (que era hacia las ideas, no las personas) se desmoronaba, cómo perdía su malignidad, su tamaño, se volvía, segundo a segundo, simplemente la señorita Kilman, con un impermeable, a quien, ¡Dios sabe!, Clarissa le habría gustado ayudar.

Ante este menguar del monstruo, Clarissa rió. Al despedirse, rió.

Se fueron juntas, la señorita Kilman y Elizabeth, escaleras abajo.

Con un impulso repentino, con una angustia violenta, porque esta mujer estaba alejando a su hija de ella, Clarissa se inclinó sobre la barandilla y gritó, "¡Recuerda la fiesta! ¡Recuerda nuestra fiesta de esta noche!"

Pero Elizabeth ya había abierto la puerta principal; pasaba una furgoneta; no respondió.

¡Amor y religión! pensó Clarissa, volviendo al salón, sintiendo una punzada por todo el cuerpo. ¡Qué detestables, qué detestables son! Porque ahora que el cuerpo de la señorita Kilman no estaba delante de ella, la idea la abrumaba. Las cosas más crueles del mundo, pensó, viéndolas torpes, ca-lientes, dominantes, hipócritas, entrometidas, celosas, infinitamente crueles e inescrupulosas, vestidas con un impermeable, en el rellano; amor y reli-gión. ¿Había intentado alguna vez convertir a alguien ella misma? ¿No deseaba que todos simplemente fueran ellos mismos? Y miró por la ventana a la anciana de enfrente subiendo las escaleras. Que suba las escaleras si

quiere; que se detenga; luego que, como Clarissa la había visto a menudo, llegue a su dormitorio, aparte las cortinas y desaparezca de nuevo en el fondo. De alguna manera uno respetaba eso—esa anciana mirando por la ventana, completamente inconsciente de que estaba siendo observada. Había algo solemne en ello—pero el amor y la religión lo destruirían todo, lo que fuera, la privacidad del alma. La odiosa Kilman lo destruiría. Aun así, era una visión que le hacía querer llorar.

El amor también destruía. Todo lo que era fino, todo lo que era verdadero se iba. Toma a Peter Walsh ahora. Allí había un hombre, encantador, inteligente, con ideas sobre todo. Si querías saber sobre Pope, digamos, o Addison, o simplemente hablar tonterías, cómo era la gente, qué significaban las cosas, Peter sabía mejor que nadie. Fue Peter quien la ayudó; Peter quien le prestó libros. Pero mira a las mujeres que amaba—vulgares, triviales, comunes. Piensa en Peter enamorado—él vino a verla después de todos estos años, ¿y de qué habló? De sí mismo. ¡Horrible pasión! pensó ella. ¡Pasión degradante! pensó ella, pensando en Kilman y su Elizabeth caminando hacia las tiendas del Ejército y la Marina.

Big Ben dio la media hora.

Qué extraordinario era, extraño, sí, conmovedor, ver a la anciana (habían sido vecinas durante tantos años) moverse lejos de la ventana, como si estuviera atada a ese sonido, a ese hilo. Gigante como era, tenía algo que ver con ella. Abajo, abajo, hacia el centro de cosas ordinarias caía el dedo, haciendo el momento solemne. Ella se vio forzada, así imaginó Clarissa, por ese sonido, a moverse, a irse—¿pero a dónde? Clarissa trató de seguirla mientras ella giraba y desaparecía, y aún podía ver su gorro blanco moviéndose al fondo del dormitorio. Ella seguía allí moviéndose al otro lado de la habitación. ¿Por qué credos y oraciones y impermeables? cuando, pensó Clarissa, eso es el milagro, eso es el misterio; esa anciana, quiso decir, a quien podía ver yendo del tocador al tocador. Aún podía verla. Y el misterio supremo que Kilman podría decir que había resuelto, o Peter podría decir que había resuelto, pero Clarissa no creía que ninguno de ellos tuviera la menor idea de resolver, era simplemente esto: aquí había una habitación; allí otra. ¿Resolvía eso la religión, o el amor?

El amor—pero aquí el otro reloj, el reloj que siempre daba dos minutos después de Big Ben, se metió con su falda llena de baratijas, que descargó

como si Big Ben estuviera bien con su majestad imponiendo la ley, tan solemne, tan justo, pero debía recordar toda clase de pequeñas cosas además —la señora Marsham, Ellie Henderson, vasos para helados— toda clase de pequeñas cosas que llegaron inundando y danzando tras ese solemne golpe que yacía plano como una barra de oro en el mar. La señora Marsham, Ellie Henderson, vasos para helados. Ella debía telefonar ahora mismo.

Volublemente, problemáticamente, sonó el reloj tardío, entrando tras Big Ben, con su falda llena de bagatelas. Sacudidas, rotas por el asalto de carros, la brutalidad de furgonetas, el avance ávido de miríadas de hombres angulares, de mujeres ostentosas, las cúpulas y agujas de oficinas y hospitales, los últimos restos de esta falda llena de baratijas parecían romperse, como el rocío de una ola agotada, sobre el cuerpo de la señorita Kilman parada en la calle por un momento para murmurar "Es la carne".

Era la carne la que debía controlar. Clarissa Dalloway la había insultado. Eso lo esperaba. Pero no había triunfado; no había dominado la carne. Fea, torpe, Clarissa Dalloway se había reído de ella por ser eso; y había revivido los deseos carnales, porque le importaba cómo se veía junto a Clarissa. Tampoco podía hablar como ella. Pero ¿por qué desear parecerse a ella? ¿Por qué? Despreciaba a la señora Dalloway desde el fondo de su corazón. No era seria. No era buena. Su vida era un tejido de vanidad y engaño. Sin embargo, Doris Kilman había sido vencida. De hecho, había estado a punto de estallar en lágrimas cuando Clarissa Dalloway se rió de ella. "Es la carne, es la carne," murmuró (siendo su costumbre hablar en voz alta) tratando de dominar este sentimiento turbulento y doloroso mientras caminaba por Victoria Street. Rezó a Dios. No podía evitar ser fea; no podía permitirse comprar ropa bonita. Clarissa Dalloway se había reído—pero concentraría su mente en otra cosa hasta llegar al buzón. De todos modos, había conseguido a Elizabeth. Pero pensaría en otra cosa; pensaría en Rusia; hasta llegar al buzón.

Qué agradable debe ser, dijo, en el campo, luchando, como le había dicho el señor Whittaker, con ese rencor violento contra el mundo que la había despreciado, se había burlado de ella, la había expulsado, comenzando con esta indignidad—la imposición de su cuerpo no amado que la gente no podía soportar ver. Arreglase su cabello como pudiera, su frente seguía siendo como un huevo, calva, blanca. Ninguna ropa le quedaba bien. Podría comprar cualquier cosa. Y para una mujer, por supuesto, eso significaba nunca

conocer al sexo opuesto. Nunca sería la primera para nadie. A veces, últimamente, le parecía que, excepto por Elizabeth, su comida era lo único por lo que vivía; sus comodidades; su cena, su té; su botella de agua caliente por la noche. Pero uno debía luchar; vencer; tener fe en Dios. El señor Whittaker había dicho que estaba allí por un propósito. Pero nadie conocía la agonía. Él dijo, señalando el crucifijo, que Dios sabía. Pero ¿por qué debía sufrir cuando otras mujeres, como Clarissa Dalloway, se escapaban? El conocimiento llega a través del sufrimiento, dijo el señor Whittaker.

Había pasado el buzón, y Elizabeth había entrado en el departamento de tabaco fresco y marrón de las tiendas del Ejército y la Marina mientras ella seguía murmurando para sí misma lo que el señor Whittaker había dicho sobre el conocimiento que llega a través del sufrimiento y la carne. "La carne," murmuró.

¿Qué departamento quería? Elizabeth la interrumpió.

"Enaguas," dijo abruptamente, y se dirigió directamente al ascensor.

Subieron. Elizabeth la guiaba de un lado a otro; la guiaba en su abstracción como si fuera una gran niña, un acorazado pesado. Allí estaban las enaguas, marrones, decorosas, a rayas, frívolas, sólidas, endebles; y ella eligió, en su abstracción, portentosa, y la chica que servía pensó que estaba loca.

Elizabeth se preguntaba, mientras hacían el paquete, en qué estaba pensando la señorita Kilman. Debían tomar su té, dijo la señorita Kilman, levantándose, recogiendo sus cosas. Tomaron su té.

Elizabeth se preguntaba si la señorita Kilman podría tener hambre. Era su forma de comer, comer con intensidad, luego mirar, una y otra vez, un plato de pasteles azucarados en la mesa al lado de ellos; luego, cuando una dama y un niño se sentaron y el niño tomó el pastel, ¿podría realmente importarle a la señorita Kilman? Sí, a la señorita Kilman le importaba. Había querido ese pastel—el rosa. El placer de comer era casi el único placer puro que le quedaba, y luego ser frustrada incluso en eso.

Cuando las personas son felices, tienen una reserva, le había dicho a Elizabeth, de la cual pueden extraer, mientras que ella era como una rueda sin neumático (le gustaban esas metáforas), sacudida por cada guijarro, así que decía quedándose después de la lección parada junto a la chimenea con su

bolsa de libros, su "cartera", la llamaba, un martes por la mañana, después de que la lección había terminado. Y también hablaba de la guerra. Después de todo, había personas que no pensaban que los ingleses tuvieran siempre razón. Había libros. Había reuniones. Había otros puntos de vista. ¿Le gustaría a Elizabeth ir con ella a escuchar a Fulano (un hombre de aspecto extraordinario)? Luego, la señorita Kilman la llevó a alguna iglesia en Kensington y tomaron el té con un clérigo. Le había prestado libros. Leyes, medicina, política, todas las profesiones están abiertas a las mujeres de tu generación, dijo la señorita Kilman. Pero para ella misma, su carrera estaba absolutamente arruinada y ¿era su culpa? Por Dios, dijo Elizabeth, no.

Y su madre venía llamando para decir que había llegado una canasta de Bourton y ¿le gustaría a la señorita Kilman unas flores? Para la señorita Kilman siempre era muy, muy agradable, pero la señorita Kilman aplastaba las flores todas juntas, y no tenía conversación trivial, y lo que interesaba a la señorita Kilman aburría a su madre, y la señorita Kilman y ella eran terribles juntas; y la señorita Kilman se hinchaba y se veía muy sencilla. Pero luego, la señorita Kilman era terriblemente inteligente. Elizabeth nunca había pensado en los pobres. Vivían con todo lo que querían,—su madre desayunaba en la cama todos los días; Lucy lo llevaba; y le gustaban las ancianas porque eran duquesas, y ser descendiente de algún lord. Pero la señorita Kilman dijo (uno de esos martes por la mañana cuando la lección había terminado), "Mi abuelo tenía una tienda de aceites y colores en Kensington". La señorita Kilman hacía que uno se sintiera tan pequeño.

La señorita Kilman tomó otra taza de té. Elizabeth, con su porte oriental, su misterio inescrutable, se sentó perfectamente erguida; no, no quería nada más. Buscó sus guantes—sus guantes blancos. Estaban bajo la mesa. Ah, pero ella no debía irse. ¡La señorita Kilman no podía dejarla ir! esta juventud, que era tan hermosa, esta chica, a quien genuinamente amaba. ¡Su gran mano se abría y cerraba sobre la mesa!

Pero tal vez era un poco plano de alguna manera, sintió Elizabeth. Y realmente le gustaría irse.

Pero dijo la señorita Kilman, "Todavía no he terminado del todo".

Por supuesto, entonces, Elizabeth esperaría. Pero estaba bastante sofocante aquí.

"¿Vas a la fiesta esta noche?" dijo la señorita Kilman. Elizabeth supuso que iría; su madre quería que fuera. No debía dejar que las fiestas la absorbieran, dijo la señorita Kilman, tocando los últimos dos centímetros de un éclair de chocolate.

No le gustaban mucho las fiestas, dijo Elizabeth. La señorita Kilman abrió la boca, proyectó ligeramente su barbilla, y tragó los últimos centímetros del éclair de chocolate, luego se limpió los dedos y enjuagó el té en su taza.

Estaba a punto de partirse, sintió. La agonía era tan terrible. Si pudiera agarrarla, si pudiera abrazarla, si pudiera hacerla suya absoluta y para siempre y luego morir; eso era todo lo que quería. Pero sentarse aquí, incapaz de pensar en nada que decir; ver a Elizabeth volviéndose en su contra; sentirse repulsiva incluso para ella—era demasiado; no podía soportarlo. Los gruesos dedos se encogieron hacia adentro.

"Yo nunca voy a fiestas", dijo la señorita Kilman, solo para evitar que Elizabeth fuera. "La gente no me invita a fiestas" —y sabía mientras lo decía que era este egoísmo lo que la estaba perjudicando; el señor Whittaker se lo había advertido; pero no podía evitarlo. Había sufrido tan horribilmente. "¿Por qué deberían invitarme?" dijo. "Soy sencilla, soy infeliz." Sabía que era idiota. Pero eran todas esas personas pasando—personas con paquetes que la despreciaban, que la hacían decir eso. Sin embargo, era Doris Kilman. Tenía su título. Era una mujer que había logrado abrirse camino en el mundo. Su conocimiento de la historia moderna era más que respetable.

"No me compadezco", dijo. "Compadezco" —pensó en decir "a tu madre" pero no, no podía, no a Elizabeth. "Compadezco a otras personas", dijo, "más".

Como una criatura muda que ha sido llevada a una puerta con un propósito desconocido, y se queda allí deseando galopar, Elizabeth Dalloway se sentó en silencio. ¿Iba a decir algo más la señorita Kilman?

"No me olvides del todo", dijo Doris Kilman; su voz tembló.

CAPÍTULO IX

Clarissa una vez, subiendo a la parte superior de un autobús con él a algún lugar, Clarissa al menos superficialmente, tan fácilmente movida, ahora en desesperación, ahora con el mejor ánimo, toda vibrante en esos días y tan buena compañía, detectando pequeñas escenas curiosas, nombres, personas desde la cima de un autobús, porque solían explorar Londres y regresar con bolsas llenas de tesoros del mercado de Caledonia—Clarissa tenía una teoría en esos días—tenían montones de teorías, siempre teorías, como los jóvenes tienen. Era para explicar la sensación de insatisfacción que tenían; de no conocer a la gente; de no ser conocidos. ¿Cómo podían conocerse unos a otros? Te encontrabas todos los días; luego no durante seis meses, o años. Era insatisfactorio, coincidieron, lo poco que uno conocía a las personas. Pero ella dijo, sentada en el autobús subiendo por Shaftesbury Avenue, que se sentía en todas partes; no "aquí, aquí, aquí"; y golpeaba el respaldo del asiento; sino en todas partes. Agitaba su mano, subiendo por Shaftesbury Avenue. Ella era todo eso. Así que, para conocerla a ella, o a cualquiera, uno debía buscar a las personas que los completaban; incluso los lugares. Tenía afinidades extrañas con personas con las que nunca había hablado, alguna mujer en la calle, algún hombre detrás de un mostrador—incluso árboles, o graneros. Terminaba en una teoría trascendental que, con su horror a la muerte, le permitía creer, o decir que creía (a pesar de todo su escepticismo), que dado que nuestras apariciones, la parte de nosotros que aparece, son tan momentáneas en comparación con la otra, la parte no vista de nosotros, que se extiende ampliamente, lo no visto podría sobrevivir, ser recuperado de alguna manera, unido a esta persona o aquella, o incluso rondando ciertos lugares después de la muerte... tal vez—tal vez.

Mirando hacia atrás en esa larga amistad de casi treinta años, su teoría funcionaba hasta este punto. Breves, rotas, a menudo dolorosas como habían sido sus encuentros reales, con sus ausencias e interrupciones (esta mañana, por ejemplo, llegó Elizabeth, como un potro de largas piernas, guapa, muda, justo cuando él comenzaba a hablar con Clarissa) el efecto de ellos en su vida era inmenso. Había un misterio en ello. Te daban un grano agudo, agudo, incómodo—el encuentro real; horriblemente doloroso a menudo; sin embargo, en ausencia, en los lugares más improbables, florecía, se abría, desprendía su aroma, te permitía tocar, probar, mirar a tu alrededor, obtener la sensación completa y comprensión, después de años de estar perdido. Así había llegado a él; a bordo del barco; en el Himalaya; sugerida por las cosas más extrañas (así que Sally Seton, ¡generosa, entusiasta ganso! pensaba en él cuando veía hortensias azules). Ella lo había influenciado más que cualquier persona que él había conocido. Y siempre de esta manera, presentándose ante él sin que él lo deseara, fresca, elegante, crítica; o arrebatadora, romántica, recordando algún campo o cosecha inglesa. La veía más a menudo en el campo, no en Londres. Una escena tras otra en Bourton...

Había llegado a su hotel. Cruzó el vestíbulo, con sus montones de sillas y sofás rojizos, sus plantas de hojas puntiagudas y aspecto marchito. Cogió su llave del gancho. La joven le entregó algunas cartas. Subió las escaleras—la veía más a menudo en Bourton, a finales del verano, cuando se quedaba allí una semana, o incluso una quincena, como la gente hacía en esos días. Primero en la cima de alguna colina allí ella estaría, con las manos en el cabello, su capa volando, señalando, gritando a ellos—veía el Severn debajo. O en un bosque, haciendo hervir la tetera—muy ineficaz con sus dedos; el humo haciendo reverencias, soplando en sus caras; su pequeño rostro rosado asomando; pidiendo agua a una anciana en una cabaña, que salía a la puerta para verlos ir. Siempre caminaban; los otros conducían. Ella se aburría de conducir, no le gustaban todos los animales, excepto ese perro. Caminaban millas a lo largo de los caminos. Ella se detenía para orientarse, lo guiaba de regreso a través del campo; y todo el tiempo discutían, discutían sobre poesía, discutían sobre personas, discutían sobre política (ella era una Radical entonces); nunca notaban nada excepto cuando se detenía, gritaba ante una vista o un árbol, y lo hacía mirar con ella; y así seguían, a través de campos de rastrojo, ella caminando delante, con una flor para su tía, nunca cansada de caminar a pesar de su delicadeza; para caer en Bourton al anochecer. Luego, después de la cena, el viejo Breitkopf abría el piano y canta-

ba sin ninguna voz, y ellos se hundían en sillones, tratando de no reír, pero siempre terminaban riendo, riendo—riéndose de nada. Breitkopf se suponía que no veía. Y luego en la mañana, coqueteando arriba y abajo como una lavandera frente a la casa...

¡Oh, era una carta de ella! Este sobre azul; esa era su letra. Y tendría que leerla. Aquí había otro de esos encuentros, ¡destinados a ser dolorosos! Leer su carta requería un esfuerzo tremendo. "Qué celestial fue verlo. Debía decírselo." Eso era todo.

Pero lo perturbó. Le molestó. Deseaba que no la hubiera escrito. Al llegar sobre sus pensamientos, fue como un codazo en las costillas. ¿Por qué no podía dejarlo en paz? Después de todo, se había casado con Dalloway, y había vivido con él en perfecta felicidad todos estos años.

Estos hoteles no son lugares consoladores. Todo lo contrario. Cualquier número de personas había colgado sus sombreros en esos ganchos. Incluso las moscas, si uno lo pensaba, se habían posado en las narices de otras personas. En cuanto a la limpieza que lo golpeó en la cara, no era tanto limpieza, como desnudez, frialdad; una cosa que tenía que ser. Alguna matrona árida hacía sus rondas al amanecer olfateando, mirando, haciendo que las criadas de nariz azul fregaran, como si el próximo visitante fuera un trozo de carne que se serviría en una bandeja perfectamente limpia. Para dormir, una cama; para sentarse, un sillón; para limpiarse los dientes y afeitarse la barbilla, un vaso, un espejo. Libros, cartas, bata de baño, resbalaban sobre la impersonalidad del pelo de caballo como impertinencias incongruentes. Y fue la carta de Clarissa la que le hizo ver todo esto. "Celestial verte. ¡Debía decirlo!" Doblo el papel; lo empujó lejos; ¡nada lo induciría a leerla de nuevo!

Para que esa carta le llegara a las seis en punto, ella debió haberse sentado y escrito directamente después de que él la dejó; la selló; envió a alguien a la oficina de correos. Era, como la gente dice, muy parecido a ella. Estaba molesta por su visita. Había sentido mucho; había, por un momento, cuando le besó la mano, lamentado, incluso envidiado, recordado posiblemente (porque la vio mirarlo) algo que él había dicho—cómo cambiarían el mundo si ella se casaba con él quizás; mientras que, era esto; era la mediana edad; era la mediocridad; entonces se obligó con su indomable vitalidad a dejar todo eso a un lado, habiendo en ella un hilo de vida que por su dureza,

resistencia, capacidad para superar obstáculos, y llevarla triunfante a través de él nunca había conocido algo igual. Sí; pero vendría una reacción directamente después de que él dejara la habitación. Ella se sentiría terriblemente apenada por él; pensaría en qué en el mundo podría hacer para darle placer (siempre corto de una cosa) y podía verla con lágrimas corriendo por sus mejillas yendo a su escritorio y escribiendo rápidamente esa única línea que él encontraría esperándolo... "¡Celestial verte!" Y lo decía en serio.

Peter Walsh ahora se había desabrochado las botas.

Pero no habría tenido éxito, su matrimonio. La otra cosa, después de todo, venía mucho más naturalmente.

Era extraño; era cierto; mucha gente lo sentía. Peter Walsh, que había hecho lo justo respetablemente, ocupó los puestos habituales adecuadamente, fue querido, pero considerado un poco excéntrico, se daba aires—era extraño que tuviera, especialmente ahora que su cabello era gris, un aspecto contento; una mirada de tener reservas. Era esto lo que lo hacía atractivo para las mujeres a las que les gustaba la sensación de que no era del todo varonil. Había algo inusual en él, o algo detrás de él. Podría ser que fuera un lector—aunque nunca venía a verte sin tomar el libro sobre la mesa (ahora estaba leyendo, con los cordones de las botas arrastrando por el suelo); o que fuera un caballero, lo cual se mostraba en la forma en que golpeaba las cenizas de su pipa, y en sus modales, por supuesto, hacia las mujeres. Porque era muy encantador y bastante ridículo cómo alguna chica sin un gramo de sentido podía manipularlo a su antojo. Pero bajo su propio riesgo. Es decir, aunque pudiera ser muy fácil, y de hecho con su alegría y buena crianza fascinante estar con él, era solo hasta cierto punto. Ella decía algo—no, no; él veía a través de eso. No toleraría eso—no, no. Luego podía gritar y reírse y sujetarse los costados con algún chiste con los hombres. Era el mejor juez de cocina en la India. Era un hombre. Pero no el tipo de hombre al que uno tenía que respetar—lo cual era una bendición; no como el Mayor Simmons, por ejemplo; en lo más mínimo como eso, pensaba Daisy, cuando, a pesar de sus dos pequeños niños, solía compararlos.

Se quitó las botas. Vacío sus bolsillos. Salió con su navaja de bolsillo una foto de Daisy en la veranda; Daisy toda de blanco, con un fox-terrier en su regazo; muy encantadora, muy morena; la mejor que había visto de ella. Después de todo, venía tan naturalmente; mucho más naturalmente que Cla-

rissa. Sin problemas. Sin molestias. Sin remilgos y manías. Todo navegando sin problemas. Y la chica morena, adorablemente bonita en la veranda exclamó (podía oírla). Por supuesto, por supuesto, ¡le daría todo! ella lloraba (no tenía sentido de la discreción) ¡todo lo que él quisiera! ella lloraba, corriendo a su encuentro, quienquiera que estuviera mirando. Y solo tenía veinticuatro años. Y tenía dos hijos. ¡Vaya, vaya!

En efecto, se había metido en un lío a su edad. Y se le ocurría cuando despertaba en la noche bastante fuerte. ¿Supongamos que se casaran? Para él estaría bien, pero ¿qué hay de ella? La señora Burgess, una buena persona y nada chismosa, en quien había confiado, pensó que esta ausencia suya en Inglaterra, ostensiblemente para ver abogados, podría servir para hacer que Daisy reconsiderara, pensara en lo que significaba. Era una cuestión de su posición, dijo la señora Burgess; la barrera social; renunciar a sus hijos. Un día sería una viuda con un pasado, merodeando por los suburbios, o más probablemente, indiscriminada (ya sabes, dijo, cómo se ponen esas mujeres, con demasiado maquillaje). Pero Peter Walsh desestimó todo eso. No tenía intención de morir aún. De todos modos, ella debía decidir por sí misma; juzgar por sí misma, pensó, paseando por la habitación en sus calcetines, alisando su camisa de vestir, porque podría ir a la fiesta de Clarissa, o podría ir a uno de los Halls, o podría instalarse y leer un libro absorbente escrito por un hombre que solía conocer en Oxford. Y si se retirara, eso es lo que haría—escribiría libros. Iría a Oxford y exploraría la Bodleian. En vano, la morena, adorablemente bonita, corría hasta el final de la terraza; en vano agitaba su mano; en vano lloraba que no le importaba un comino lo que dijera la gente. Allí estaba él, el hombre en el que ella pensaba el mundo, el perfecto caballero, el fascinante, el distinguido (y su edad no hacía la menor diferencia para ella), paseando por una habitación en un hotel en Bloomsbury, afeitándose, lavándose, continuando, mientras tomaba latas, dejaba maquinillas de afeitar, explorando la Bodleian, y obteniendo la verdad sobre uno o dos pequeños asuntos que le interesaban. Y tendría una charla con quien fuera, y así vendría a despreciar cada vez más las horas precisas para almorzar, y perder compromisos, y cuando Daisy le pidiera, como lo haría, un beso, una escena, fallar en cumplir (aunque realmente estaba dedicado a ella)—en resumen, podría ser más feliz, como dijo la señora Burgess, que ella lo olvidara, o simplemente lo recordara como era en agosto de 1922, como una figura de pie en la encrucijada al anochecer, que se vuelve más y más remota a medida que el carro gira, llevándola asegura-

da al asiento trasero, aunque sus brazos estén extendidos, y mientras ve la figura disminuir y desaparecer, aún ella clama cómo haría cualquier cosa en el mundo, cualquier cosa, cualquier cosa...

Nunca sabía lo que la gente pensaba. Le resultaba cada vez más difícil concentrarse. Se absorbía; se ocupaba con sus propios asuntos; ahora hosco, ahora alegre; dependiente de las mujeres, distraído, de mal humor, cada vez menos capaz (así pensaba mientras se afeitaba) de entender por qué Clarissa no podía simplemente encontrarles un alojamiento y ser amable con Daisy; presentarla. Y entonces podría simplemente —¿simplemente hacer qué? simplemente rondar y merodear (en ese momento estaba realmente ocupado ordenando varias llaves, papeles), lanzarse y probar, estar solo, en resumen, suficiente para sí mismo; y sin embargo, nadie, por supuesto, era más dependiente de otros (abrochaba su chaleco); había sido su perdición. No podía mantenerse fuera de las salas de fumar, le gustaban los coroneles, le gustaba el golf, le gustaba el bridge, y sobre todo la compañía de las mujeres, y la finura de su compañía, y su fidelidad y audacia y grandeza en amar que, aunque tenía sus inconvenientes, le parecía (y el rostro oscuro, adorablemente bonito, estaba encima de los sobres) tan admirable en su totalidad, una flor tan espléndida para crecer en la cima de la vida humana, y sin embargo, no podía estar a la altura, siempre propenso a ver las cosas desde distintos ángulos (Clarissa había socavado algo en él permanentemente), y cansarse muy fácilmente de la devoción muda y querer variedad en el amor, aunque se enfurecería si Daisy amaba a alguien más, ¡furioso! porque era celoso, incontrolablemente celoso por temperamento. ¡Sufría torturas! Pero, ¿dónde estaba su cuchillo; su reloj; sus sellos, su estuche de notas, y la carta de Clarissa que no leería de nuevo pero le gustaba pensar en ella, y la foto de Daisy? Y ahora para la cena.

Estaban cenando.

Sentados en pequeñas mesas alrededor de jarrones, vestidos o no vestidos, con sus chales y bolsos colocados a su lado, con su aire de falsa compostura, porque no estaban acostumbrados a tantas comidas en la cena, y confianza, porque podían pagarlo, y tensión, porque habían estado corriendo por Londres todo el día de compras, haciendo turismo; y su curiosidad natural, porque miraban alrededor y hacia arriba cuando el caballero de aspecto agradable con gafas de montura de cuerno entró, y su buena naturaleza, porque habrían estado encantados de hacer cualquier pequeño servicio,

como prestar un horario o impartir información útil, y su deseo, palpitando en ellos, tirando de ellos subterráneamente, de alguna manera establecer conexiones aunque fuera solo un lugar de nacimiento (Liverpool, por ejemplo) en común o amigos con el mismo nombre; con sus miradas furtivas, silencios extraños y retiros repentinos a la jocundidad familiar y el aislamiento; allí se sentaban cenando cuando el señor Walsh entró y tomó su asiento en una pequeña mesa junto a la cortina.

No es que dijera algo, porque al estar solo solo podía dirigirse al camarero; era su manera de mirar el menú, de señalar con su dedo índice a un vino en particular, de ajustarse a la mesa, de dirigirse seriamente, no glotonamente, a la cena, lo que ganó su respeto; que, al tener que permanecer sin expresar durante la mayor parte de la comida, estalló en la mesa donde se sentaban los Morris cuando se escuchó al señor Walsh decir al final de la comida, "Peras Bartlett". ¿Por qué debería haber hablado tan moderadamente pero con firmeza, con el aire de un disciplinario bien dentro de sus derechos que están fundados en la justicia, ni el joven Charles Morris, ni el viejo Charles, ni la señorita Elaine ni la señora Morris lo sabían. Pero cuando dijo, "Peras Bartlett", sentado solo en su mesa, sintieron que contaba con su apoyo en alguna demanda legal; era el campeón de una causa que inmediatamente se convirtió en su propia causa, de modo que sus ojos encontraron los ojos de él simpáticamente, y cuando todos llegaron a la sala de fumar simultáneamente, una pequeña charla entre ellos se hizo inevitable.

No fue muy profundo—solo al efecto de que Londres estaba lleno; había cambiado en treinta años; que el señor Morris prefería Liverpool; que la señora Morris había ido a la exhibición de flores de Westminster, y que todos habían visto al Príncipe de Gales. Sin embargo, pensó Peter Walsh, ninguna familia en el mundo puede compararse con los Morris; ninguna en absoluto; y sus relaciones entre sí son perfectas, y no les importa nada la clase alta, y les gusta lo que les gusta, y Elaine se está formando para el negocio familiar, y el chico ha ganado una beca en Leeds, y la anciana (que tiene más o menos su edad) tiene tres hijos más en casa; y tienen dos autos, pero el señor Morris todavía arregla los zapatos los domingos: es soberbio, es absolutamente soberbio, pensó Peter Walsh, balanceándose un poco hacia atrás y hacia adelante con su copa de licor en la mano entre las sillas rojas y peludas y los ceniceros, sintiéndose muy complacido consigo mismo, porque a

los Morris les gustaba. Sí, les gustaba un hombre que dijo, "Peras Bartlett". Les gustaba, sentía.

Iría a la fiesta de Clarissa. (Los Morris se alejaron; pero se encontrarían de nuevo.) Iría a la fiesta de Clarissa, porque quería preguntarle a Richard qué estaban haciendo en la India—los conservadores tontos. ¿Y qué se estaba actuando? Y música... Oh sí, y simple chisme.

Porque esta es la verdad sobre nuestra alma, pensó, nuestro ser, que como pez habita en mares profundos y navega entre obscuridades abriéndose camino entre los troncos de malezas gigantes, sobre espacios iluminados por el sol y en adelante hacia la penumbra, fría, profunda, inescrutable; de repente se dispara a la superficie y juega en las olas arrugadas por el viento; es decir, tiene una necesidad positiva de rozarse, raspase, encenderse, chismeando. ¿Qué quería decir el Gobierno—Richard Dalloway lo sabría—sobre la India?

Dado que era una noche muy calurosa y los chicos de los periódicos pasaban con pancartas proclamando en enormes letras rojas que había una ola de calor, se colocaron sillas de mimbre en los escalones del hotel y allí, sorbiendo, fumando, caballeros aislados se sentaban. Peter Walsh se sentó allí. Podría uno imaginar que ese día, el día de Londres, apenas estaba comenzando. Como una mujer que se había quitado su vestido estampado y delantal blanco para ataviarse con azul y perlas, el día cambiaba, se despojaba de cosas, tomaba gasa, cambiaba a la noche, y con el mismo suspiro de exhalación que una mujer respira, tumbando enaguas en el suelo, también desechaba polvo, calor, color; el tráfico disminuía; los automóviles, tintineantes, se sucedían a la carga de las furgonetas; y aquí y allá entre el espeso follaje de las plazas colgaba una luz intensa. Me resigno, parecía decir la noche, mientras palidecía y se desvanecía sobre las almenas y prominencias, moldeadas, puntiagudas, de hotel, apartamento y bloque de tiendas, Me desvanezco, comenzaba, Me desaparezco, pero Londres no tendría nada de eso, y lanzaba sus bayonetas al cielo, la retenía, la obligaba a asociarse en su jolgorio.

Porque la gran revolución del horario de verano del señor Willett había tenido lugar desde la última visita de Peter Walsh a Inglaterra. La prolongada tarde era nueva para él. Era inspirador, más bien. Porque a medida que los jóvenes pasaban con sus cajas de despacho, terriblemente contentos de

ser libres, orgullosos también, silenciosamente, de pisar este famoso pavimento, la alegría de una especie, barata, hojalatada, si se quiere, pero todo el mismo éxtasis, sonrojaba sus rostros. También vestían bien; medias rosas; bonitos zapatos. Ahora tendrían dos horas en las películas. Les afilaba, les refinaba, la luz amarilla-azul de la tarde; y en las hojas de la plaza brillaban lúgubres, lívidas—parecían sumergidas en agua de mar—el follaje de una ciudad sumergida. Estaba asombrado por la belleza; también era alentador, porque donde el angloindio regresado se sentaba por derecho (conocía a muchos de ellos) en el Club Oriental sumando biliosamente la ruina del mundo, aquí estaba él, tan joven como siempre; envidiando a los jóvenes su tiempo de verano y el resto, y más que sospechando por las palabras de una chica, por la risa de una criada—cosas intangibles que no podías tocar—ese cambio en toda la acumulación piramidal que en su juventud había parecido inmóvil. Sobre ellos había presionado; los había aplastado, especialmente a las mujeres, como esas flores que la tía Helena de Clarissa solía prensar entre hojas de papel secante gris con el diccionario de Littré encima, sentada bajo la lámpara después de la cena. Ella estaba muerta ahora. Había oído hablar de ella, por Clarissa, perdiendo la vista de un ojo. Parecía tan apropiado—una de las obras maestras de la naturaleza—que la vieja señorita Parray se convirtiera en vidrio. Moriría como un pájaro en una helada aferrándose a su percha. Pertenece a una era diferente, pero al ser tan entera, tan completa, siempre se destacaría en el horizonte, blanca como una piedra, eminente, como un faro marcando alguna etapa pasada en este viaje aventurero, largo, largo, este interminable (buscó una moneda para comprar un periódico y leer sobre Surrey y Yorkshire—había entregado esa moneda millones de veces. Surrey estaba todo fuera una vez más)—esta interminable vida. Pero el cricket no era un mero juego. El cricket era importante. Nunca podía evitar leer sobre cricket. Leía los puntajes en la prensa de última hora primero, luego cómo era un día caluroso; luego sobre un caso de asesinato. Habiendo hecho cosas millones de veces las enriquecía, aunque se podría decir que les quitaba la superficie. El pasado enriquecía, y la experiencia, y haber cuidado de una o dos personas, y así haber adquirido el poder que los jóvenes carecen, de cortar, hacer lo que uno quiere, no importarle un comino lo que la gente diga y venir e ir sin grandes expectativas (dejaba su periódico sobre la mesa y se movía), lo cual sin embargo (y buscaba su sombrero y abrigo) no era del todo cierto para él, no esta noche, porque

aquí estaba empezando a ir a una fiesta, a su edad, con la creencia de que iba a tener una experiencia. Pero, ¿qué?

Belleza, en todo caso. No la belleza cruda del ojo. No era belleza pura y simple—Bedford Place conduciendo a Russell Square. Era rectitud y vacío, por supuesto; la simetría de un pasillo; pero también eran ventanas iluminadas, un piano, un gramófono sonando; una sensación de placer oculto, pero de vez en cuando emergiendo cuando, a través de la ventana sin cortinas, la ventana dejada abierta, uno veía fiestas sentadas sobre mesas, jóvenes girando lentamente, conversaciones entre hombres y mujeres, sirvientas mirando perezosamente hacia afuera (un comentario extraño el de ellas, cuando el trabajo estaba hecho), medias secándose en los alféizares, un loro, unas pocas plantas. Absorbente, misteriosa, de infinita riqueza, esta vida. Y en la gran plaza donde los taxis giraban y se desviaban tan rápido, había parejas holgazaneando, jugueteando, abrazándose, encogidas bajo la lluvia de un árbol; eso era conmovedor; tan silencioso, tan absorto, que uno pasaba, discretamente, tímidamente, como si en presencia de alguna ceremonia sagrada interrumpirla hubiera sido impío. Eso era interesante. Y así hacia el resplandor y el brillo.

Su abrigo ligero se abrió, caminó con indescriptible idiosincrasia, inclinado un poco hacia adelante, tropezó, con las manos detrás de su espalda y sus ojos aún un poco como halcón; tropezó a través de Londres, hacia Westminster, observando.

¿Estaba todo el mundo cenando fuera, entonces? Se estaban abriendo puertas aquí por un lacayo para dejar salir a una anciana de paso alto, con zapatos con hebillas, con tres plumas de avestruz púrpura en su cabello. Se estaban abriendo puertas para damas envueltas como momias en chales con flores brillantes en ellos, damas con cabezas descubiertas. Y en barrios respetables con pilares de estuco a través de pequeños jardines frontales ligeramente envueltos con peines en su cabello (habiendo subido a ver a los niños), venían mujeres; los hombres las esperaban, con sus abrigos abiertos, y el motor arrancaba. Todo el mundo salía. Con estas puertas abiertas, y el descenso y la partida, parecía como si todo Londres se embarcara en pequeños botes amarrados al banco, balanceándose en las aguas, como si todo el lugar flotara en carnaval. Y Whitehall estaba cubierto de plata batida, como estaba, cubierto de patinadores, y había una sensación de mosquitos alrededor de las lámparas de arco; hacía tanto calor que la gente se quedaba ha-

blando. Y aquí en Westminster había un juez retirado, presumiblemente, sentado cuadrado en la puerta de su casa vestido todo de blanco. Presumiblemente un angloindio.

Y aquí un alboroto de mujeres peleando, mujeres borrachas; aquí solo un policía y casas alzadas, casas altas, casas abovedadas, iglesias, parlamentos, y el claxon de un vapor en el río, un grito hueco y brumoso. Pero era su calle, esta, la de Clarissa; los taxis giraban la esquina, como agua alrededor de los pilares de un puente, reunidos, le parecía, porque llevaban personas a su fiesta, la fiesta de Clarissa.

La fría corriente de impresiones visuales le fallaba ahora como si el ojo fuera una taza que desbordaba y dejaba que el resto corriera por sus paredes de porcelana sin registrarse. El cerebro debe despertarse ahora. El cuerpo debe contraerse ahora, entrando en la casa, la casa iluminada, donde la puerta estaba abierta, donde los automóviles estaban parados, y mujeres brillantes descendiendo: el alma debe armarse de valor para soportar. Abrió la gran hoja de su navaja de bolsillo.

CAPÍTULO X

Lucy bajó corriendo las escaleras a toda velocidad, habiendo entrado justo a la sala de estar para alisar una funda, enderezar una silla, detenerse un momento y sentir que quienquiera que entrara debía pensar qué limpia, qué brillante, qué bien cuidada estaba la casa, cuando vieran la hermosa plata, los utensilios de bronce para la chimenea, las nuevas fundas de las sillas y las cortinas de chintz amarillo: ella evaluó cada uno; escuchó un rugido de voces; la gente ya subía del comedor; ¡tenía que volar!

El Primer Ministro venía, dijo Agnes: eso había oído decir en el comedor, dijo ella, entrando con una bandeja de vasos. ¿Importaba, importaba en lo más mínimo, un Primer Ministro más o menos? No hacía ninguna diferencia a esa hora de la noche a la señora Walker entre los platos, sartenes, coladores, cacerolas, pollo en aspic, congeladores de helado, costras de pan pedradas, limones, tazones de sopa y moldes para budines que, por más que los lavaran en la despensa, parecían estar todos encima de ella, sobre la mesa de la cocina, en las sillas, mientras el fuego ardía y rugía, las luces eléctricas deslumbraban y aún había que poner la cena. Todo lo que sentía era que un Primer Ministro más o menos no hacía ni una pizca de diferencia para la señora Walker.

Las damas ya estaban subiendo, dijo Lucy; las damas estaban subiendo, una por una, la señora Dalloway caminando última y casi siempre enviando algún mensaje a la cocina, "Mi cariño para la señora Walker," eso era una noche. A la mañana siguiente revisarían los platos: la sopa, el salmón; el salmón, sabía la señora Walker, como siempre poco cocido, porque siempre se ponía nerviosa por el pudín y lo dejaba a Jenny; así que sucedía, el sal-

món siempre estaba poco cocido. Pero alguna dama con cabello rubio y adornos de plata había dicho, dijo Lucy, sobre el entrante, ¿realmente se hizo en casa? Pero era el salmón lo que preocupaba a la señora Walker, mientras hacía girar los platos una y otra vez, y ajustaba los reguladores del horno; y llegó una ráfaga de risa desde el comedor; una voz hablando; luego otra ráfaga de risa—los caballeros divirtiéndose cuando las damas se habían ido. El tokay, dijo Lucy corriendo. El señor Dalloway había enviado a buscar el tokay, de las bodegas del Emperador, el Tokay Imperial.

Fue llevado a través de la cocina. Sobre su hombro Lucy informó cómo la señorita Elizabeth se veía realmente hermosa; no podía apartar los ojos de ella; con su vestido rosa, usando el collar que el señor Dalloway le había regalado. Jenny debía recordar al perro, el fox-terrier de la señorita Elizabeth, que, ya que mordía, tenía que estar encerrado y podría, pensaba Elizabeth, querer algo. Jenny debía recordar al perro. Pero Jenny no iba a subir con toda esa gente alrededor. ¡Ya había un automóvil en la puerta! ¡Había un timbre en la puerta y los caballeros todavía en el comedor, bebiendo tokay!

Ahí estaban subiendo las escaleras; ese era el primero en llegar, y ahora vendrían más y más rápido, de modo que la señora Parkinson (contratada para fiestas) dejaría la puerta del vestíbulo entreabierta, y el vestíbulo estaría lleno de caballeros esperando (se quedaban esperando, alisándose el cabello) mientras las damas se quitaban los abrigos en la habitación del pasillo; donde la señora Barnet las ayudaba, la vieja Ellen Barnet, que había estado con la familia durante cuarenta años, y venía cada verano para ayudar a las damas, y recordaba a las madres cuando eran niñas, y aunque muy modesta, daba la mano; decía "milady" muy respetuosamente, pero tenía una manera humorística, mirando a las jóvenes, y ayudando con mucho tacto a Lady Lovejoy, que tenía algún problema con su corsé. Y no podían evitar sentir, Lady Lovejoy y Miss Alice, que algún pequeño privilegio en cuanto a cepillo y peine, les era otorgado por haber conocido a la señora Barnet — "treinta años, milady," les decía la señora Barnet. Las jóvenes no solían usar rouge, dijo Lady Lovejoy, cuando se quedaban en Bourton en los viejos tiempos. Y la señorita Alice no necesitaba rouge, dijo la señora Barnet, mirándola con cariño. Allí se sentaba la señora Barnet, en el guardarropa, alisando las pieles, alisando los chales españoles, ordenando la mesa de tocador, y sabiendo perfectamente bien, a pesar de las pieles y los bordados,

quiénes eran damas agradables y quiénes no. La querida anciana, dijo Lady Lovejoy, subiendo las escaleras, la vieja niñera de Clarissa.

Y entonces Lady Lovejoy se puso rígida. "Lady y Miss Lovejoy," dijo a Mr. Wilkins (contratado para fiestas). Tenía un comportamiento admirable, mientras se inclinaba y enderezaba, se inclinaba y enderezaba y anunciaba con perfecta imparcialidad "Lady y Miss Lovejoy... Sir John y Lady Needham... Miss Weld... Mr. Walsh." Su manera era admirable; su vida familiar debía ser irreprochable, excepto que parecía imposible que un ser con labios verdosos y mejillas rasuradas pudiera haber cometido el error de tener hijos.

"¡Qué placer verte!" dijo Clarissa. Lo decía a todos. ¡Qué placer verte! Estaba en su peor momento—efusiva, insincera. Fue un gran error haber venido. Debería haberse quedado en casa y leer su libro, pensó Peter Walsh; debería haber ido a un music hall; debería haberse quedado en casa, porque no conocía a nadie.

Oh, Dios, iba a ser un fracaso; un completo fracaso, Clarissa lo sentía en sus huesos mientras el querido viejo Lord Lexham estaba allí disculpándose por su esposa que se había resfriado en la fiesta en el jardín del Palacio de Buckingham. Podía ver a Peter con el rabillo del ojo, criticándola, allí, en esa esquina. ¿Por qué, después de todo, hacía estas cosas? ¿Por qué buscar cumbres y quedarse empapada en fuego? ¿Podría consumirla de todos modos! ¿Quemarla hasta las cenizas! ¿Cualquier cosa sería mejor, mejor blandir su antorcha y lanzarla al suelo que apagarse y menguar como alguna Ellie Henderson! Era extraordinario cómo Peter la ponía en estos estados simplemente con venir y quedarse en una esquina. La hacía verse a sí misma; exagerar. Era idiota. Pero entonces, ¿por qué venía, solo para criticar? ¿Por qué siempre tomar, nunca dar? ¿Por qué no arriesgar su pequeño punto de vista? Ahí estaba él, deambulando, y ella debía hablarle. Pero no tendría la oportunidad. La vida era eso: humillación, renuncia. Lo que decía Lord Lexham era que su esposa no usaría sus pieles en la fiesta del jardín porque "querida, ustedes, las damas, son todas iguales"—¿Lady Lexham teniendo al menos setenta y cinco años! Era delicioso, cómo se mimaban el uno al otro, esa vieja pareja. A ella le gustaba el viejo Lord Lexham. Realmente pensaba que importaba, su fiesta, y le hacía sentir bastante enferma saber que todo estaba saliendo mal, todo cayendo en picado. Cualquier cosa, cualquier explosión, cualquier horror era mejor que la gente vagando sin rumbo,

parada en un rincón como Ellie Henderson, ni siquiera preocupándose por mantenerse erguida.

Suavemente, la cortina amarilla con todos los pájaros del Paraíso se hinchó y parecía como si hubiera un vuelo de alas en la habitación, hacia afuera, luego succionado de nuevo. (Porque las ventanas estaban abiertas.) ¿Estaba con corriente de aire? se preguntaba Ellie Henderson. Ella era propensa a resfriarse. Pero no importaba que bajara estornudando mañana; eran las chicas con sus hombros desnudos en las que pensaba, siendo entrenada para pensar en los demás por un padre anciano, un inválido, ex vicario de Bourton, pero él estaba muerto ahora; y sus resfriados nunca llegaban a su pecho, nunca. Eran las chicas en las que pensaba, las chicas jóvenes con sus hombros desnudos, ella misma habiendo sido siempre una criatura delgada, con su cabello fino y perfil magro; aunque ahora, pasados los cincuenta, comenzaba a brillar a través de algún rayo suave, algo purificado en distinción por años de abnegación, pero oscurecido nuevamente, perpetuamente, por su angustiante gentileza, su pánico, que surgía de un ingreso de trescientas libras, y su estado desarmado (no podía ganar un centavo) y la hacía tímida, y cada vez más descalificada año tras año para encontrarse con personas bien vestidas que hacían este tipo de cosas cada noche de la temporada, simplemente diciéndoles a sus criadas "llevaré tal o cual", mientras Ellie Henderson salía nerviosamente y compraba flores rosadas baratas, media docena, y luego lanzaba un chal sobre su viejo vestido negro. Porque su invitación a la fiesta de Clarissa había llegado en el último momento. No estaba muy feliz por ello. Tenía una especie de sensación de que Clarissa no había querido invitarla este año.

¿Por qué debería hacerlo? No había realmente razón, excepto que siempre se habían conocido. De hecho, eran primas. Pero naturalmente se habían alejado un poco, siendo Clarissa tan solicitada. Era un evento para ella, ir a una fiesta. Era un verdadero placer solo ver los hermosos vestidos. ¿No era esa Elizabeth, ya crecida, con su cabello peinado a la moda, en el vestido rosa? Sin embargo, no podía tener más de diecisiete años. Era muy, muy guapa. Pero las chicas cuando salían por primera vez no parecían usar blanco como solían hacerlo. (Debía recordar todo para contárselo a Edith.) Las chicas usaban vestidos rectos, perfectamente ajustados, con faldas muy por encima de los tobillos. No era favorecedor, pensó.

Así que, con su vista débil, Ellie Henderson se inclinó un poco hacia adelante, y no era tanto que le molestara no tener a nadie con quien hablar (apenas conocía a alguien allí), porque sentía que eran personas tan interesantes de observar; políticos, presumiblemente; amigos de Richard Dalloway; pero era Richard mismo quien sentía que no podía dejar que la pobre criatura se quedara allí toda la noche sola.

"Bueno, Ellie, ¿y cómo te trata el mundo?" dijo él con su manera jovial, y Ellie Henderson, poniéndose nerviosa y sonrojándose y sintiendo que era extraordinariamente amable de su parte venir y hablar con ella, dijo que muchas personas realmente sentían más el calor que el frío.

"Sí, lo hacen," dijo Richard Dalloway. "Sí."

Pero ¿qué más se podía decir?

"Hola, Richard," dijo alguien, tomándolo del codo, y, ¡Dios mío, ahí estaba el viejo Peter, el viejo Peter Walsh! ¡Estaba encantado de verlo—muy contento de verlo! No había cambiado nada. Y se fueron juntos cruzando la habitación, dándose pequeñas palmaditas, como si no se hubieran visto en mucho tiempo, pensó Ellie Henderson, viéndolos irse, segura de que conocía esa cara. Un hombre alto, de mediana edad, con ojos bastante finos, oscuros, con gafas, con un aire de John Burrows. Edith seguramente lo sabría.

La cortina con su vuelo de pájaros del Paraíso se hinchó de nuevo. Y Clarissa vio—vio a Ralph Lyon golpearla hacia atrás, y seguir hablando. ¡Así que no fue un fracaso después de todo! todo iba a estar bien ahora—su fiesta. Había comenzado. Había empezado. Pero aún estaba en equilibrio. Debía quedarse allí por el momento. La gente parecía venir en una ráfaga.

Coronel y señora Garrod... Señor Hugh Whitbread... Señor Bowley... Señora Hilbery... Lady Mary Maddox... Señor Quin... entonó Wilkin. Ella tuvo seis o siete palabras con cada uno, y ellos continuaron, entraron en las habitaciones; en algo ahora, no nada, ya que Ralph Lyon había golpeado la cortina hacia atrás.

Y sin embargo, por su parte, era demasiado esfuerzo. No lo estaba disfrutando. Era demasiado como ser—cualquier persona, estando allí; cualquiera podía hacerlo; sin embargo, no podía evitar sentir que ella, de alguna manera, había hecho esto posible, que marcaba una etapa, este poste que sentía que se había convertido, porque curiosamente había olvidado por completo

cómo se veía, pero se sentía como una estaca clavada en la parte superior de sus escaleras. Cada vez que daba una fiesta tenía esta sensación de ser algo que no era ella misma, y que todos eran irreales en cierto modo; mucho más reales en otro. Era, pensó, en parte su ropa, en parte estar sacados de sus formas ordinarias, en parte el fondo, era posible decir cosas que no se podían decir de otra manera, cosas que requerían un esfuerzo; posible ir mucho más profundo. Pero no para ella; no todavía al menos.

"¡Qué placer verte!" dijo. ¡Querido viejo Sir Harry! Conocería a todos.

Y lo que era tan extraño al respecto era la sensación que uno tenía mientras subían las escaleras uno tras otro, la señora Mount y Celia, Herbert Ainsty, la señora Dakers — ¡oh, y Lady Bruton!

"¡Qué bueno de tu parte venir!" dijo, y lo decía en serio — era extraño cómo, estando allí, uno los sentía continuar, continuar, algunos bastante mayores, algunos...

¿Qué nombre? ¿Lady Rosseter? ¿Pero quién en el mundo era Lady Rosseter?

"¡Clarissa!" ¡Esa voz! ¡Era Sally Seton! ¡Sally Seton! ¡después de todos estos años! Se vislumbró a través de una neblina. Porque ella no se veía así, Sally Seton, cuando Clarissa agarró la lata de agua caliente, ¡pensar en ella bajo este techo, bajo este techo! ¡No así!

Todas encima de cada una, avergonzadas, riendo, las palabras salieron a trompicones — pasando por Londres; escuchando a Clara Haydon; ¡qué oportunidad de verte! Así que me metí sin invitación...

Uno podría dejar la lata de agua caliente con total compostura. El brillo había desaparecido de ella. Sin embargo, era extraordinario verla de nuevo, más vieja, más feliz, menos hermosa. Se besaron, primero en una mejilla, luego en la otra, junto a la puerta de la sala de estar, y Clarissa se giró, con la mano de Sally en la suya, y vio sus habitaciones llenas, escuchó el rugido de voces, vio los candelabros, las cortinas ondeando, y las rosas que Richard le había dado.

"Tengo cinco enormes chicos," dijo Sally.

Ella tenía el egoísmo más simple, el deseo más abierto de ser siempre la primera, y Clarissa la amaba por seguir siendo así. "¡No puedo creerlo!" ex-

clamó, encendiéndose toda de placer al pensar en el pasado.

Pero, ay, Wilkins; Wilkins la quería; Wilkins estaba emitiendo en una voz de autoridad imponente como si toda la compañía debiera ser amonestada y la anfitriona reclamada de la frivolidad, un nombre:

"El Primer Ministro," dijo Peter Walsh.

¿El Primer Ministro? ¿De verdad? Ellie Henderson se maravillaba. ¡Qué cosa para contarle a Edith!

No se podía reír de él. Se veía tan ordinario. Podrías haberlo puesto detrás de un mostrador y comprado galletas—pobre hombre, todo vestido de encaje dorado. Y para ser justos, mientras hacía sus rondas, primero con Clarissa luego con Richard escoltándolo, lo hacía muy bien. Intentó parecer alguien. Fue divertido de ver. Nadie lo miraba. Simplemente seguían hablando, pero era perfectamente claro que todos sabían, sentían hasta la médula de sus huesos, esta majestad pasando; este símbolo de lo que todos representaban, la sociedad inglesa. La vieja Lady Bruton, y ella se veía muy bien también, muy robusta en su encaje, se acercó, y se retiraron a una pequeña habitación que de inmediato se convirtió en objeto de espionaje, vigilada, y una especie de agitación y murmullo se extendió por todos, abiertamente: ¡el Primer Ministro!

¡Dios, Dios, la vanidad de los ingleses! pensó Peter Walsh, parado en la esquina. ¡Cómo les encantaba vestirse con encaje dorado y rendir homenaje! ¡Ahí! Eso debía ser, por Dios que era, Hugh Whitbread, olfateando los alrededores de los grandes, un poco más gordo, un poco más blanco, el admirable Hugh!

Siempre parecía como si estuviera de servicio, pensó Peter, un ser privilegiado, pero reservado, acumulando secretos que moriría defendiendo, aunque solo fuera algún pequeño chisme dejado caer por un lacayo de la corte, que estaría en todos los periódicos mañana. Tales eran sus cascabeles, sus baratijas, en el juego con las cuales había envejecido, llegado al borde de la vejez, disfrutando del respeto y afecto de todos los que tenían el privilegio de conocer a este tipo de hombre de la escuela pública inglesa. Inevitablemente uno inventaba cosas así sobre Hugh; ese era su estilo; el estilo de esas cartas admirables que Peter había leído a miles de millas a través del mar en el Times, y había agradecido a Dios estar fuera de ese pernicioso bu-

llicio si no fuera más que para escuchar a los babuinos chillar y a los coolies golpear a sus esposas. Un joven de piel oliva de una de las universidades estaba obsequiosamente a su lado. A él lo patrocinaría, lo iniciaría, le enseñaría cómo progresar. Porque le gustaba nada más que hacer amabilidades, hacer que los corazones de las ancianas palpitara de alegría al ser recordadas en su edad, su aflicción, creyendo que se habían olvidado por completo de ellas, sin embargo, aquí estaba el querido Hugh conduciendo y pasando una hora hablando del pasado, recordando trivialidades, alabando el pastel casero, aunque Hugh podría comer pastel con una Duquesa cualquier día de su vida, y, al mirarlo, probablemente pasaba mucho tiempo en esa agradable ocupación. El Todo-juzgador, el Todo-misericordioso, podría excusar. Peter Walsh no tenía piedad. Debía haber villanos, y Dios sabe que los sinvergüenzas que son ahorcados por golpear el cerebro de una chica en un tren hacen menos daño en general que Hugh Whitbread y su amabilidad. Míralo ahora, de puntillas, avanzando, inclinándose y rascándose, mientras el Primer Ministro y Lady Bruton salían, insinuando para que todo el mundo viera que estaba privilegiado para decir algo, algo privado, a Lady Bruton al pasar. Ella se detuvo. Sacudió su noble cabeza. Ella le estaba agradeciendo presumiblemente por alguna pieza de servilismo. Ella tenía sus aduladores, pequeños funcionarios en oficinas gubernamentales que corrían haciendo pequeños trabajos en su nombre, a cambio de lo cual ella les daba almuerzo. Pero ella derivaba del siglo XVIII. Ella estaba bien.

Y ahora Clarissa escoltaba a su Primer Ministro por la habitación, trotando, brillando, con la majestad de su cabello gris. Ella llevaba pendientes, y un vestido de sirena verde plateado. Meciendo sobre las olas y trenzando su cabello parecía, teniendo ese don aún; ser; existir; resumirlo todo en el momento mientras pasaba; giraba, atrapaba su bufanda en el vestido de otra mujer, la desenganchaba, reía, todo con la más perfecta facilidad y aire de una criatura flotando en su elemento. Pero la edad la había rozado; incluso como una sirena podría ver en su espejo el sol poniente en una tarde muy clara sobre las olas. Había un aliento de ternura; su severidad, su mojigatería, su rigidez estaban ahora totalmente caldeadas, y tenía a su alrededor mientras decía adiós al hombre grueso de encaje dorado que estaba haciendo lo mejor que podía, y buena suerte para él, para parecer importante, una dignidad inexpresable; una cordialidad exquisita; como si deseara el bien de todo el mundo, y ahora debía, estando en el borde mismo de las cosas, tomar su despedida. Así le hacía pensar. (Pero él no estaba enamorado.)

De hecho, Clarissa sentía que el Primer Ministro había sido amable en venir. Y, caminando por la habitación con él, con Sally allí y Peter allí y Richard muy complacido, con toda esa gente algo inclinada, tal vez, a la envidia, había sentido esa intoxicación del momento, esa dilatación de los nervios del propio corazón hasta que parecía estremecerse, erguido; — sí, pero después de todo era lo que otras personas sentían, eso; porque, aunque lo amaba y lo sentía hormiguar y punzar, aún estas apariencias, estos triunfos (el querido viejo Peter, por ejemplo, pensándola tan brillante), tenían una oquedad; estaban a la distancia de un brazo, no en el corazón; y podría ser que estaba envejeciendo, pero ya no la satisfacían como solían hacerlo; y de repente, mientras veía al Primer Ministro bajar las escaleras, el borde dorado del cuadro de Sir Joshua de la niña con una estufa trajo de vuelta a Kilman de golpe; Kilman su enemiga. Eso era satisfactorio; eso era real. Ah, cómo la odiaba — caliente, hipócrita, corrupta; con todo ese poder; la seductora de Elizabeth; la mujer que se había infiltrado para robar y profanar (Richard diría, ¡Qué tonterías!). La odiaba: la amaba. Lo que se necesitaba eran enemigos, no amigos — no la señora Durrant y Clara, Sir William y Lady Bradshaw, la señorita Truelock y Eleanor Gibson (a quienes veía subiendo las escaleras). Debían encontrarla si la querían. ¡Ella estaba para la fiesta!

Allí estaba su viejo amigo Sir Harry.

"¡Querido Sir Harry!" dijo, acercándose al noble anciano que había producido más malos cuadros que otros dos académicos en todo St. John's Wood (siempre eran de ganado, de pie en charcos de atardecer absorbiendo humedad, o significando, porque tenía cierto rango de gestos, al levantar una pata delantera y el meneo de los cuernos, "el Enfoque del Extraño" — todas sus actividades, cenar fuera, correr, se fundaban en ganado de pie absorbiendo humedad en charcos de atardecer).

"¿De qué te ríes?" le preguntó. Porque Willie Titcomb y Sir Harry y Herbert Ainsty estaban todos riendo. Pero no. Sir Harry no podía contarle a Clarissa Dalloway (mucho aunque la gustaba; de su tipo la consideraba perfecta, y amenazaba con pintarla) sus historias del escenario del music hall. La bromeó sobre su fiesta. Echaba de menos su brandy. Estos círculos, dijo, estaban por encima de él. Pero la quería; la respetaba, a pesar de su maldita, difícil refinación de clase alta, que hacía imposible pedirle a Clarissa Dalloway que se sentara en su regazo. Y subió ese will-o'-the-wisp errante, esa fosforescencia vagulosa, la vieja señora Hilbery, extendiendo sus manos al

calor de su risa (sobre el Duque y la Dama), que, al escucharla al otro lado de la habitación, parecía asegurarle sobre un punto que a veces le preocupaba si se despertaba temprano en la mañana y no le gustaba llamar a su doncella para una taza de té; cómo es cierto que debemos morir.

"No nos contarán sus historias," dijo Clarissa.

"¡Querida Clarissa!" exclamó la señora Hilbery. Parecía esta noche, dijo, tan parecida a su madre como la vio por primera vez caminando en un jardín con un sombrero gris.

Y realmente los ojos de Clarissa se llenaron de lágrimas. ¡Su madre, caminando en un jardín! Pero ay, tenía que irse.

Porque allí estaba el profesor Brierly, que daba conferencias sobre Milton, hablando con el pequeño Jim Hutton (que no podía ni siquiera para una fiesta como esta compagnar corbata y chaleco o hacer que su cabello se mantuviera plano), y incluso a esta distancia estaban discutiendo, ella podía ver. Porque el profesor Brierly era un pez muy extraño. Con todos esos grados, honores, cátedras entre él y los escritores que sospechaba instantáneamente una atmósfera no favorable a su extraño compuesto; su prodigioso conocimiento y timidez; su encanto invernal sin cordialidad; su inocencia mezclada con esnobismo; temblaba si se hacía consciente por el cabello despeinado de una dama, las botas de un joven, de un inframundo, muy meritorio sin duda, de rebeldes, de jóvenes ardientes; de aspirantes a genios, e insinuaba con un pequeño movimiento de la cabeza, con un resoplido— ¡Humph!—el valor de la moderación; de alguna ligera formación en los clásicos para poder apreciar a Milton. El profesor Brierly (Clarissa podía ver) no estaba llevándose bien con el pequeño Jim Hutton (que llevaba calcetines rojos, ya que los negros estaban en la lavandería) sobre Milton. Ella interrumpió.

Dijo que amaba a Bach. También Hutton. Ese era el vínculo entre ellos, y Hutton (un muy mal poeta) siempre sintió que la señora Dalloway era la mejor de las grandes damas que se interesaban por el arte. Era extraño lo estricta que era. Sobre la música era puramente impersonal. Era algo pedante. Pero ¡qué encantadora de ver! Hacía su casa tan agradable si no fuera por sus Profesores. Clarissa tenía la mitad de la intención de llevarlo y ponerlo en el piano en la habitación de atrás. Porque tocaba divinamente.

"¡Pero el ruido!" dijo ella. "¡El ruido!"

"La señal de una fiesta exitosa." Asintiendo urbanamente, el Profesor se alejó delicadamente.

"Él sabe todo en el mundo sobre Milton," dijo Clarissa.

"¿De verdad?" dijo Hutton, quien imitaría al Profesor por todo Hampstead; el Profesor sobre Milton; el Profesor sobre la moderación; el Profesor alejándose delicadamente.

Pero ella debía hablar con esa pareja, dijo Clarissa, Lord Gayton y Nancy Blow.

No es que ellos añadieran perceptiblemente al ruido de la fiesta. No estaban hablando (perceptiblemente) mientras estaban uno al lado del otro junto a las cortinas amarillas. Pronto se irían a otro lugar, juntos; y nunca tenían mucho que decir en cualquier circunstancia. Miraban; eso era todo. Eso era suficiente. Se veían tan limpios, tan saludables, ella con un rubor de albaricoque de polvo y pintura, pero él frotado, enjuagado, con los ojos de un pájaro, para que ninguna bola pudiera pasarle o un golpe sorprenderlo. Él golpeaba, saltaba, con precisión, en el lugar. Las bocas de los ponis temblaban al final de sus riendas. Tenía sus honores, monumentos ancestrales, banderas colgando en la iglesia en casa. Tenía sus deberes; sus inquilinos; una madre y hermanas; había estado todo el día en Lords, y de eso estaban hablando — cricket, primos, las películas — cuando la señora Dalloway se acercó. Lord Gayton la quería muchísimo. También la señorita Blow. Ella tenía tan encantadoras maneras.

"¡Es angelical — es delicioso que hayan venido!" dijo. Amaba Lords; amaba la juventud, y Nancy, vestida a un costo enorme por los mejores artistas de París, estaba allí de pie como si su cuerpo hubiera simplemente producido, por sí solo, un volante verde.

"Había planeado tener baile," dijo Clarissa.

Los jóvenes no podían hablar. ¿Y por qué deberían? Gritar, abrazarse, balancearse, levantarse al amanecer; llevar azúcar a los ponis; besar y acariciar los hocicos de adorables chows; y luego, todo hormigueante y lleno de vida, sumergirse y nadar. Pero los enormes recursos del idioma inglés, el poder que otorga, después de todo, de comunicar sentimientos (a su edad, ella y Peter habrían estado discutiendo toda la noche), no eran para ellos. Se

solidificarían jóvenes. Serían increíblemente buenos con la gente de la finca, pero a solas, tal vez, serían bastante aburridos.

"¡Qué lástima!" dijo ella. "Esperaba poder bailar".

¡Era tan extraordinariamente amable de su parte haber venido! Pero hablar de bailar... Las habitaciones estaban abarrotadas.

Allí estaba la vieja tía Helena con su chal. Lamentablemente, tenía que dejarlos — a Lord Gayton y a Nancy Blow. Allí estaba la vieja señorita Parry, su tía. Porque la señorita Helena Parry no estaba muerta: la señorita Parry estaba viva. Tenía más de ochenta años. Subía las escaleras lentamente con un bastón. La colocaban en una silla (Richard se había encargado de ello). Las personas que habían conocido Birmania en los años setenta siempre eran llevadas a verla. ¿Dónde se había metido Peter? Solían ser tan amigos. Porque al mencionar India, o incluso Ceilán, sus ojos (solo uno era de vidrio) se profundizaban lentamente, se volvían azules, no contemplaban seres humanos — no tenía recuerdos tiernos, ni ilusiones orgullosas sobre virreyes, generales, motines — lo que veía eran orquídeas, y pasos de montaña, y a sí misma llevada a cuevas por porteadores en los años sesenta sobre picos solitarios; o descendiendo para arrancar orquídeas (flores sorprendentes, nunca vistas antes) que pintaba en acuarela; una inglesa indomable, irritable si la guerra, digamos, la interrumpía dejando una bomba en su puerta, de su profunda meditación sobre las orquídeas y su propia figura viajando en los años sesenta en la India — pero aquí estaba Peter.

"Ven a hablar con la tía Helena sobre Birmania," dijo Clarissa.

¡Y aún no había intercambiado una palabra con ella en toda la noche!

"Hablares más tarde," dijo Clarissa, llevándolo hacia la tía Helena, con su chal blanco y su bastón.

"Peter Walsh," dijo Clarissa.

Eso no significaba nada.

Clarissa la había invitado. Era cansado; era ruidoso; pero Clarissa la había invitado. Así que había venido. Era una pena que vivieran en Londres — Richard y Clarissa. Si solo por la salud de Clarissa, habría sido mejor vivir en el campo. Pero Clarissa siempre había sido aficionada a la sociedad.

"Él ha estado en Birmania," dijo Clarissa.

Ah. No podía resistirse a recordar lo que Charles Darwin había dicho sobre su pequeño libro sobre las orquídeas de Birmania.

(Clarissa debía hablar con Lady Bruton).

Sin duda su libro sobre las orquídeas de Birmania estaba olvidado ahora, pero tuvo tres ediciones antes de 1870, le dijo a Peter. Ahora lo recordaba. Había estado en Bourton (y él la había dejado, recordaba Peter Walsh, sin decir una palabra en el salón esa noche cuando Clarissa le había pedido que salieran a navegar).

"Richard disfrutó mucho su almuerzo," dijo Clarissa a Lady Bruton.

"Richard fue de la mayor ayuda posible," respondió Lady Bruton. "Me ayudó a escribir una carta. ¿Y cómo estás?"

"Oh, ¡perfectamente bien!" dijo Clarissa. (Lady Bruton detestaba la enfermedad en las esposas de los políticos.)

"¡Y ahí está Peter Walsh!" dijo Lady Bruton (porque nunca podía pensar en nada que decirle a Clarissa; aunque le gustaba. Tenía muchas cualidades excelentes; pero no tenían nada en común—ella y Clarissa. Podría haber sido mejor si Richard se hubiera casado con una mujer con menos encanto, que lo hubiera ayudado más en su trabajo. Había perdido su oportunidad en el Gabinete). "¡Ahí está Peter Walsh!" dijo, dándole la mano a ese pecador agradable, ese tipo muy capaz que debería haber hecho un nombre para sí mismo pero no lo había hecho (siempre en dificultades con las mujeres), y, por supuesto, la vieja señorita Parry. ¡Maravillosa anciana!

Lady Bruton se paró junto a la silla de la señorita Parry, un espectral granadero, envuelta en negro, invitando a Peter Walsh a almorzar; cordial; pero sin conversación trivial, sin recordar nada sobre la flora o fauna de la India. Había estado allí, por supuesto; había estado con tres virreyes; pensaba que algunos de los civiles indios eran tipos excepcionalmente buenos; pero ¡qué tragedia era el estado de la India! El Primer Ministro acababa de decirle (la vieja señorita Parry, acurrucada en su chal, no le importaba lo que el Primer Ministro acababa de decirle), y Lady Bruton quería conocer la opinión de Peter Walsh, ya que él venía fresco del centro, y ella haría que Sir Sampson se reuniera con él, porque realmente eso le impedía dormir por la noche, la locura de todo, la maldad podría decir, siendo hija de un soldado. Ella era una anciana ahora, no muy útil. Pero su casa, sus sirvientes, su buena amiga

Milly Brush—¿la recordaba?—estaban allí solo pidiendo ser utilizados si—si pudieran ser de ayuda, en resumen. Porque nunca hablaba de Inglaterra, pero esta isla de hombres, esta querida, querida tierra, estaba en su sangre (sin leer a Shakespeare), y si alguna vez una mujer pudo haber llevado el casco y disparado la flecha, podría haber liderado tropas para atacar, gobernado con justicia indomable hordas bárbaras y yacido bajo un escudo sin nariz en una iglesia, o hecho un montículo de hierba verde en alguna colina primitiva, esa mujer era Millicent Bruton. Excluida por su sexo y también por una travesura de la facultad lógica (le resultaba imposible escribir una carta al Times), siempre tenía presente el pensamiento del Imperio, y había adquirido de su asociación con esa diosa armada su porte rígido, su robustez de comportamiento, de modo que no se podía imaginarla ni siquiera en la muerte separada de la tierra o vagando por territorios sobre los cuales, en alguna forma espiritual, la Union Jack había dejado de volar. No ser inglesa ni siquiera entre los muertos—¡no, no! ¡Imposible!

Pero, ¿era Lady Bruton (a quien solía conocer)? ¿Era Peter Walsh con canas? Se preguntaba Lady Rosseter (quien había sido Sally Seton). Era ciertamente la vieja señorita Parry, la vieja tía que solía estar tan enfadada cuando se quedaba en Bourton. Nunca debería olvidar correr por el pasillo desnuda, y ser llamada por la señorita Parry. ¡Y Clarissa! ¡oh Clarissa! Sally la agarró del brazo.

Clarissa se detuvo junto a ellos.

"Pero no puedo quedarme," dijo. "Volveré más tarde. Esperen," dijo, mirando a Peter y Sally. Debían esperar, quiso decir, hasta que toda esa gente se hubiera ido.

"Volveré," dijo, mirando a sus viejos amigos, Sally y Peter, que se estrechaban las manos, y Sally, recordando el pasado sin duda, se reía.

Pero su voz ya no tenía la antigua riqueza embriagadora; sus ojos no brillaban como solían hacerlo, cuando fumaba puros, cuando corría por el pasillo a buscar su bolsa de esponja, sin una sola prenda de ropa, y Ellen Atkins preguntaba, ¿Qué pasaría si los caballeros la encontraran? Pero todos la perdonaban. Robó un pollo de la despensa porque tenía hambre en la noche; fumaba puros en su habitación; dejó un libro inestimable en el puntal. Pero todos la adoraban (excepto tal vez Papá). Era su calidez; su vitalidad—pintaría, escribiría. Las ancianas del pueblo nunca olvidaban hasta el día de

hoy preguntar por "tu amiga con la capa roja que parecía tan alegre". Acusó a Hugh Whitbread, de todas las personas (y allí estaba, su viejo amigo Hugh, hablando con el Embajador Portugués), de besarla en la sala de fumadores para castigarla por decir que las mujeres deberían tener derecho al voto. Hombres vulgares lo hacían, dijo ella. Y Clarissa recordaba haber tenido que persuadirla de no denunciarlo en las oraciones familiares—lo cual era capaz de hacer con su audacia, su temeridad, su amor melodramático de ser el centro de todo y crear escenas, y estaba destinada, pensaba Clarissa, a terminar en alguna terrible tragedia; su muerte; su martirio; en lugar de lo cual se había casado, bastante inesperadamente, con un hombre calvo con un gran ojal que era dueño, se decía, de fábricas de algodón en Manchester. ¡Y tenía cinco hijos!

Ella y Peter se habían instalado juntos. Estaban hablando: parecía tan familiar—que estuvieran hablando. Discutirían el pasado. Con los dos (más incluso que con Richard) compartía su pasado; el jardín; los árboles; el viejo Joseph Breilkopf cantando Brahms sin voz; el papel tapiz del salón; el olor de las alfombras. Sally debía ser siempre parte de esto; Peter debía ser siempre parte de esto. Pero tenía que dejarlos. Estaban los Bradshaw, a quienes no le gustaban. Debía acercarse a Lady Bradshaw (de gris y plata, equilibrándose como un león marino al borde de su tanque, pidiendo invitaciones, duquesas, la esposa típica del hombre exitoso), debía acercarse a Lady Bradshaw y decir...

Pero Lady Bradshaw se le adelantó.

"Estamos terriblemente atrasados, querida señora Dalloway, apenas nos atrevimos a entrar," dijo.

Y Sir William, que lucía muy distinguido, con su cabello gris y ojos azules, dijo que sí; no habían podido resistir la tentación. Probablemente estaba hablando con Richard sobre ese proyecto de ley que querían aprobar en los Comunes. ¿Por qué la visión de él, hablando con Richard, la hacía encogerse? Se veía como lo que era, un gran doctor. Un hombre absolutamente en la cima de su profesión, muy poderoso, bastante desgastado. Porque piensa en los casos que se le presentan—personas en las profundidades de la miseria; personas al borde de la locura; maridos y esposas. Tenía que decidir cuestiones de dificultad espantosa. Sin embargo, lo que sentía era que no le gustaría que Sir William la viera infeliz. No; no ese hombre.

"¿Cómo está tu hijo en Eton?" preguntó a Lady Bradshaw.

Había perdido su oportunidad en el equipo de cricket, dijo Lady Bradshaw, debido a las paperas. Su padre se molestó más que él, pensó ella "siendo," dijo, "nada más que un gran muchacho él mismo."

Clarissa miró a Sir William, hablando con Richard. No se veía como un muchacho—no en lo más mínimo como un muchacho. Una vez había ido con alguien a pedirle consejo. Había estado perfectamente en lo correcto; extremadamente sensato. Pero cielos—¡qué alivio salir de nuevo a la calle! Recordaba a algún pobre infeliz sollozando en la sala de espera. Pero no sabía qué era—sobre Sir William; lo que exactamente no le gustaba. Solo que Richard estaba de acuerdo con ella, "no le gustaba su gusto, no le gustaba su olor." Pero era extraordinariamente capaz. Estaban hablando sobre ese proyecto de ley. Algún caso, mencionaba Sir William, bajando la voz. Tenía relación con lo que decía sobre los efectos diferidos del shock de guerra. Debía haber alguna provisión en el proyecto de ley.

Bajando su voz, llevando a la señora Dalloway al refugio de una femineidad común, un orgullo común en las cualidades ilustres de los maridos y su triste tendencia a sobrecargarse de trabajo, Lady Bradshaw (pobre tonta—no la despreciaba) murmuró cómo, "justo cuando íbamos a salir, mi esposo recibió una llamada telefónica, un caso muy triste. Un joven (eso es lo que Sir William está diciendo al señor Dalloway) se había suicidado. Había estado en el ejército." ¡Oh! pensó Clarissa, en medio de mi fiesta, aquí está la muerte, pensó.

Entró en la pequeña habitación donde el Primer Ministro había estado con Lady Bruton. Tal vez había alguien allí. Pero no había nadie. Las sillas aún conservaban la impronta del Primer Ministro y Lady Bruton, ella giraba deferentemente, él sentado cuadrado, autoritariamente. Habían estado hablando de la India. No había nadie. El esplendor de la fiesta cayó al suelo, tan extraño era entrar sola en su gala.

¿Qué derecho tenían los Bradshaw a hablar de la muerte en su fiesta? Un joven se había suicidado. Y hablaban de ello en su fiesta—los Bradshaw, hablaban de la muerte. Se había suicidado—pero ¿cómo? Siempre su cuerpo pasaba por ello primero, cuando le decían, de repente, sobre un accidente; su vestido se encendía, su cuerpo ardía. Se había arrojado desde una ventana. Se había disparado el suelo hacia él; a través de él, tambaleándose,

golpeándose, pasaban las púas oxidadas. Allí yacía con un golpe, golpe, golpe en su cerebro, y luego una asfixia de negrura. Así lo veía ella. ¿Pero por qué lo había hecho? ¡Y los Bradshaw hablaban de ello en su fiesta!

Ella una vez había arrojado un chelín al Serpentine, nunca nada más. Pero él lo había arrojado todo. Seguían viviendo (tendría que volver; las habitaciones aún estaban abarrotadas; la gente seguía llegando). Ellos (todo el día había estado pensando en Bourton, en Peter, en Sally), ellos envejecerían. Había algo que importaba; algo, envuelto en charla, desfigurado, oscurecido en su propia vida, dejado caer cada día en la corrupción, mentiras, charla. Esto él lo había preservado. La muerte era desafío. La muerte era un intento de comunicarse; personas sintiendo la imposibilidad de alcanzar el centro que, místicamente, se les escapaba; la cercanía se alejaba; el éxtasis se desvanecía, uno estaba solo. Había un abrazo en la muerte.

Pero este joven que se había suicidado — ¿había saltado sosteniendo su tesoro? "Si fuera ahora morir, 'sería ahora ser más feliz," se había dicho una vez, bajando en blanco.

O estaban los poetas y pensadores. Supongamos que él había tenido esa pasión, y había ido a Sir William Bradshaw, un gran doctor pero para ella oscuramente malvado, sin sexo ni lujuria, extremadamente cortés con las mujeres, pero capaz de algún ultraje indescriptible — forzando tu alma, eso era — si este joven había ido a él, y Sir William lo había impresionado, así, con su poder, ¿podría no haber dicho entonces (de hecho, ella lo sentía ahora), la vida es insoportable; ellos hacen la vida insoportable, hombres como ese?

Entonces (lo había sentido solo esta mañana) había el terror; la incapacidad abrumadora, sus padres dándoselo a uno en las manos, esta vida, para vivirla hasta el final, para caminar con serenidad; había en el fondo de su corazón un miedo terrible. Incluso ahora, a menudo si Richard no estaba allí leyendo el Times, para que ella pudiera acurrucarse como un pájaro y gradualmente revivir, enviar rugiendo ese deleite inconmensurable, frotando palo con palo, una cosa con otra, ella habría perecido. Pero ese joven se había suicidado.

De alguna manera era su desastre — su desgracia. Era su castigo ver hundirse y desaparecer aquí a un hombre, allá a una mujer, en esta profunda oscuridad, y ella obligada a pararse aquí con su vestido de noche. Ella había

planeado; había hurtado. Nunca había sido completamente admirable. Había querido éxito. Lady Bexborough y el resto de ello. Y una vez había caminado por la terraza en Bourton.

Fue gracias a Richard; nunca había sido tan feliz. Nada podía ser lo suficientemente lento; nada podía durar demasiado. Ningún placer podía igualar, pensaba, enderezando las sillas, empujando un libro en la estantería, el haber terminado con los triunfos de la juventud, haberse perdido en el proceso de vivir, para encontrarlo, con un choque de deleite, cuando el sol salía, cuando el día se hundía. Muchas veces había ido, en Bourton cuando todos estaban hablando, a mirar el cielo; o lo había visto entre los hombros de las personas en la cena; lo había visto en Londres cuando no podía dormir. Se acercó a la ventana.

A pesar de lo tonto que parecía, había algo suyo en ello, ese cielo del campo, este cielo sobre Westminster. Separó las cortinas; miró. ¡Oh, pero qué sorpresa!— ¡en la habitación de enfrente la anciana la miraba fijamente! Ella se iba a la cama. Y el cielo. Pensó que sería un cielo solemne, que sería un cielo sombrío, apartando su mejilla en belleza. Pero ahí estaba—pálido como la ceniza, atravesado rápidamente por nubes vastas y alargadas. Era nuevo para ella. El viento debía haber aumentado. Ella se iba a la cama, en la habitación de enfrente. Era fascinante verla, moverse por ahí, esa anciana, cruzando la habitación, acercándose a la ventana. ¿Podía verla? Era fascinante, con la gente todavía riendo y gritando en el salón, observar a esa anciana, tan tranquilamente, yéndose a la cama. Ahora corrió la persiana. El reloj empezó a sonar. El joven se había suicidado; pero ella no lo compadeecía; con el reloj marcando la hora, uno, dos, tres, no lo compadeecía, con todo esto sucediendo. ¡Ahí! ¡la anciana había apagado su luz! toda la casa estaba oscura ahora con esto sucediendo, repitió, y las palabras vinieron a ella, No temas más el calor del sol. Debía volver con ellos. ¡Pero qué noche tan extraordinaria! Se sentía de alguna manera muy parecida a él—el joven que se había suicidado. Se sentía contenta de que lo hubiera hecho; lo hubiera arrojado. El reloj estaba sonando. Los círculos de plomo se disolvían en el aire. Él la hizo sentir la belleza; la hizo sentir la diversión. Pero debía volver. Debía reunirse. Debía encontrar a Sally y Peter. Y entró desde la pequeña habitación.

CAPÍTULO XI

“¿Pero dónde está Clarissa?” dijo Peter. Estaba sentado en el sofá con Sally. (Después de todos estos años realmente no podía llamarla “Lady Rosseter.”) “¿Dónde se ha ido esa mujer?” preguntó. “¿Dónde está Clarissa?”

Sally supuso, y también lo hizo Peter en ese sentido, que había personas importantes, políticos, a quienes ninguno de los dos conocía salvo de vista en las fotos de los periódicos, con quienes Clarissa tenía que ser amable, tenía que hablar. Estaba con ellos. Sin embargo, Richard Dalloway no estaba en el gabinete. ¿No había tenido éxito, supuso Sally? Por su parte, casi nunca leía los periódicos. A veces veía su nombre mencionado. Pero entonces, bueno, ella vivía una vida muy solitaria, en lo salvaje, diría Clarissa, entre grandes comerciantes, grandes fabricantes, hombres, después de todo, que hacían cosas. ¡Ella también había hecho cosas!

“¡Tengo cinco hijos!” le dijo.

¡Dios, Dios, qué cambio había tenido! la suavidad de la maternidad; su egoísmo también. La última vez que se encontraron, Peter recordó, había sido entre las coliflores a la luz de la luna, las hojas “como bronce rugoso” había dicho ella, con su tono literario; y había recogido una rosa. Ella lo había hecho marchar de un lado a otro esa noche terrible, después de la escena junto a la fuente; debía tomar el tren de medianoche. ¡Cielos, había llorado!

Ese era su viejo truco, abrir un cortaplumas, pensó Sally, siempre abriendo y cerrando un cuchillo cuando se emocionaba. Habían sido muy, muy íntimos, ella y Peter Walsh, cuando él estaba enamorado de Clarissa, y estaba esa escena terrible y ridícula con Richard Dalloway en el almuerzo. Ella

había llamado a Richard “Wickham.” ¿Por qué no llamar a Richard “Wickham”? ¡Clarissa se había encendido! y de hecho, no se habían visto desde entonces, ella y Clarissa, no más de media docena de veces tal vez en los últimos diez años. Y Peter Walsh se había ido a la India, y había oído vagamente que había hecho un matrimonio infeliz, y no sabía si tenía hijos, y no podía preguntarle, porque él había cambiado. Se veía algo encogido, pero más amable, sentía ella, y le tenía un verdadero afecto, porque estaba conectado con su juventud, y aún tenía un pequeño Emily Brontë que él le había dado, y él iba a escribir, ¿cierto? En esos días iba a escribir.

“¿Has escrito?” le preguntó, extendiendo su mano, su mano firme y bien formada, sobre su rodilla de una manera que él recordó.

“¡Ni una palabra!” dijo Peter Walsh, y ella se rió.

Todavía era atractiva, todavía una figura, Sally Seton. Pero, ¿quién era este Rosseter? Llevaba dos camelias en su día de bodas, eso era todo lo que Peter sabía de él. “Tienen miríadas de sirvientes, kilómetros de invernaderos,” escribió Clarissa; algo así. Sally lo admitió con una carcajada.

“Sí, tengo diez mil al año” —si antes o después de pagar impuestos, no podía recordar, porque su esposo, “a quien debes conocer,” dijo, “a quien te agradecerá,” dijo, hacía todo eso por ella.

Y Sally solía estar hecha harapos. Había empeñado el anillo de su abuela, que María Antonieta le había dado a su bisabuelo para ir a Bourton.

Oh sí, Sally recordó; aún lo tenía, un anillo de rubí que María Antonieta le había dado a su bisabuelo. En esos días nunca tenía un centavo a su nombre, e ir a Bourton siempre significaba algún apuro terrible. Pero ir a Bourton significaba tanto para ella—creía que la había mantenido cuerda, tan infeliz había estado en casa. Pero todo eso era cosa del pasado—todo había terminado ahora, dijo. Y el señor Parry estaba muerto; y la señorita Parry seguía viva. ¡Nunca había tenido tal shock en su vida! dijo Peter. Estaba completamente seguro de que ella estaba muerta. ¿Y el matrimonio había sido, Sally supuso, un éxito? Y esa joven muy hermosa, muy segura de sí misma era Elizabeth, allá, junto a las cortinas, de rojo.

(Era como un álamo, era como un río, era como un jacinto, pensaba Willie Titcomb. ¡Oh, qué más agradable era estar en el campo y hacer lo que le

gustaba! Podía oír a su pobre perro aullando, Elizabeth estaba segura.) No se parecía en nada a Clarissa, dijo Peter Walsh.

“Oh, ¡Clarissa!” dijo Sally.

Lo que Sally sentía era simplemente esto. Le debía a Clarissa una enorme cantidad. Habían sido amigas, no conocidas, amigas, y aún veía a Clarissa toda vestida de blanco recorriendo la casa con las manos llenas de flores— hasta el día de hoy las plantas de tabaco le hacían pensar en Bourton. Pero —¿Peter entendía?— le faltaba algo. ¿Le faltaba qué? Tenía encanto; tenía un encanto extraordinario. Pero para ser franca (y sentía que Peter era un viejo amigo, un verdadero amigo— ¿importaba la ausencia? ¿importaba la distancia? A menudo había querido escribirle, pero lo rompía, pero sentía que él entendía, porque las personas entienden sin que se digan cosas, como uno se da cuenta al envejecer, y vieja estaba, había ido esa tarde a ver a sus hijos en Eton, donde tenían paperas), para ser completamente franca entonces, ¿cómo pudo haberlo hecho Clarissa?— ¿casarse con Richard Dalloway? un deportista, un hombre que solo se preocupaba por los perros. Literalmente, cuando entraba en la habitación olía a establo. ¿Y luego todo esto? Ella agitó su mano.

Era Hugh Whitbread, paseando con su chaleco blanco, difuso, gordo, ciego, más allá de todo, excepto de la autoestima y la comodidad.

“No nos va a reconocer,” dijo Sally, y realmente no tuvo el valor— ¡así que ese era Hugh! el admirable Hugh.

“¿Y qué hace?” preguntó a Peter.

Limpiaba las botas del Rey o contaba botellas en Windsor, le dijo Peter. ¡Peter mantenía su lengua afilada a raya! Pero Sally debía ser franca, dijo Peter. Ese beso ahora, de Hugh.

En los labios, le aseguró ella, en la sala de fumadores una noche. Fue directamente a Clarissa enfurecida. ¡Hugh no hacía tales cosas! dijo Clarissa, ¡el admirable Hugh! ¡Los calcetines de Hugh eran, sin excepción, los más hermosos que jamás había visto— y ahora su traje de noche. ¡Perfecto! ¿Y tenía hijos?

“Todo el mundo en la sala tiene seis hijos en Eton,” le dijo Peter, excepto él mismo. Gracias a Dios, no tenía ninguno. No hijos, no hijas, no esposa.

Bueno, no parecía importarle, dijo Sally. Se veía más joven, pensó, que cualquiera de ellos.

Pero había sido una tontería hacerlo, de muchas maneras, dijo Peter, casarse así; “una tonta perfecta era,” dijo, pero, dijo, “tuvimos un tiempo espléndido,” pero, ¿cómo podría ser eso? se preguntaba Sally; ¿qué quería decir? y qué extraño era conocerlo y, sin embargo, no saber ni una sola cosa que le hubiera pasado. ¿Y lo decía por orgullo? Muy probablemente, porque después de todo debía ser irritante para él (aunque era una rareza, una especie de duende, no en absoluto un hombre ordinario), debía ser solitario a su edad no tener un hogar, ningún lugar a donde ir. Pero debía quedarse con ellos durante semanas y semanas. Por supuesto que lo haría; le encantaría quedarse con ellos, y así es como salió a la luz. Todos estos años los Dallo-way no habían ido ni una sola vez. Una y otra vez los habían invitado. Clarissa (porque era Clarissa, por supuesto) no quería ir. Porque, dijo Sally, Clarissa era en el fondo una snob—había que admitirlo, una snob. Y era eso lo que estaba entre ellas, estaba convencida. Clarissa pensaba que se había casado por debajo de su nivel, su marido siendo—ella estaba orgullosa de ello—hijo de un minero. Cada centavo que tenían él lo había ganado. De niño (su voz temblaba) había llevado grandes sacos.

(Y así seguiría, sentía Peter, hora tras hora; el hijo del minero; la gente pensaba que se había casado por debajo de su nivel; sus cinco hijos; y ¿cuál era la otra cosa—plantas, hortensias, seringas, lirios hibisco muy, muy raros que nunca crecen al norte del Canal de Suez, pero ella, con un jardinero en un suburbio cerca de Manchester, tenía camas de ellos, ¡positivamente camas! Todo eso Clarissa lo había escapado, tan poco maternal como era.)

¿Era una snob? Sí, en muchos sentidos. ¿Dónde estaba, todo este tiempo? Se estaba haciendo tarde.

“Aun así,” dijo Sally, “cuando escuché que Clarissa daba una fiesta, sentí que no podía no venir—debía verla de nuevo (y me estoy quedando en Victoria Street, prácticamente al lado). Así que simplemente vine sin una invitación. Pero,” susurró, “dime, por favor. ¿Quién es esta?”

Era la señora Hilbery, buscando la puerta. ¡Por lo tarde que se estaba haciendo! Y, murmuró, a medida que la noche avanzaba, cuando la gente se iba, uno encontraba viejos amigos; rincones tranquilos; y las vistas más hermosas. ¿Sabían, preguntó, que estaban rodeados por un jardín encantado?

Luces y árboles y maravillosos lagos relucientes y el cielo. Solo unas pocas lámparas de hadas, había dicho Clarissa Dalloway, ¡en el jardín trasero! Pero era una maga. Era un parque... Y no sabía sus nombres, pero amigos sabía que eran, amigos sin nombres, canciones sin palabras, siempre las mejores. Pero había tantas puertas, lugares tan inesperados, que no podía encontrar el camino.

“Vieja señora Hilbery,” dijo Peter; pero ¿quién era esa? esa dama que estaba junto a la cortina toda la noche, sin hablar? Conocía su rostro; la conectaba con Bourton. ¿Seguro que solía cortar ropa interior en la gran mesa junto a la ventana? Davidson, ¿era ese su nombre?

“Oh, esa es Ellie Henderson,” dijo Sally. Clarissa era realmente muy dura con ella. Era una prima, muy pobre. Clarissa era dura con la gente.

Lo era un poco, dijo Peter. Sin embargo, dijo Sally, a su manera emotiva, con una oleada de ese entusiasmo que Peter solía amar de ella, aunque ahora lo temía un poco, tan efusiva podía llegar a ser— ¡qué generosa era Clarissa con sus amigos! y qué rara cualidad se encontraba eso, y cómo a veces por la noche o en Navidad, cuando contaba sus bendiciones, ponía esa amistad en primer lugar. Eran jóvenes; eso era. Clarissa era pura de corazón; eso era. Peter la consideraría sentimental. Así era. Porque había llegado a sentir que era lo único que valía la pena decir—lo que uno sentía. La inteligencia era una tontería. Debía decirse simplemente lo que uno sentía.

“Pero no sé,” dijo Peter Walsh, “lo que siento.”

Pobre Peter, pensó Sally. ¿Por qué no venía Clarissa a hablar con ellos? Eso era lo que él deseaba. Ella lo sabía. Todo el tiempo él estaba pensando solo en Clarissa, y estaba jugando nerviosamente con su cuchillo.

No había encontrado la vida simple, dijo Peter. Sus relaciones con Clarissa no habían sido simples. Había arruinado su vida, dijo. (Habían sido tan íntimos—él y Sally Seton, era absurdo no decirlo). No se podía estar enamorado dos veces, dijo. ¿Y qué podía decir ella? Aun así, es mejor haber amado (pero él pensaría que era sentimental—solía ser tan agudo). Debía venir a quedarse con ellos en Manchester. Eso es muy cierto, dijo él. Muy cierto. Le encantaría venir a quedarse con ellos, directamente después de haber hecho lo que tenía que hacer en Londres.

Y Clarissa lo había querido más de lo que había querido a Richard. Sally estaba segura de eso.

“No, no, no,” dijo Peter (Sally no debía haber dicho eso—se pasó). Ese buen hombre—ahí estaba al final de la habitación, hablando, como siempre, querido viejo Richard. ¿Con quién estaba hablando? preguntó Sally, ¿ese hombre de aspecto tan distinguido? Viviendo en lo salvaje como lo hacía, tenía una curiosidad insaciable por saber quiénes eran las personas. Pero Peter no lo sabía. No le gustaba su aspecto, dijo, probablemente un Ministro del Gabinete. De todos ellos, Richard le parecía el mejor, dijo—el más desinteresado.

“¿Pero qué ha hecho?” preguntó Sally. Trabajo público, supuso. ¿Y eran felices juntos? preguntó Sally (ella misma era extremadamente feliz); porque, admitió, no sabía nada de ellos, solo sacaba conclusiones precipitadas, como se hace, ¿qué puede saber uno incluso de las personas con las que vive todos los días? preguntó. ¿No somos todos prisioneros? Había leído una obra maravillosa sobre un hombre que rascaba en la pared de su celda, y había sentido que eso era cierto en la vida—uno rascaba en la pared. Desesperando de las relaciones humanas (las personas eran tan difíciles), a menudo iba a su jardín y obtenía de sus flores una paz que los hombres y mujeres nunca le daban. Pero no; a él no le gustaban las coles; prefería a los seres humanos, dijo Peter. De hecho, los jóvenes son hermosos, dijo Sally, observando a Elizabeth cruzar la habitación. ¡Qué diferente de Clarissa a su edad! ¿Podía hacer algo con ella? No abriría los labios. No mucho, todavía no, admitió Peter. Era como un lirio, dijo Sally, un lirio junto a un estanque. Pero Peter no estaba de acuerdo en que no sabemos nada. Sabemos todo, dijo; al menos él lo sabía.

Pero estos dos, susurró Sally, estos dos que venían ahora (y realmente debía irse, si Clarissa no venía pronto), este hombre de aspecto distinguido y su esposa de aspecto bastante común que había estado hablando con Richard—¿qué se podía saber sobre personas así?

“Que son unos malditos farsantes,” dijo Peter, mirándolos casualmente. Hizo reír a Sally.

Pero Sir William Bradshaw se detuvo en la puerta para mirar un cuadro. Miró en la esquina para ver el nombre del grabador. Su esposa también miró. Sir William Bradshaw estaba tan interesado en el arte.

Cuando uno era joven, dijo Peter, estaba demasiado emocionado para conocer a la gente. Ahora que uno era viejo, cincuenta y dos para ser precisos (Sally tenía cincuenta y cinco, en cuerpo, dijo, pero su corazón era como el de una chica de veinte); ahora que uno era maduro entonces, dijo Peter, uno podía observar, uno podía entender, y uno no perdía el poder de sentir, dijo. No, eso es cierto, dijo Sally. Ella sentía más profundamente, más apasionadamente, cada año. Aumentaba, dijo él, lamentablemente, tal vez, pero uno debería alegrarse de ello—seguía aumentando en su experiencia. Había alguien en India. Le gustaría contarle a Sally sobre ella. Le gustaría que Sally la conociera. Estaba casada, dijo. Tenía dos hijos pequeños. Debían todos ir a Manchester, dijo Sally—debía prometer antes de que se fueran.

Ahí está Elizabeth, dijo él, no siente ni la mitad de lo que sentimos, aún no. Pero, dijo Sally, observando a Elizabeth ir hacia su padre, se puede ver que están dedicados el uno al otro. Ella podía sentirlo por la forma en que Elizabeth iba hacia su padre.

Porque su padre la había estado mirando, mientras hablaba con los Bradshaw, y había pensado para sí mismo, ¿Quién es esa hermosa chica? Y de repente se dio cuenta de que era su Elizabeth, ¡y no la había reconocido, se veía tan hermosa con su vestido rosa! Elizabeth había sentido que él la miraba mientras hablaba con Willie Titcomb. Así que fue hacia él y se quedaron juntos, ahora que la fiesta estaba casi terminada, mirando a la gente irse, y las habitaciones vaciándose cada vez más, con cosas esparcidas en el suelo. Incluso Ellie Henderson se estaba yendo, casi la última de todas, aunque nadie había hablado con ella, pero había querido ver todo, contárselo a Edith. Y Richard y Elizabeth estaban bastante contentos de que todo hubiera terminado, pero Richard estaba orgulloso de su hija. Y no había querido decírselo, pero no podía evitar decírselo. La había mirado, dijo, y había pensado, ¿quién es esa hermosa chica? ¡y era su hija! Eso la hizo feliz. Pero su pobre perro estaba aullando.

“Richard ha mejorado. Tienes razón,” dijo Sally. “Voy a hablar con él. Diré buenas noches. ¿Qué importa el cerebro,” dijo Lady Rosseter, levantándose, “en comparación con el corazón?”

“Iré,” dijo Peter, pero se quedó un momento más. ¿Qué es este terror? ¿qué es este éxtasis? pensó para sí mismo. ¿Qué es lo que me llena de una emoción extraordinaria?

Es Clarissa, dijo.

Porque allí estaba ella.

Fin.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB